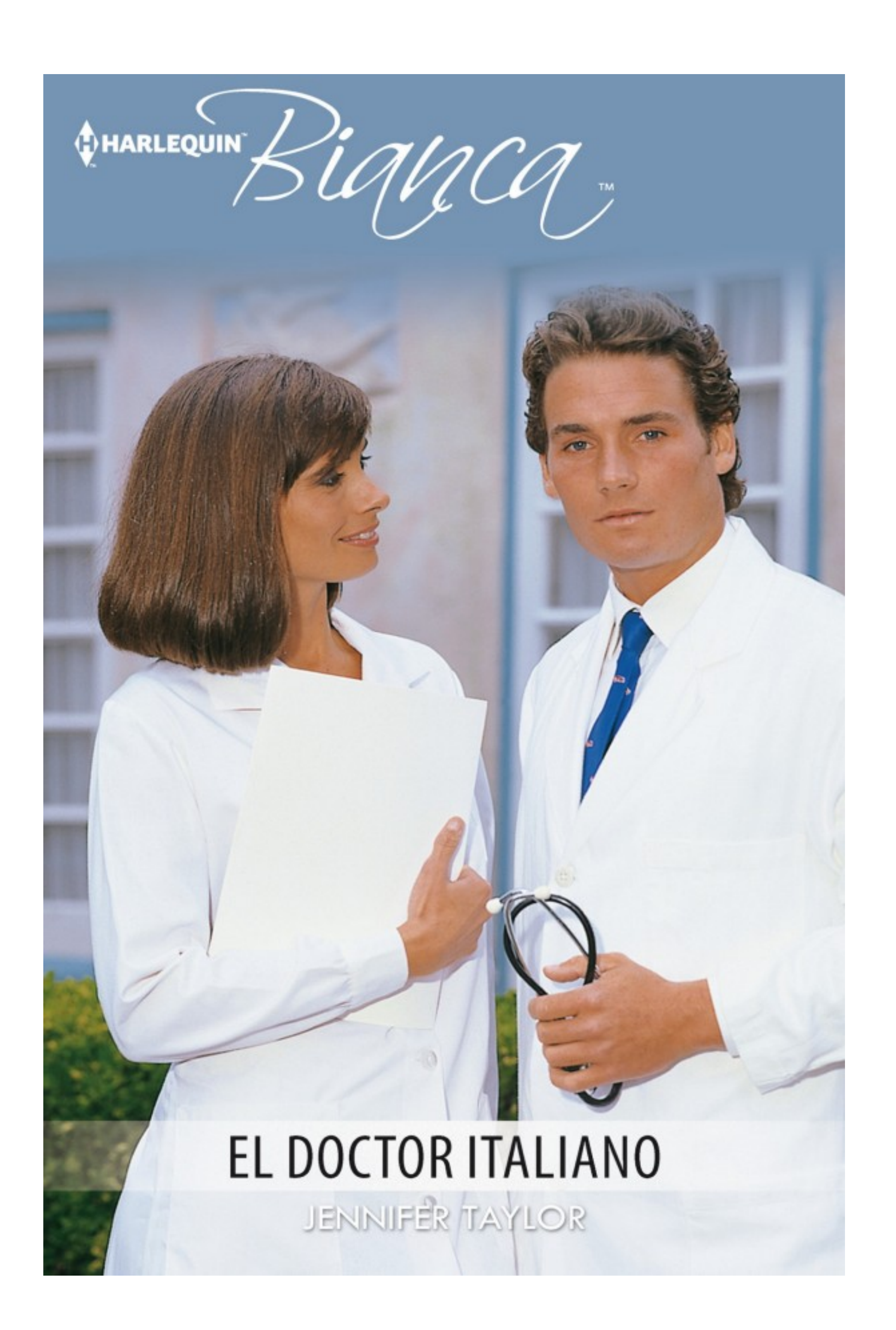

HARLEQUIN
Bianca
EL DOCTOR ITALIANO
JENNIFER TAYLOR

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El doctor italiano, n.º 1282 - julio 2016
Título original: The Italian Doctor
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2001

I.S.B.N.: 978-84-687-8714-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Es tan guapo! En una escala del uno al diez yo le daría un once sin dudarlo. Y además no es solo su aspecto ¿verdad? Es que lo tiene todo.

La enfermera Maggie Carr se mordió el labio, con fuerza. Era la única forma de no decir algo despectivo. No se había querido unir a la conversación por ese motivo y su única esperanza era que sus compañeras cambiasen pronto de tema.

Maggie suspiró al darse cuenta lo poco probable que eso era. Desde que Luke Fabrizzi cruzó con su bien calzado pie el umbral del Hospital General Dalverston los miembros femeninos de la plantilla apenas habían hablado de otra cosa. Francamente estaba cansada y aburrida de oír mencionar su nombre.

Tomó una revista y pasó sus páginas ruidosamente para dejar de oír lo que las demás estaban diciendo. Es posible que fuera tendenciosa, pero ella habrá jurado que incluso si no hubiera tenido aquel enfrentamiento con Luke Fabrizzi en casa de la abuela de ella en Italia aquel mismo año seguiría sintiendo lo mismo por el guapo cirujano.

Se quedó consternada cuando él llegó de Boston para trabajar en el programa de intercambios del hospital. Ella tenía la esperanza de no volver a verlo nunca, pero el destino había intervenido. Estaban trabajando juntos a diario y a Maggie le resultaba cada vez más difícil ocultar sus sentimientos. Él era un médico excelente, eso no se lo discutía, pero desde su punto de vista Luke Fabrizzi era el más arrogante, más egoísta, más….

–Es tan sincero. Yo creo que es su característica más atractiva, aunque hay mucho donde elegir ¿no? –Angela Graham, la última adquisición de la sala de cirugía, siguió hablando en tono soñador–. Pero para mí lo más importante en un hombre es si te dice o no la verdad. Cuando Donna Persons de Obstetricia empezó a pescar información acerca de si tenía novia en Boston él fue tan abierto al explicar por qué no tenía –suspiró–. Es una pena que Luke esté tan

comprometido con su carrera que piense que no tiene tiempo para una relación estable ¿verdad? Pero por lo menos lo admite, y no intenta tomar el pelo a las mujeres, como tantos otros.

–¡Estoy de acuerdo! –Doreen Baker, de mediana edad, puso su granito de arena–. Si hay una cosa que sea necesaria en un hombre es la sinceridad. No quieres a uno que te cuenta historias todo el tiempo.

¡Hasta ahí podía aguantar! Maggie dejó la revista sobre la mesa y se levantó. Vio que las otras dos la miraban y sacudió la cabeza con desespero.

–Deberías ir las dos a que os vieran la cabeza. No me puedo creer que seáis tan… tan ingenuas que os hayáis dejado engañar así.

Doreen sonrió sin alterarse por el estallido. Ella y Maggie habían trabajado juntas algún tiempo y estaba acostumbrada a su temperamento.

–Deduzco que no eres miembro del floreciente club de admiradoras de Luke Fabrizzi. Es gracioso. Hubiera pensado que estaba justamente en tu línea, debéis tener muchas cosas en común por el origen de tu familia.

–¡No tengo nada en absoluto en común con ese hombre!

Maggie fue hacia el fregadero y tiró los restos de su café. Estaban reformando el bar del hospital por eso habían tomado el café de la mañana en la cocina de la sala. Habían puesto un bar temporal en el sótano, pero estaba tan lejos de cirugía que solo iban allí para el almuerzo. Las obras estaban en el piso superior y levantó un poco la voz para hacerse oír.

–Puede que mi padre y mi madre sean italianos, pero hasta ahí llega la cosa. No quiero que me incluyáis en la misma categoría que Luke Fabrizzi, muchas gracias.

–Maggie –dijo Doreen para avisarla, pero Maggie no la oyó. El ruido de las obras se había hecho mayor y ella levantó la voz aún más para estar segura de que las otras dos la oían–. En cuanto a eso que llamáis su sinceridad, no es más que una prueba de su arrogancia. El maldito parece creer que todas las mujeres que se encuentra tratan de atraerlo hacia el altar. La razón por la que Luke Fabrizzi no busca una relación estable es que sabe que nunca encontrará a nadie que lo quiera tanto como él se quie…

No acabó la frase. Puede que fuera la expresión de sus amigas lo

que la advirtió de que algo no iba bien o quizá fue el escalofrío que sintió en la columna lo que detuvo sus palabras en los labios. Sin embargo, sabía antes de verlo con quién se iba a encontrar.

Luke Fabrizzi la obsequió con una sonrisa deslumbrante mientras se apoyaba indolentemente en el quicio de la puerta.

–No permita que la interrumpa, enfermera. Acabe con lo que estaba diciendo –alzó una ceja mirando a las otras dos mujeres–. Nos morimos por oír el resto de sus sabias palabras ¿verdad, señoras?

Maggie sintió otro escalofrío. Este estaba compuesto por una gota de azoramiento y una gran porción de enojo. No tenía ni idea de por qué había entrado Luke en la habitación cuando ella estaba hablando, pero no era culpa suya. Debía haber dicho algo para hacerla saber que él estaba allí. Cualquiera que tuviese un poco de educación lo habría hecho.

Aquello era otra cosa en su contra y la utilizó para salvar su conciencia. Le obsequió con una sonrisa que hubiera paralizado a un elefante en estampida.

–Oh, no creo que sea necesario que insista en ese punto. Creo que he dejado claros mis sentimientos, doctor Fabrizzi.

–Perfectamente claros, enfermera. Estoy seguro de que ninguno de nosotros alberga dudas sobre ellos.

Había un ligero tono de diversión en su voz que hizo que Maggie enrojeciera de rabia al oírle. Si estaba molesto por lo que había oído no lo demostraba en absoluto ¿Por qué iba a hacerlo? ¡su maldito ego era demasiado grande para que se alterase por nada de lo que ella dijera!

Otra cosa en su contra, pero decidió no hacer ninguna observación, por difícil que le resultase. Bastante poco profesional era que la hubieran pillado hablando de él para estropear más las cosas empezando una discusión.

En vez de eso esbozó una sonrisa cortés.

–¿Quería hablarme de algún paciente, doctor Fabrizzi?

–Tenía que comentarle una cosa de la señora Bradshaw, si puede concederme un momento –replicó él en el mismo tono formal. Se puso a un lado para que Angela y Doreen pudieran salir, cosa que hicieron a toda prisa, evidentemente avergonzadas por lo que había sucedido, pero Maggie no permitió que eso la alterase. Todo lo que

había dicho era verdad. Tanto ella como Luke Fabrizzi lo sabían.

–Claro. ¿Hay algún problema? –preguntó yendo hacia la oficina. La enfermera jefe Clarke estaba de vacaciones y ella estaba al cargo de la sala en su ausencia. Era una gran responsabilidad, pero estaba disfrutando del desafío de conseguir que todo funcionara correctamente.

Luke la siguió a la habitación y cerró la puerta. Su expresión era seria mientras hablaba de la paciente.

–Desgraciadamente, sí. Acabo de ver sus radiografías y no me gusta lo que muestran. El daño en la cabeza del fémur es más serio de lo que pensábamos.

Maggie suspiró. Alice Bradshaw había ingresado aquella mañana tras tropezar en el jardín de su casa. Debía tener muchos dolores, pero no se había quejado ni una sola vez. Maggie había estado un rato con ella y admiraba a la anciana señora por su valentía.

–¿Podrás hacer algo?

–Hasta cierto punto. Sin embargo, el hueso es tan frágil que la articulación nunca volverá a estar tan bien como quisiéramos. La señora Bradshaw padece osteoporosis, lo que aumenta los problemas cuando se practica este tipo de cirugía.

Ella sintió un breve parpadeo de admiración y lo apartó de sí rápidamente. Su profesionalidad no tenía nada que ver. Era su actitud lo que la irritaba, esa creencia que parecía tener de que todas las mujeres le encontraban irresistible.

Él la miró y ella apartó la mirada para no mostrar sus sentimientos. Luke Fabrizzi era sin duda el hombre más guapo que había visto nunca, con sus facciones clásicas y perfectas, su brillante pelo negro, y su 1,82 maravillosamente proporcionado. Sin embargo, ella no estaba interesada en absoluto por él.

–Creo que será mejor que le explique esto a la señora Bradshaw antes de que vaya a quirófano, pero quería me diera alguna pista de cómo se va a tomar la noticia –dijo Luke con tono neutro, pero había algo en su mirada que hizo pensar a Maggie que no toda su atención estaba centrada en la paciente.

–Estoy segura de que Alice aceptará lo que le tenga que decir. Estuve hablando con ella esta mañana y me he enterado de que crió a cinco hijos sola cuando murió su marido. Tenía dos empleos para mantenerlos, así que no puede haber sido fácil para ella. Sin

embargo es una buena indicación de su fortaleza de carácter, así que no creo que se lo tome muy mal.

–Bueno, es un alivio. Siempre está bien tener una idea de cómo puede reaccionar un paciente. Por lo que ha dicho parece ser una dama con agallas. Gracias. Me ha sido de gran ayuda.

Luke sonrió y Maggie sintió que su corazón hacía una maniobra peculiar, algo que estaba a medias entre el hipo y la voltereta…

Apartó aquella idea caprichosa antes de que echara raíces. Luke Fabrizzi ejercía el menor efecto sobre ella, excepto el de irritarla. Así que si tenía esperanzas de atraerla se iba a llevar una gran decepción.

–Intento servir de ayuda siempre que puedo, doctor Fabrizzi –dijo con una dulzura irónica–. ¿Va a querer hablar ahora con la señora Bradshaw?

Fue hacia la puerta, pero se detuvo cuando Luke se interpuso en su camino.

–Enfermera está volviendo a mostrar su animosidad contra mí. Me pregunto ¿por qué produzco ese efecto en usted?

Él frunció el ceño mientras la estudiaba pensativo. Maggie se forzó a mantenerle la mirada, aunque no era fácil. Había algo que la incomodaba, que la hacía desear hacer todo tipo de cosas raras, como sonreír como una tonta o asegurarse de que el pelo estaba en su sitio. A lo mejor era ese el efecto que tenía Luke sobre las mujeres, el de hacerlas conscientes de su femineidad.

–No tengo ni idea, doctor Fabrizzi. Quizá sea que tengo una profunda aversión hacia los hombres que creen que son un don de los cielos para la mitad femenina de la población. A mí me parece una explicación razonable, pero ¿qué opina usted?

–Supongo que es posible, aunque le confieso que estoy convencido de que esa no es la respuesta auténtica.

Él sacudió la cabeza y un mechón de pelo le cayó sobre la frente. Parecía un ángel caído, pensó Maggie y luego contuvo el aliento al darse cuenta de que lo estaba haciendo otra vez. No parecía ser capaz de controlar sus pensamientos. Nunca le había pasado antes y no sabía por qué le estaba pasando en aquel momento. A ella no le gustaba Luke Fabrizzi, así que ¿por qué se portaba así cuando él estaba cerca? Estaba tan confusa que no se dio cuenta de que él seguía hablando.

–Es más personal que eso ¿no hay un dicho acerca del infierno, la furia y las mujeres desdeñadas? A lo mejor esa es una explicación más ajustada.

Sonrió burlón y abrió la puerta. Maggie tardó casi un minuto en recuperarse de su sorpresa y entonces él ya se había ido. Al recordar lo que él había dicho sintió que su mal genio ascendía a cumbres más altas. ¿Pensaría que ella todavía seguía dolida por lo que él le dijo en Milán aquel verano? ¿Creía de verdad que ella había sido partícipe de los planes de su abuela?

La respuesta le llegó alta y clara: ¡Sí!

Maggie gimió. ¿Por qué no se había olido la tostada cuando recibió aquella carta que le pedía que fuera a Italia a visitar a su abuela supuestamente enferma? Se había pasado la mayor parte de su vida adulta esquivando los esfuerzos de su familia para encontrarla un marido, así que debía haberse dado cuenta de que era un ardid. ¡Pero la carta había sido tan convincente! Había tomado el primer vuelo para ir a casa de su abuela, y cuando había llegado, se la había encontrado tan fresca en vez de en su lecho de muerte.

En aquel momento la tostada ya debía oler a quemado, pero ella aceptó el hecho de que su abuela se había recuperado milagrosamente. Se había sentido tan aliviada que no se le pasó por la cabeza que le habían tendido una trampa hasta que Luke Fabrizzi no apareció la tarde siguiente…

–¿Puedes abrir? –Lucía Di Marco sonrió inocentemente a su nieta cuando sonó el timbre de la puerta–. Pensé que sería una buena idea tener compañía para la cena esta noche.

–¿Estás segura, *nonna*? Has estado muy enferma y no quiero que te canses.

–Tonterías. Me hará bien tener visita. Luke y tú tendréis mucho de qué hablar, es médico en un gran hospital de Estados Unidos. Su abuela y yo hemos sido amigas muchos años y la he oído hablar tanto de él que es como si ya lo conociera.

Maggie fue a abrir la puerta y contuvo un sentimiento de incomodidad ante la sorpresa. Se podía llamar paranoia, pero tenía la sospecha de que el visitante podía haber sido invitado por otra

razón que no fuera darle la bienvenida al país.

Por deferencia a su abuela se había puesto un vestido de algodón verde pálido en vez de los vaqueros que había llevado puestos todo el día. El color armonizaba perfectamente con su cabello castaño oscuro y su piel olivácea. Llevaba sandalias y se había pintado las uñas de los pies de un verde pistacho que armonizaba perfectamente con su vestido. Le había divertido hacerlo porque no solía tener tiempo para sí misma, pero ahora se preguntaba qué pensaría el visitante, si es que se fijaba.

Recordó algunos de los jóvenes que su familia le habían presentado en el pasado y decidió que este tampoco sería de los que valoran la laca de uñas verde. Lo último que necesitaba era defenderse de los avances de un tipo patético que necesitaba de su abuela para conseguir una cita.

–*Buona sera, signorina. Signora di Marco, per favore.*

El hombre de la puerta estaba a años luz del alma cándida que ella esperaba. Era tan tremendamente guapo que Maggie se quedó allí disfrutando del espectáculo.

Alto, moreno y guapo. Sin embargo cuando sus ojos se cruzaron con los distantes ojos azules de él se dio cuenta de que estaba esperando que ella dijera algo.

–Pase. Es decir…–ella hablaba bien el italiano normalmente, pero en aquel momento no encontraba las palabras.

–No sé preocupe. Hablo inglés –el hombre sonrió fría y cortésmente y entró–. Por cierto, mi nombre es Luke Fabrizzi.

–Maggie Carr –respondió automáticamente–. ¿De qué parte de Estados Unidos es?

–Boston. Mis padres fueron allí poco después de casarse y yo nací allí.

La cedió el paso y ella sintió un escalofrío cuando su brazo rozó el de él. Luke llevaba una camisa de seda blanca y pantalones negros de corte perfecto. Ella lo miró intentando descubrir si él se había dado cuenta y apartó la mirada hacia otro lado al observar que sí.

–La abuela me contó que conocía a la tuya y que eran buenas amigas. Me dio la impresión de que te consideraba casi parte de la familia –no entendió por qué puso él aquel gesto al oírla. Todo lo que quería era darle la bienvenida–. ¿Has venido a Italia a visitar a

tu abuela?

–Así es, una coincidencia ¿no?

–¿Coincidencia?

–Que estemos los dos en Italia al mismo tiempo visitando a nuestras abuelas, por supuesto. Aunque yo no creo que las cosas sucedan por casualidad.

Él abrió la puerta del salón sin darle oportunidad de que le preguntase qué quería decir. Sin embargo, Maggie pensó en ello varias veces durante la velada. Ella tenía sus sospechas acerca de la causa de que hubieran invitado a Luke, pero él no podía pensar que hubiera motivos ocultos para invitarlo.

Fue un alivio cuando terminó la cena y la abuela anunció que se iba a la cama porque aquello significaba el fin de la reunión. Sin embargo, la anciana insistió en que Luke se quedase a tomar café, de forma que Maggie no tuvo más remedio que hacer de anfitriona a pesar de que se sentía muy incómoda con el papel. Había algo en Luke Fabrizzi que la ponía nerviosa.

–Ahora que ya hemos cumplido con las formalidades sería mejor que hablásemos de la verdadera razón por la que he sido invitado esta noche.

–¿Y es?

–Bien, me agrada que no finjas no saber de qué estoy hablando –el tono de Luke era glacial.

–¿Para qué voy a fingir? Si tienes algo que decir, dilo.

–Vale. Eso es lo que voy a hacer. Para decirlo de una vez, Maggie, no estoy interesado. Oh, eres una mujer guapa y estoy seguro de que gustas a muchos hombres, pero yo no soy uno de ellos. Por supuesto la culpa es mía por no haberme dado cuenta de qué pasaba cuando acepté la invitación. Debía estar más cansado de lo que yo creía. Pero quiero que sepas que sean cuales fueran los planes que tú y tu familia hayáis hecho con mi abuela no van a dar resultado. No estoy buscando esposa. Punto. No estoy interesado en el hogar, en la familia ni en todas esas cosas que todo el mundo piensa que faltan en mi vida. No soy de los que se casan. Así que si habías puesto tu vista en mí te sugiero que lo vuelvas a pensar porque yo no estoy interesado.

Maggie no sabía a qué parte del discurso contestar primero. ¿Debía negar haber tomado parte en las maquinaciones de las

abuelas y dejarlo para después de decirle adónde se podía marchar? La arrogancia de él la dejó sin aliento, pero no demasiado tiempo.

–Esto puede que lo sorprenda, doctor Fabrizzi, pero yo no tenía ni idea de los planes de mi abuela. Si yo los hubiera hecho, créame que no estaría aquí ahora.

–Como quieras. No tengo intención de discutirlo. Mientras los dos sepamos el terreno que pisamos para mí está bien –se levantó y fue hacia la puerta, pero Maggie se le adelantó.

–Pues para mí no está bien. He conocido a algunas personas arrogantes, pero tú eres un caso aparte. ¿De verdad crees que todas las mujeres que conoces se cuelan de tal manera por tus encantos que empiezan a urdir para arrastrarte al matrimonio? –ella se rio con sorna y tuvo el placer de ver una chispa de irritación cruzar por sus ojos–. Lo siento, guapo, pero me dejas fría. Me gustan los hombres que tengan algo más que buena planta. La personalidad es un factor definitivo, la humildad otra cualidad maravillosa y además, naturalmente, está la inteligencia. Y me temo que en esos puntos tú solo tienes un enorme cero.

El rostro de él se endureció y sus ojos brillaron. Ella se quedó inmóvil, temiendo provocar una represalia ¿Cómo supo ella que él estaba a punto de besarla hasta hacerla retractarse de todas sus palabras?

Luke respiró hondo y el brillo desapareció de sus ojos. Sonrió con aquella sonrisa fría que ella estaba empezando a detestar intensamente.

–Entonces parece ser que los dos hemos obtenido de este encuentro lo que deseábamos, Maggie. Tú me has examinado y me has encontrado fallos y yo he dejado clara mi postura –antes de que ella pudiera contestar él le rozó la mejilla con sus labios–. *Ciao, cara.* Ha sido un placer conocerte…

El teléfono sonó y Maggie volvió al presente sobresaltada. Contestó la llamada y luego colgó. Miró su reloj y comprobó sorprendida que solo habían pasado unos minutos desde que se fuera Luke. Parecía que hubiera sido mucho más.

Salió del despacho decidida a no perder más tiempo en ensoñaciones. Fue a la sala y se dirigió a la cama de Alice

Bradshaw. Las cortinas estaban echadas y Luke estaba sentado en la cama y tenía una mano de la anciana entre las suyas. Alzó la cabeza cuando apareció ella.

–Le he explicado a la señora Bradshaw que su cadera está un poco peor de lo que pensamos al principio.

–Le dije al doctor que usted preferiría saber exactamente lo que pasaba.

–Está bien, no le veo el sentido a andarse con tapujos. Aunque no me importaría que se quedase aquí un ratito más tomándome de la mano.

–Caramba, eso sí que es un cumplido. Me ha llevado años perfeccionar mi técnica así que es un placer comprobar que la valoran.

–¡Claro que la valoro! –se volvió hacia Maggie y le guiñó un ojo–. Yo creo que a la mayoría de las mujeres nos gusta que un hombre guapo nos preste atención, ¿verdad?

La sonrisa de Maggie fue un poco forzada. Evitó la mirada de Luke porque sabía lo que iba a encontrar en ella…

–Supongo que a la mayoría de las mujeres nos gusta que nos adulen de vez en cuando. Pero creo que tenemos bastante sentido común para no dejarnos influir por ello.

–Habla por ti –respondió Alice–. Este joven me habría vuelto loca si tuviera treinta años menos y no me importa admitirlo.

El tono de la anciana era tan sardónico que Maggie no tuvo más remedio que reírse.

–¡No tiene usted vergüenza! ¿Qué va a pensar el doctor Fabrizzi?

–Que si pudiera apartar esos treinta años con mi magia yo tendría que ponerme a la cola. No puedo creerme que los hombres de por aquí sean tan torpes para reconocer a una mujer guapa.

–Bueno, tuve mis admiradores cuando era joven, tengo que admitirlo –Alice sonrió y Maggie pudo entrever la mujer tan encantadora que debió haber sido en su juventud.

Sintió que se le caldeaba el corazón al ver lo que había significado el cumplido para la anciana. Los médicos, con demasiada frecuencia, consideraban a las personas mayores simplemente como un surtido de afecciones clínicas, pero Luke no. Veía a la anciana como una persona. Maggie se sorprendió de que esto la complaciera.

–Apuesto a que sí. Y estoy seguro de que tendrá más en el futuro en cuando arreglemos esa cadera.

–¿Podrá arreglarla, doctor? Lo que más miedo me da es acabar mis días en una silla de ruedas. Ya sé que no puedo hacer más que la mitad de las cosas que hacía cuando era más joven, pero yo valoro mi independencia y no quiero acabar siendo una carga para mi familia.

–No voy a mentirla, señora Bradshaw, y decir que va a ser fácil. Ni le voy a asegurar tampoco que todo será como antes dentro de un par de semanas.

–Entonces ¿qué es lo que va a decirme?

–Que con cuidado y mucha voluntad por su parte puede volver a andar. Esto no va a suceder de un día para otro ni la cadera volverá a estar como cuando era joven. Como le he explicado padece de osteoporosis y sus huesos son más frágiles, así que lo tendremos en cuenta. No puede poner mucha presión en la cadera después de la operación. Le va a costar mucho esfuerzo recuperar la movilidad, pero estoy seguro de que al final podrá andar sin ayuda.

–Eso me vale. Gracias. Sé que hará lo que pueda y eso es lo que importa. Tenía miedo de que nadie se preocupara, ¿sabe? Se leen tantas historias terribles en el periódico que temí que por tener más de setenta todo el mundo iba a pensar que era una pérdida de tiempo y de dinero tomarse molestias por mí.

–¡De eso nada! –el tono de Luke era serio y a Maggie le sorprendió su vehemencia–. Dar a la gente la oportunidad de llevar una vida feliz y sin dolor no se puede contar en dólares… ni en pesetas. La veré en el quirófano dentro de una hora. Recuerde que tenemos una cita.

Luke se fue y Alice suspiró quedamente.

–Creo que he tenido mucha suerte, ¿verdad? No hay muchos médicos como tu doctor Fabrizzi.

Maggie sonrió, pero la palabra le zumbaba en la cabeza: «Tu doctor Fabrizzi».

–Estoy segura de que tiene razón –dijo mientras estiraba la cama–. Ahora intente descansar un poco. Pronto vendrán los de quirófano a medicarla.

Se apartó de la cama mientras la anciana cerraba los ojos y fue a echar una ojeada a la sala para comprobar que todo estuviera en

orden.

Sus ojos se detuvieron en Luke, que estaba hablando con un paciente. Era una sala mixta, aunque los hombres y las mujeres estaban en distintos extremos. Contempló con interés cómo se paraba a hablar con David Garner, un joven jugador de rugby que había ingresado el día anterior con la rótula destrozada.

David iba a entrar en quirófano aquella tarde y estaba muy preocupado por las secuelas de la operación y por si iba a poder jugar de nuevo. Maggie se preguntaba si Luke se comportaría con él igual que con la señora Bradshaw. Según su experiencia los hombres que se llevaban bien con las mujeres rara vez se entendían bien con otros hombres, así que era interesante ver qué pasaba.

Sonó una carcajada en la sala y Maggie sacudió la cabeza sorprendida al ver que David Garner le daba una palmada en la mano a Luke. En su opinión aquellos dos hombres no tenían nada en común, pero parecían amigos de toda la vida.

–La verdad es que tiene mano, ¿verdad? –dijo Doreen que pasaba por su lado–. El doctor Fabrizzi es algo más que una cara bonita. Reconócelo, Maggie, es un médico como la copa de un pino.

–Nunca dije que no lo fuera. Es evidente que está muy preparado.

–Pero va a hacer falta algo más que eso para ganarte ¿no? Te doy un mes para que estés tan colada por él como las demás, Maggie Carr. De hecho, estoy tan segura de ello que apostaría. Me apuesto cinco mil pesetas a que el mes que viene por estas fechas eres miembro del club de admiradoras de Fabrizzi.

–Apostado –apretó la mano de Doreen para cerrar la apuesta–. Cinco mil me vendrán muy bien, y además dinero fácil.

–No lo creo. Me parece que nuestro Luke ya se te ha metido dentro de la piel, Maggie. ¡Podrías tener una enorme sorpresa!

Doreen siguió su camino, aún sonriendo. Maggie puso los ojos en blanco ¿dentro de la piel? ¡Menuda bobada!

Se oyó otra carcajada en la sala y un escalofrío la recorrió. ¿Cómo podía explicar la forma tan extraña que tenía de reaccionar ante Luke? Podía negarlo hasta quedarse ronca, pero no había duda de que era muy consciente de su presencia. En las últimas semanas se había encontrado con demasiada frecuencia pensando en él. ¿Era porque habían tenido tan mal comienzo por lo que estaba en

guardia con él?

Suspiró al darse cuenta de que no tenía ni idea de cuál era la respuesta. Fue al despacho a solucionar un montón de papeles que precisaban de su atención. A lo mejor Doreen no andaba tan descaminada, porque Luke Fabrizzi se estaba convirtiendo rápidamente en una espina clavada en su piel.

Capítulo 2

La mañana fue pasando a trompicones y Maggie decidió que como había tres ingresos a primera hora de la tarde almorzaría pronto. Había que hacer una verdadera expedición para llegar al bar provisional del hospital, y una vez allí el lugar dejaba mucho que desear.

–No es un sitio muy alegre ¿verdad? ¡Ojalá acaben pronto con la reforma!

–Amén –dijo Rachel Hart, enfermera de pediatría mirando con desaliento sus sándwiches–. Si esto es lo mejor que podemos esperar en los próximos seis meses que el cielo se apiade de nosotros.

–Nos hará adelgazar, por lo menos. No vamos a arremolinarnos para repetir –rio Maggie siguiendo a Rachel a una mesa. Había bastante gente almorzando y sus voces resonaban en la cavernosa sala.

–¡Qué estruendo!

–Harán algo mejor que esto, ¿verdad? Es una auténtica cochambre. Estoy pensando seriamente en hablar de ello con el sindicato.

Maggie se encogió de hombros, pero no pudo evitar pensar que no era propio de Rachel quejarse. Normalmente era una persona muy positiva.

–Me imagino que fue lo único que se le ocurrió a la dirección dadas las circunstancias. No debe ser fácil acomodarlo todo en el plan de restauración.

–Me imagino que no. Lo siento. No quería ser quejica. Estoy un poco hundida en este momento y parece que todo se me viene encima.

–¿Alguna razón en especial?

–Bah, ya sabes, un poco de esto y un poco de aquello… ¿Puedo preguntarte una cosa, Maggie? En confianza.

–Claro. Pregunta –Maggie se preguntó qué querría saber. Ella y Rachel se habían hecho amigas cuando hacían las prácticas en

pediatría y le preocupaba verla tan hundida.

–¿Ha dicho Luke algo de Tom? –Rachel se sonrojó cuando Maggie la miró sorprendida–. Pensé que podía haber dicho algo de pasada acerca de cómo le va.

Maggie ahogó un suspiro. Rachel había estado saliendo con Tom Hatley antes de que él se fuera a Boston con el programa de intercambio. Aunque no sabía qué había pasado entre él y Rachel, siempre sospechó que su amiga se había encariñado mucho con el cirujano. Sin embargo no podía decirle gran cosa porque supondría admitir que ella y Luke no habían mantenido ni una sola conversación civilizada en las dos semanas que él llevaba en el hospital.

–Me temo que no. No ha salido el nombre de Tom, pero siempre puedes preguntar tú a Luke ¿no? A lo mejor sabe dónde se aloja en Boston para que puedas escribirle.

–No, no lo creo.

Cambió de tema y le habló de un concierto pop al que había ido con su sobrina. Maggie se sentía culpable por no haber podido ayudarla y además aquello la hizo darse cuenta de lo mala que era la relación entre ella y Luke, y eso la preocupaba. No le gustaba estar a mal con alguien con quien trabajaba.

Siguió pensando en ello tras separarse de Rachel y volver a su sala. Uno de los ingresos de la tarde ya había llegado. Su nombre era Lauren Atkins, una bailarina de ballet de diecinueve años. Se había hecho un esguince en el tobillo el día anterior en los ensayos. Los ligamentos estaban rotos y necesitaban cirugía. Lauren estaba acompañada de su madre y Maggie no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que iba a necesitar mucho tacto y mucha paciencia para tratar con aquella mujer.

–¡Si por mí fuera Lauren no estaría aquí! Debería estar en una clínica privada. Todo su futuro está en juego, todo aquello por lo que tanto hemos trabajado. No quiero que la opere un cualquiera.

–Mamá, por favor –suplicó Lauren avergonzada. Maggie le sonrió. No era la primera vez que se encontraba con aquella actitud y no sería la última. Había un montón de gente que creía que si pagaban recibirían mejor trato. Parecían no darse cuenta de que los cirujanos eran los mismos en la Seguridad Social y en la medicina privada.

–Le garantizo que Lauren recibirá el mejor tratamiento posible, señora Atkins. Entre nuestros cirujanos están algunos de los mejores de Gran Bretaña.

–Tengo mis dudas al respecto. Y no me tranquiliza mucho –Gloria se negaba a relajarse–. Todo el mundo sabe que la medicina realmente innovadora viene de Estados Unidos. Si por mí fuera Lauren habría salido en el primer vuelo de esta mañana. Sin embargo su padre tomó la decisión de mandarla aquí.

Maggie estuvo a punto de contestar, pero una mirada al rostro triste de Lauren la hizo morderse la lengua. La pobre chica tenía bastante sin necesidad de oír más tonterías.

–¿Desde cuando bailas, Lauren? –la preguntó haciendo caso omiso de la madre.

–Años. Desde que tenía tres o cuatro. Debo estar loca ¿no? –Maggie sonrió aunque notó un tono de resentimiento en la voz de la chica.

–Debes tener mucha voluntad. Sé lo duro que puede llegar a ser el ballet y la cantidad de trabajo que hace falta para llegar donde tú has llegado.

–Ella tiene un talento natural. Todo el mundo lo dice. Se parece a mí ¿sabe? Yo fui bailarina de ballet, aunque nunca tuve las ventajas que Lauren ha tenido.

Maggie no dijo nada. Vio la sombra que cruzó las facciones de Lauren y no pudo evitar preguntarse si la chica se consideraba tan afortunada. ¿No la habría empujado su madre a elegir aquella profesión? Parecía más que posible.

No era el momento de preguntar, así que se ocupó de dejar a Lauren instalada. Estaba enseñándole cómo manejar la radio cuando un ruido de pasos la hizo levantar la cabeza, y notó que se sonrojaba al ver a Luke. No le esperaba tan pronto.

–Mmm… esta es Lauren Atkins, doctor Fabrizzi. Mañana por la mañana le operará el tobillo, según creo.

Antes de que Luke tuviera tiempo para contestar la señora Atkins intervino.

–Entiendo su preocupación, señora Atkins –no parecía alterado por su comentario, aunque Maggie sabía que muchos médicos se lo habrían tomado muy a mal–. Sin embargo, le garantizo que ya he realizado esta operación muchas veces y que siempre ha resultado

un éxito.

–¡Usted es estadounidense!

–Sí, soy de Boston. Tuve la suerte de obtener una plaza en un programa de intercambio y estaré trabajando en Dalverston los próximos seis meses.

–¿Y es usted cirujano en Boston? –insistió Gloria.

–Sí, a la vuelta asumiré un puesto de cirujano especialista. He hecho bastante investigación en los problemas de las lesiones deportivas, y he publicado algunos trabajos sobre el tema. Es un área que me interesa mucho.

Maggie estaba sorprendida. No sabía que él estuviera tan cualificado. Le hacía preguntarse por qué había aceptado el puesto en el programa de intercambio. La mayor parte de los médicos que lo hacían no estaban tan bien situados en la profesión como él.

De todas formas no tenía tiempo para pensar en ello, porque Luke quería examinar a la paciente y ver su historial. Eso también era extraño, a Luke le gustaba hablar con los pacientes a los que iba a operar y verlos antes.

Tuvo que insistir para apartar a la señora Atkins de la cama de su hija, pero Maggie se mostró firme. La acompañó a la sala de espera y cuando volvió encontró a Luke charlando con Lauren, que parecía estar más relajada, aunque eso probablemente se debía a la presencia de Luke.

A la mayoría de las mujeres les resultaría difícil no reaccionar ante un hombre tan guapo como Luke, fuera cual fuese su edad. Sin embargo ella esperaba que él no se excediera en demostrar su encanto. Ya había tenido casos en que las pacientes se habían enamorado de sus médicos y eso siempre era complicado de manejar. No le atraía la idea de tener que vérselas con una adolescente enamorada. Él alzó la mirada y le sorprendió ver su expresión ceñuda.

–¿Hay algún problema, enfermera?

–Por el momento no –contestó con una sonrisa tensa. Se volvió hacia Lauren–. Tengo que conocer unos cuantos detalles, Lauren. Ya sé que es una lata tener que responder a todas esas preguntas, pero en seguida acabamos.

–No hay prisa –se rio Lauren con timidez y Maggie suspiró al darse cuenta de que sus sospechas se confirmaban. Cuanto más

tardasen en hacer las preguntas más tiempo tendría de estar con Luke–. Cuanto más tiempo mantengan alejada a mi madre mejor, aunque sé que suena horrible decir esto. Tiene buena intención, pero me gustaría que me dejase vivir mi vida en vez de estar interfiriendo todo el rato.

–Muchas madres tienden a ser demasiado protectoras, Lauren. Lo da el oficio.

–¡Ya lo sé! Pero es mucho más que eso. Mi madre quiere que yo haga las cosas que ella quería haber hecho. No comprende que yo no soy ella. Yo no sé cómo hacerle entender que quiero vivir mi propia vida, no la que ella ha programado para mí.

Había angustia en la voz de la chica. Maggie miró a Luke y pudo observar que él también estaba preocupado. Era evidente que la situación alteraba a Lauren y que eso no era deseable.

–No es fácil hacer comprender a los padres que sabes lo que quieres. Demasiado bien lo sé.

–¿De veras? –la adolescente la miró con simpatía y Maggie suspiró al darse cuenta de que temía que explicar lo que quería decir. Le resultaba incómodo hablar de su propia situación delante de Luke, pero puede que de cierta forma fuera lo mejor. Ya iba siendo hora de que se diera cuenta de que había cometido un error cuando se conocieron en Milán.

–Claro que sí. El mayor deseo de mi familia es verme casada ¿sabes? Y son capaces de hacer cualquier cosa por conseguirlo. No tengo ni idea de cuántas veces han intentado colocarme algún hombre «adecuado». Ha llegado a un punto en que no le digo a mi madre cuándo voy a ir de visita porque me horroriza la idea de encontrarme otro candidato sentado en su sofá.

–¿De veras? ¡Pobrecita! Pero, ¿cómo son esos hombres? ¿O no debería preguntar?

–¡Mejor no lo hagas! No me gustaría que tuvieras pesadillas.

Ella sonrió al ver que la chica se reía. Sin embargo no pudo evitar mirar de reojo a Luke y le sorprendió la expresión de su rostro, no podría definir bien lo que había en ella: ¿arrepentimiento? No parecía ser eso exactamente.

–De todas formas, Lauren, sé lo difícil que es imponerse, pero es algo que tienes que hacer. No puedes vivir tu vida para otras personas, tienes que vivirla como tú quieres.

–Ya lo sé. Es solo que soy muy cobarde. Odio las discusiones y la idea de decirle a mamá que no quiero seguir bailando me horroriza porque sé que se va a alterar mucho. Por eso estaba contenta por el esguince del tobillo. Tenía la esperanza de no poder bailar nunca más.

–Sería una solución demasiado drástica a tus problemas, Lauren –el tono seco de Luke hizo sonrojarse a la joven–. Desear estar incapacitada para siempre no es la respuesta, créeme. Como te ha dicho Maggie tienes que dejar las cosas claras.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre desde que trabajaban juntos. Ella sabía que eso no significaba nada, pero no pudo controlar el escalofrío. Fingió estar muy atareada con los impresos y escuchó a Luke cómo le preguntaba qué estaba haciendo exactamente en el momento en que tuvo el esguince.

–Me ha servido de gran ayuda. Me gusta saber exactamente qué tengo entre manos. Es esencial que esos ligamentos queden bien, aunque no quieras seguir con tu carrera artística. Sin embargo, la operación es solo el primer paso, Lauren. Tendrás que ir a un fisioterapeuta y hacer rehabilitación para recuperar bien el uso del tobillo. Por favor, no te cortes la nariz para estropearte la cara. Tener un tobillo débil podría ser un precio muy alto por evitar decirle la verdad a tu madre.

–Le prometo que no seré tan estúpida, doctor Fabrizzi –murmuró la chica y por su tono de voz Maggie supo que había estado pensando en hacerlo.

Menos mal que Luke había sido lo bastante astuto como para intuirlo, aunque la verdad es que parecía tener una rara habilidad para entenderse con la gente. Aquello no encajaba exactamente con la imagen que tenía de él. Si en realidad era tan arrogante y egocéntrico como ella se lo imaginaba no podría ser tan intuitivo con la gente.

–Dado que Lauren ha prometido ser una paciente modelo, creo que deberíamos ayudarla un poco ¿Qué le parece la idea de convencer a su madre de que no es necesaria aquí? –preguntó Luke.

–Bueno, haré un intento, pero no creo que sea fácil.

–No, pero estoy seguro de que se nos ocurrirá algo si lo trabajamos juntos –habló con tono profesional, pero había un brillo travieso en sus ojos–. En mi opinión la paciente necesita descanso

absoluto. Enfermera, ¿podría informar a la señora Atkins de que creo que sería beneficioso que Lauren no tuviera más visitas esta tarde?

–Sí, doctor. Iré a ahora mismo a informar a la señora Atkins de su decisión.

Maggie consiguió mantenerse seria cuando él le guiñó un ojo. Lauren se reía con la mano en la boca para contener su alegría. No parecía la misma chica desdichada de hacía un rato, así que Maggie no sentía el menor remordimiento por lo que estaban haciendo.

–Gracias, enfermera. Ya sabe dónde puede encontrarme si hubiera algún problema.

–¡No se preocupe! Le llamaré en el busca si hubiera alguna reacción –contestó Maggie y lo siguió. Él se detuvo para abrirle la puerta y ella sintió que se le aceleraba el puso al ver la expresión risueña de su cara. Era como tener un atisbo del hombre que estaba bajo aquel exterior tan guapo, una persona amable que podría acabar gustándole mucho.

–Estoy siempre a tu servicio, Maggie, aunque preferiría no tener que tratar con una madre airada si puedo evitarlo –había un tono desvergonzadamente persuasivo cuando le puso la mano en el brazo–. Así que haz lo posible para convencer a la señora Atkins de que su presencia no es necesaria, ¿lo harías por mí?

Ella respiró hondo. El tacto de su mano estaba desencadenando una serie de reacciones preocupantes. Se apartó de su mano e intentó buscar un tono de voz que ocultara su confusión por la forma en que se estaba comportando.

–Haré lo que pueda, aunque no prometo nada, compréndelo –la sonrisa de Luke era un poco tensa.

–Con eso me basta.

Hubo un momento en que ella creyó que él iba a decir algo más, pero entonces sonó su busca.

–Quirófano. No sé qué pasará. Iré a ver. Llámeme si hay algún problema, enfermera.

Él había vuelto a la normalidad, a su tono fríamente profesional. Suspiró al verlo marchar, sintiendo que se aliviaba la tensión. Prefería aquello a las sorpresas.

Fue a ver a la señora Atkins temiendo encontrarse con una batalla, sin embargo la mujer aceptó sus palabras sin discusión.

–¿Qué le dijiste? –preguntó Lauren atónita–. No es propio de mi madre no montar un número.

–Me limité a decirla que el doctor Fabrizzi había aconsejado que descansaras. Pareció aceptarlo bien.

–Él emana confianza, ¿verdad? No me extraña que mi madre pensara que él sabía de qué estaba hablando. Me gustaría poder meter en un tarro un poco de su confianza y llevármela a casa cuando salga de aquí. A lo mejor así podía enfrentarme a ella.

Maggie no dijo nada. No había gran cosa que se pudiera decir. Dejó a Lauren y volvió al trabajo. Doreen y Angela habían vuelto de almorzar y pronto llegaron otros ingresos. La tarde pasó con rapidez pero se encontró varias veces pensando en lo que había dicho Lauren de Luke. La molestaba porque le hacía cuestionarse su opinión sobre él.

¿Se había equivocado? ¿Había confundido su confianza con arrogancia? Aún no estaba preparada para cambiar su opinión sobre él.

Aquella noche había una fiesta y Maggie estaba invitada. Una de las enfermeras de la sala de cirugía, que trabajaba en un turno distinto, se había comprometido y había invitado a todo el mundo a que fuera a su casa para celebrarlo.

Se dio una ducha y se lavó el pelo. Evitaba siempre que podía usar el secador porque tenía el pelo rizado y tendía a rizarse más, pero como no tenía tiempo no le quedó más remedio que usarlo consiguiendo una masa de rizos que no había forma de domesticar.

Suspirando decidió que no tenía tiempo para nada más. Se dejó el pelo suelto y se puso una blusa color frambuesa y unos pantalones de seda grises. Tenía un aspecto un poco aniñado pero podía haber sido peor.

Se calzó unas sandalias de tacón alto y salió a la calle. Pronto se arrepintió de haber elegido esos zapatos, no estaba acostumbrada a andar con ellos y cuando llegó al pub tenía ya una enorme ampolla en el talón. De todas formas eran mucho más atractivos que los zapatos bajos que solía utilizar, así que lo mejor que podía hacer era sonreír y aguantarse.

–¡Maggie! Te hemos guardado un sitio –Angela se levantó y le

hizo señas. El pub era muy frecuentado por gente del hospital, y aquella noche estaba abarrotado.

–¡Gracias! ¡Qué cantidad de gente! Cualquiera diría que somos todos alcohólicos si viera la cantidad de gente del hospital que hay aquí.

–Naturalmente ninguno de nosotros entramos en esa categoría –dijo Donna Parsons–. No hemos venido por la bebida sino para disfrutar del placer de la compañía.

–Serás tú. Yo no le hago ascos a una copa después del día que he tenido –Robin White, el último fichaje de cirugía agarró su pinta de cerveza y tomó un largo trago–. Hubo un momento en que me pregunté por qué había elegido la carrera de medicina. O sea, que podía haber sido abogado, o contable, o… cualquier cosa mejor que médico.

Todos se rieron, pero Maggie se dio cuenta de que Robin no bromeaba. Era evidente que algo le había contrariado aquel día y no podía evitar preguntarse qué podía haber afectado tanto a una persona tan tranquila como él.

–¿Qué pasó?

–Qué fue lo que no pasó sería más fácil de contestar. Tuvimos una emergencia en quirófano. Jefferson estaba operando a un tío que se había caído de la moto y tenía múltiples fracturas. Estaba hecho un asco, la verdad, y era evidente que el viejo Jeffers estaba desbordado.

Maggie suspiró. Norman Jefferson había trabajado en el hospital Dalverston desde hacía muchos años. Se rumoreaba que había rechazado jubilarse y aunque no cabía duda de que había sido un buen cirujano aquellos tiempos habían pasado. Estaba llegando a ese punto en que era más bien un estorbo. Maggie sabía que el equipo quirúrgico se aseguraba de que no le dieran ningún trabajo difícil, pero era evidente que el sistema había fallado aquel día.

–¿Y qué pasó?

–Pues que todo lo que podía salir mal salió mal. Todo el mundo estaba nervioso al saber que operaría Jefferson. Normalmente debería haber habido alguien que se hiciera cargo de la situación, pero desgraciadamente habían entrado dos urgencias y todo el mundo estaba ocupado cuando enviaron al motorista al quirófano, así que no hubo nadie que se adelantara cuando Jefferson dijo que

se haría cargo él.

–Menuda situación.

–¡Y qué lo digas! Al principio todo parecía ir bastante bien y entonces no sé cómo Jefferson cortó la femoral.

–¿Y qué pasó después? –exclamó Maggie con horror intentando no imaginarse la escena–. ¿Se?… bueno, ya sabes.

–¿Murió? No, pero estuvo muy cerca, te lo aseguro. Jefferson pareció derrumbarse y no tener ni idea de qué hacer. Yo tomé el teléfono y pedí ayuda… –Robin se interrumpió–. Mira aquí está, el héroe del día.

Maggie miró y le dio un vuelco el corazón al ver a Luke que acababa de entrar en el pub. No sabía que le habían invitado a la fiesta, aunque debió adivinarlo. Todo el mundo lo saludaba complacido. Parecía que Luke gustaba a todos, todos lo admiraban. ¿Por qué no sentía ella lo mismo que los demás? ¿Quién estaba equivocado, ella o todos?

Respiró hondo. Estaba asustada porque sabía que tenía que descubrir quién era de verdad Luke Fabrizzi.

Capítulo 3

Hola, siento llegar tarde. No encontraba taxi.

Luke sonrió a todo el mundo, sus ojos parecieron detenerse un poco más en Maggie, pero a lo mejor fue solo su imaginación.

–La vida nocturna de Dalverston no es gran cosa, así que los taxis tienden a desaparecer –explicó Robin levantándose–. Es mi ronda ¿qué queréis tomar?

–Cerveza, pero solo si está helada –Luke se rio cuando hubo un coro de silbidos–. Ya lo sé, pero no es culpa mía tener un paladar sin civilizar y no poder apreciar las delicadezas de la cerveza templada.

–Tendremos que ocuparnos de su educación con toda urgencia ¿no creéis? –contestó Robin con una sonrisa–. No puedes vivir en Inglaterra sin aprender a disfrutar de las delicias de una pinta de cerveza.

–No sé si mis papilas gustativas están preparadas para eso. Ya he aprendido a beber ese producto repugnante que llamáis café, así que tened piedad de mí. La cantidad de tortura que puede soportar un tipo tiene un límite.

–Me imagino que tendremos que seguir haciendo concesiones durante un poco más de tiempo. De todas formas siéntate y yo traeré las bebidas.

–¿Hay sitio para mí o vamos a estar demasiado apretados? –preguntó Luke a Maggie.

–Claro que sí –se echó a un lado en el banco para hacerle sitio. Su muslo quedó pegado al de ella y le rozó con la cadera al intentar ponerse cómodo.

–Lo siento, no quería aplastarte.

–No, está bien… No sabía que fueras a venir esta noche –dijo por decir algo. La proximidad de él le estaba causando extraños efectos y no le gustaba.

–¿No? No se me ocurrió mencionarlo. No hay problema, ¿verdad?

–¡Claro que no! ¿Por qué crees que sería un problema para mí que vengas? –Maggie oyó el tono defensivo de su propia voz y estuvo después a punto de dar un brinco cuando él la tomó la mano y se la apretó. Lo miró y se quedó sorprendida por su expresión de pesar.

–Porque tú y yo empezamos con mal pie cuando nos conocimos y fue culpa mía –Luke apretó un poco más–. Comprendo por qué no estabas contenta de verme después de lo que dije aquella noche en casa de tu abuela, Maggie. Fue una metedura de pata y te pido disculpas.

–No sé qué decir –era verdad, estaba tan sorprendida que no podía pensar a derechas. No sabía si era por las disculpas o porque Luke seguía apretándole la mano, pero parecía que se le había atascado el cerebro. Él sonrió y soltó su mano.

–No tienes que decir nada. Tu expresión lo dice todo. No puedo creer que yo dijera lo que dije esa noche. Debiste pensar que era el mayor imbécil que habías conocido en tu vida –Maggie sintió que se sonrojaba hasta la raíz del cabello.

–Bueno… ya sabes.

–¡Claro que sé! Desgraciadamente. Me muero de vergüenza cuando me acuerdo. Mi única excusa es que había entendido mal la situación. No me había dado cuenta de que estábamos los dos en el mismo barco.

–¿Qué quieres decir? –lo miró insegura, pero Robin llegó en aquel momento con las bebidas. Robin se sentó enfrente. Todos hablaban de una película que habían puesto en televisión aquella semana y nadie parecía fijarse en su conversación, de todas formas él bajó un poco la voz.

–Que tu familia te está presionando para que te cases, como a mí la mía. Oí lo que decías esta tarde y fue como volver a vivir lo que me ha estado sucediendo en los últimos años. ¡No sé con cuántas mujeres «adecuadas» ha intentado casarme mi madre!

–Es una pesadilla, ¿verdad? –rio Maggie–. Y lo peor es que uno se siente culpable. O sea, uno no quiere casarse, pero de alguna manera sientes que les estás fallando.

–Sé lo que quieres decir. Las madres saben cómo hacerte sentir culpable, ¿verdad? Están todas esas indirectas acerca de que los hijos de sus amigos se van a casar y lo maravilloso que sería

organizar una boda. Luego las cosas empiezan a ponerse más duras y antes de que te des cuenta están haciendo comentarios acerca de que ya serán demasiado viejos para disfrutar de los nietos cuando lleguen…

–Si es que están todavía aquí para ver a dichos nietos. Es una situación insoportable. No importa que les expliques que eres feliz así, ellos no te creen. Creen que nosotros, y ellos, nos estamos perdiendo algo porque no queremos casarnos.

–Exacto. Yo no lo habría dicho mejor. Es agradable hablar con alguien que lo entienda, Maggie. A lo mejor eso significa que entiendes por qué me porté como un imbécil cuando nos conocimos y puedas perdonarme.

–No hay nada que perdonar –le aseguró sintiéndose aliviada.

–¿Entonces hay tregua? –dijo él ofreciéndole la mano.

–¡Tregua! –dijo ella estrechándosela. Después de eso se unieron a la conversación de la mesa. Ella no sabía por qué estaba tan contenta de que ya no hubiera razón para detestarlo. Probablemente porque le gustaba llevarse bien con todo el mundo.

Acabaron las bebidas y se fueron a la fiesta. No estaba muy lejos, pero Maggie cojeaba cuando llegaron a la casa de sus amigos, Ruth y Greg. Se había roto la ampolla y cada paso era una tortura.

–¿Estás bien? –Luke la sujetó por el codo cuando ella tropezó al subir los peldaños. Ella hizo un gesto y le enseñó el talón.

–Una ampolla. No debí ponerme estos malditos zapatos.

–Tiene mala pinta. Vas a necesitar una gasa, a ver si Ruth tiene botiquín y te lo arreglamos.

–No hace falta que te molestes…

–Órdenes del doctor, enfermera. No discuta.

–Oh, nada más lejos de mi intención, doctor.

–Bueno, esto es todo un progreso. Por lo que te oí decir esta mañana no creí que nunca fueras a estar de acuerdo con algo que yo dijera.

–Lo siento.

–Era broma –levantó las manos–. Estabas en tu derecho de decirlo. No era culpa tuya si te causé tan mala impresión al conocernos. Pero eso pertenece al pasado, ¿no? Ahora hay que mirar adelante.

–Me parece una buena idea, Luke. Me gustaría pensar que

podemos ser amigos.

Él sonrió, pero había un brillo extraño en su mirada.

–Eso es, amigos –se inclinó y la besó en la mejilla y luego miró al oír una tos muy exagerada.

–Siento interrumpir, pero Ruth quiere saber qué vais a tomar –dijo Angela con una enorme sonrisa.

Maggie se sonrojó a pesar de que el beso había sido puramente amistoso, pero sabía que la iban a gastar muchas bromas al respecto.

–¿Podrías decirle a Ruth que en este momento lo que necesitamos de verdad es un botiquín?

A Luke no parecía importarle la expresión divertida de Angela, pero ¿por qué le iba a preocupar? Aquel beso no había significado nada.

Sintió que se le caía el alma a los pies, pero no sabía por qué. Fue un alivio no tener que pensar en ello porque Angela preguntó inmediatamente para qué querían el botiquín. Maggie le enseñó el talón y Angela se ofreció a ir a buscarlo. Volvió al cabo de un rato con una caja verde de plástico y se la tendió a Luke.

–Me ha dicho Ruth que te diga que hay antiséptico en el armario del cuarto de baño por si lo necesitas –miró a otro lado porque Robin la estaba llamando–. Bueno. Os dejo con ello, entonces. Por lo menos vosotros dos debéis saber cómo se juega adecuadamente a médicos y enfermeras.

No cabía duda acerca de lo que había querido decir. Maggie sacudió la cabeza desalentada al ver que se iba.

–Angela siempre dice cosas así. Lo siento.

–No te preocupes. De hecho me ha dado una idea. Pero lo primero es curarte, arreglaremos lo de tu talón antes de que te cuente lo que he pensado.

Maggie no tenía ni idea de qué le estaba hablando, pero estaba claro que no tenía intención de hacerlo hasta que la hubiera curado. Se quitó los zapatos y subió las escaleras descalza para no empeorar la herida.

El cuarto de baño era sorprendentemente grande así que la enorme bañera con patas de hierro no parecía fuera de lugar. Luke lo miró con aprobación.

–Me encantan estos sanitarios antiguos. Estaban hechos para

usarse, ¿verdad? No como los cuartos de baño de hoy. En la habitación de mi hotel hay todo lo que puedas necesitar, pero la bañera es diminuta. He renunciado a toda esperanza de darme un buen baño mientras esté aquí, es incomodísimo.

–Me imagino que es difícil si eres muy alto. Nunca he pensado mucho en el tamaño que debería tener una bañera, si quieres que sea sincera. Pero, ¿porqué estás en un hotel? Hubiera pensado que preferirías alquilar un sitio para ti solo mientras estuvieras aquí.

–Sí, pero no es fácil encontrar algo que me vaya bien –limpió la herida con una gasa húmeda mientras hablaba–. No he tenido tiempo para buscar algo desde que llegué porque he estado demasiado ocupado trabajando. Llamé a un par de agencias y me han enviado detalles de un par de casas, pero sigo sin tener tiempo para ir a verlas.

–Debe ser incómodo. Me extraña que Roger Hopkins no te pudiera encontrar un sitio donde quedarte –dijo pensativa refiriéndose al director del hospital–. Generalmente es muy servicial y sé que ha encontrado hospedaje a otras personas antes.

–Se ofreció la primera vez que contacté con él, pero luego no ha salido nada –Luke rebuscaba en el botiquín–. No le he insistido porque bastante tiene con la reconstrucción del hospital.

–Eso es verdad. Hemos estado esperando mucho tiempo a que dieran el visto bueno. No cabe duda de que la reforma es necesaria, pero está provocando muchas incomodidades.

–Así es, pero míralo por el lado bueno. Tendréis un estupendo hospital de vanguardia cuando hayan terminado. He visto los planos de las nuevas salas de cirugía y, créeme, van a suponer un cambio en la vida para todos, personal y pacientes.

–Lo sé y no me quejo. Ya iba siendo hora de que esta ciudad tuviera unas buenas instalaciones hospitalarias.

–Amén –frunció el ceño de pronto mientras tomaba la botella de antiséptico–. Aunque te advierto que las mejores instalaciones no valen un pimiento si no tienes al mejor personal trabajando en ellas.

–Estás pensando en lo que sucedió a la hora del almuerzo ¿no? Robin me contó lo que había pasado con el motorista. Me dijo que si el pobre tipo puede contarlo es gracias a ti.

–Se salvó por poco, pero eso no debía haber pasado nunca. Habrá que hacer algo con respecto al doctor Jefferson. El hospital

no puede permitirse que vuelva a ocurrir algo así–. Maggie estaba de acuerdo pero no dijo nada, se quedó callada mientras él le desinfectaba la herida y le ponía una tirita sobre ella–. Con esto valdrá, pero no podrás ponerte los zapatos.

–Debía haber elegido lo sensato en vez de lo frívolo. No va conmigo, ¿verdad?

–Yo no diría eso. Estás estupenda esta noche, Maggie. Me gusta tu pelo así.

–Oh… gracias. No suelo llevarlo suelto porque tiende a irse por todas partes.

Él se rio y tomó un mechón entre los dedos.

–Supongo que es porque es muy fino y sedoso.

No era posible que ella hubiera sentido cómo le tocaba el pelo. Y sin embargo así había sido, y el escalofrío la recorrió desde el pelo hasta el cuero cabelludo. Respiró hondo y fue hacia la puerta, forzándole a soltarla.

–Creo que debemos volver a la batalla antes de que envíen la caballería.

–¿O empiecen a preguntarse si nos hemos montado una fiesta aparte?

–No te preocupes por lo que dijo Angela. Solo nos tomaba el pelo.

–No me preocupa en absoluto. Mira, Maggie, te dije que había tenido una idea ¿no? A ver qué piensas de ello, pero a mí me parece que sería la respuesta a nuestras plegarias, ¿qué te parecería hacerles saber que somos una pareja?

–¿Una pareja? ¿Quieres decir que tú y yo…?

–Deberíamos emparejarnos. O por lo menos dejar que nuestras familias crean que lo estamos. Sería la forma perfecta de que dejaran de intentar casarnos todo el tiempo. Si creen que nos hemos enamorado dejarán de intentar controlar nuestras vidas. ¿Qué te parece? ¿Es o no la solución a nuestros problemas?

–No sé –intentó encontrar algo que decir, pero le resultaba difícil sobrellevar la decepción de que él quería que estuvieran juntos solo para engañar a sus familias.

–Venga, Maggie, ¿qué podemos perder? Es la solución perfecta, ambos somos felices con nuestras vidas tal y como son, o lo seríamos si pudiéramos conseguir que nuestras familias dejasen de

intervenir en ellas. Así que, ¿por qué no dejar que crean que hemos hecho lo que quieren que hagamos: enamorarnos y planear el matrimonio?

–Pero, ¿qué pasará después? O sea, que solo podemos engañarlos mientras estén esperando a que fijemos una fecha, ¿qué haremos entonces?

–Les explicaremos que hemos cambiado de idea. La gente está rompiendo todo el tiempo así que no sería nada anormal. Incluso si la relación solo dura los seis meses de mi estancia en Inglaterra serán seis meses de libertad que habremos tenido. Y eso es bueno, desde mi punto de vista.

Luke tenía razón. Pero ella se resistía a aceptar. Él debió darse cuenta de sus dudas porque suspiró.

–Mira, no quiero ponerte entre la espada y la pared. Piénsalo. Si te parece una buena idea entonces bien, si no… bueno, no hemos perdido nada, ¿no?

Parecía razonable y ella sonrió aliviada por no tener que tomar una decisión.

–Me parece bien. Pensaré en ello, aunque no sé si me sentiré culpable por despertar innecesariamente esperanzas en mi madre. No es que esté en contra del matrimonio, simplemente que no está en mi agenda por el momento.

–Para mí no está en la agenda, punto –se encogió de hombros cuando ella lo miró sorprendida–. No tengo tiempo para eso. Hay tantas cosas que quiero hacer, relacionadas con el trabajo, que mis días ya están completos. Y ya no soy tan ingenuo como para creer que una mujer podría ser feliz ocupando un segundo puesto en mi vida detrás del trabajo.

–Da la sensación de que alguna vez pensaste que podía funcionar.

–Así fue. Pero aprendí la lección por las malas. La profesión y las relaciones no mezclan bien. No quiero volver a cometer el mismo error.

Abrió la puerta del cuarto de baño dejando claro que no quería hablar más del tema. Pero ella siguió pensando en ello. Luke debía haber quedado dañado por su experiencia y no sabía por qué el pensamiento le resultaba doloroso a pesar de no ser asunto suyo. También la preocupaba que él hubiera permitido que le afectase

tanto como para decidir no volver a casarse nunca. Lo cierto es que eso la inquietaba mucho.

La fiesta terminó de madrugada. Maggie estaba contenta de no tener que trabajar en los próximos dos días, porque así podría recuperar horas de sueño. Pidió prestadas unas sandalias de goma a Ruth y se fue a casa andando.

Luke, Robin y Angela fueron con ella. La noche era templada y había cientos de estrellas. Luke miró hacia arriba y suspiró.

–Y pensar que me habían advertido de que aquí siempre estaba lloviendo.

–¡Calumnias! Tenemos uno de los mejores climas del país ¿no es cierto? –contestó Robin y Maggie se rio.

–Sí, si tienes pies de rana. Deja de confundir al pobre Luke. Sabes muy bien que se pueden contar los días como este con los dedos de una mano.

–¡Aguafiestas! Estoy intentando mejorar la imagen para que Luke le cuente a sus amigos el sitio tan maravilloso que es Dalverston.

–No hace falta que mejores la imagen. Yo creo que está bien como está.

–Evidentemente eres un hombre de buen gusto –Robin pasó un brazo por los hombros de Angela–. Bueno, os queremos y nos vamos. Que disfrutéis del resto de la noche.

–Parece que Angela no ha perdido el tiempo esparciendo el cotilleo –dijo Maggie desalentada cuando se fueron–. Lo siento, hablaré con ella.

–Por mí no te preocupes. No me importa nada lo que piense la gente, pero si para ti supone un problema entonces habla con ella.

–No es ningún problema. Es que no quiero que piensen algo que no es. Ya sabes qué campo de cultivo para el cotilleo es un hospital.

–¿Entonces no te preocupa que eso te cause problemas con algún novio que tengas en perspectiva?

–No, porque por el momento no quiero novio –se sentía incómoda por su mirada ¿por qué tenía la sensación de que su respuesta le importaba? –. Quiero concentrarme en el trabajo por ahora. Me ascendieron hace dos meses y eso me supone mucho

trabajo. Ya tendré tiempo para novios cuando esté más asentada.

–Entiendo lo que quieres decir. El trabajo que hacemos es tan exigente que no deja tiempo ni energía para mucho más –se detuvo y se volvió hacia ella–. Por eso tiene sentido que formemos un equipo, Maggie. Bastante presión tenemos por nuestros trabajos, para tener además que realizar los deseos de nuestras familias.

–Ajá –aún no estaba segura de que fuera acertado. Aparte de la culpa que sentiría por engañar a sus padres, había otras cosas que tener en cuenta, como el hecho de que Luke y ella tendrían que pasar tiempo juntos para que aquello funcionara. Y no sabía si quería o no.

–Perdona, otra vez estoy intentado presionarte para que tomes una decisión –se puso una mano en el pecho–. Te prometo por mi honor que no volveré a mencionarlo.

–Estás perdonado –dijo Maggie riendo–. Bueno, no sé cómo estarás tú pero yo estoy lista para irme a la cama. Vivo al final de esa calle así que: buenas noches.

–Te acompaño a la puerta. No protestes. Mi madre me enseñó a dejar a las damas a salvo en su casa después de una cita. ¿No querrás que crea que he olvidado los buenos modales?

Maggie vivía en un adosado victoriano que daba al río. Luke miró el edificio melancólicamente.

–Bonito sitio. La verdad es que estoy buscando algo así. Quería algo con un poco de carácter.

–¿Quieres entrar y verlo? –se sonrojó nada más decirlo–. Quiero decir exactamente lo que he dicho, por si te estabas haciendo preguntas.

–Solo me las haría si me hubieras ofrecido enseñarme tus cuadros. Y no creo que vaya a tener tanta suerte.

La risa de ella sonó un poco forzada. No sabía si él lo había dicho en serio.

–¿Y bien? –dijo buscando las llaves en el bolso.

–Creo que es mejor dejarlo por ahora. Ya es muy tarde y no quiero entretenerte –se inclinó y le dio un beso ligero en la mejilla–. Que duermas bien.

–Buenas noches, Luke.

Entró corriendo en la casa, no quería pensar en lo sucedido. Luke la había besado como habría besado a su prima. No había

razón para estar tan nerviosa.

En el contestador automático había un mensaje de su madre para invitarla a comer el domingo. Parecía una cosa inocente, pero Maggie sabía sin asomo de duda que había algún motivo oculto. ¿Le habría encontrado otro novio?

Suspiró. La idea de Luke empezaba a parecerle muy tentadora.

–Eso ha estado muy bien, Alice, bien hecho.

Maggie llevó a Alice Bradshaw a una silla y la ayudó a ponerse cómoda. Habían cruzado la sala, con Maggie sujetando a la anciana por un brazo y Doreen por el otro. No podía haber sido fácil para ella, que estaba recién operada, pero no había musitado una queja.

–No lo he hecho mal, ¿verdad? Aunque creo que no hubiera podido sola.

–Y no debe intentarlo, por lo menos durante un tiempo.

Puso una manta sobre las piernas de la anciana. Estaban en la terraza y aunque no hacía frío había algo de brisa y no quería que la anciana se resfriara.

Habían pasado tres días desde la fiesta y Maggie había vuelto al trabajo aquella mañana. Había estado muy atareada con cuatro nuevos ingresos y las obras del piso de arriba también estaban causando problemas. Caía polvo del techo y habían tenido que llamar a las limpiadoras dos veces.

Maggie estaba esperando a Roger Hopkins para que valorase la situación y mientras tanto había trasladado a la terraza a todos los pacientes que había podido, por lo menos allí no había polvo en el aire.

–Le diré a Angela que le traiga una taza de té.

–Me vendría muy bien. Gracias, tengo la boca reseca.

No era de extrañar, pensó Maggie mientras volvía a la sala para ver si Lauren quería salir también a la terraza. Se quedó sorprendida al encontrar a David Garner junto a la cama de la chica. Los dos se estaban riendo a carcajadas y no se dieron cuenta de su presencia.

–Parece que os estáis divirtiendo.

–¡Qué susto me has dado! Pensé que era mi madre.

–¿Y eso hubiera sido un problema?

–¡Puedes estar segura de ello! –Lauren suspiró al ver que David se excusaba y se iba hacia su cama apoyado en las muletas–. Le daría un ataque si me viera hablando con David.

–¿En serio? –sonrió hacia David que las miraba melancólico. Era evidente que estaba colado por Lauren–. David es un chico muy agradable. No sé qué problema puede ver tu madre en que seáis amigos.

–Lo vería, créeme. Mamá piensa que nadie es lo bastante bueno para mí. Siempre que he llevado a algún amigo a casa ella le ha encontrado defectos. Por eso no quiero que sepa lo de David, seguro que dice algo horrible de él.

–Ya sé que no es fácil, pero tienes que imponerte. Es tu vida.

–Lo sé, pero no es sencillo. Quiero a mi madre y no me gustaría herirla.

Maggie lo entendía demasiado bien. Aún no había telefoneado a su madre para rechazar la invitación a comer. No es que no quisiera ver a su familia, sino que no podía afrontar la idea de tener que ser cortés con otro hombre.

–Buenos días, enfermera. Quería echar una ojeada al tobillo de Lauren si no hay inconveniente.

Se volvió rápidamente al oír la voz de Luke, no le había oído acercarse. Tardó un rato en contestar.

–Por supuesto, doctor, correré las cortinas.

–Gracias –no tenía idea de por qué estaba tan nerviosa. Una visita de un médico a un paciente no era para ponerse así. A no ser que fuera el doctor Fabrizzi, le dijo una vocecilla insidiosa.

–¡Y dale! –no se dio cuenta de que había hablado en voz alta, hasta que Luke no se volvió a mirarla–. ¡Y dale!, no para de caer porquería del techo –improvisó al ver que caía un copo de pintura.

–Ya veo. ¿Lo sabe Roger Hopkins?

–Sí. Vendrá de un momento a otro a echar un vistazo –se interrumpió al ver que la hacían señas–. Creo que ya está aquí.

–Muy bien, yo ya he acabado –sonrió a Lauren–. Todo parece ir bien. Tengo entendido que tienes rehabilitación esta mañana, ¿no?

–Sí. Tengo hora a las dos y media. ¿Cuándo volveré a casa, doctor, tiene idea?

–Probablemente el viernes por la tarde, aunque tendrás que volver varias veces por semana para hacer rehabilitación.

–¡Qué bien! ¿Es posible elegir los días de rehabilitación?

Luke se encogió de hombros, aunque Maggie se dio cuenta de que le sorprendía la pregunta.

–Estoy seguro de que se puede hacer algo para arreglarlo. Te sugiero que lo comentes esta tarde para organizarlo.

Lauren asintió contenta. Mientras se alejaban de su cama Maggie vio que David se levantaba para ir hacia ella.

–Creo que Cupido ha estado lanzando flechas.

Luke miró y sonrió al ver al joven sentado en el borde de la cama de Lauren.

–Ah, ahora entiendo por qué quería elegir hora para rehabilitación.

–Eso creo. Él también va a necesitarla. Me imagino que han hecho un plan para encontrarse allí las próximas semanas.

–¿Debo suponer que tienen problemas para verse? ¿Algo que ver con la señora Atkins, por casualidad? –su tono era tan seco que ella se rio.

–¿Cómo lo has adivinado? De todas formas dicen que el amor verdadero no transcurre por caminos fáciles, ¿no?

–Eso dicen, aunque no soy ningún experto. De todas formas si les hace felices que sea enhorabuena. Son ya lo bastante mayores como para saber lo que están haciendo.

–Eso creo. Y espero que pronto Lauren sea capaz de imponerse. Aunque yo no soy quién para hablar de eso, ¿verdad? Sobre todo conociendo los problemas que tengo con mi familia.

–Bueno sabes cuál es la respuesta a eso, Maggie.

¿Tenía razón? ¿Sería esa la solución a los problemas de ambos? Seguía sin poder decidirse, pero no tenía tiempo para hablar de ello, Roger Hopkins la esperaba y tenía la sala llena de pacientes. Eso la empujó a hacer una sugerencia que de otra forma no hubiera hecho.

–¿Podrías almorzar conmigo, Luke? Me gustaría volver a hablar de tu idea, para asegurarme de que no estaría mal hacerlo.

–No puede ser, me esperan en quirófano y no sé a qué hora acabaré. Hoy hay una lista interminable. ¿Por qué no quedamos mejor después del trabajo?

–Por mí bien. ¿Dónde y cuándo?

–Pasaré a recogerte y podemos ir a tomar una copa –miró su reloj–. Me tengo que ir. ¿Te veo a las ocho?

–Bien.

Maggie se centró en los problemas causados por las obras, negándose a pensar en su cita. Después de todo si decidía llevar a cabo el plan de Luke no era como si de verdad se hicieran amantes…

Capítulo 4

Maggie tardo siglos en decidir qué se iba a poner. Nada parecía estar lo bastante bien y perdió la cuenta de las veces que se cambió de ropa. Al final optó por el estilo informal, pantalones verde caqui con una camiseta crema de cuello en uve y unas sandalias sin talón porque la herida seguía molestándola.

Por lo menos Luke no pensaría que estaba tratando de impresionarlo. Si al final unían fuerzas ella tenía que tratarlo como un asunto de negocios.

Bajó corriendo cuando oyó la puerta, con el bolso y un jersey y él pareció complacido de ver que estaba lista.

–Estupendo. Podemos irnos ya. Robin me habló de un pequeño pub que está de camino a Ulverston así que pensé que podríamos ir allí. Me habló muy bien de él.

–Probablemente porque tienen cerveza *ale* auténtica. Robin es un *connoisseur*.

–¿Cerveza *ale* auténtica significa que está templada y tiene color de melaza?

–No necesariamente. Podría estar templada y saber a melaza si tenemos verdadera mala suerte.

–¿Es que no les pueden enseñar a hacer la cerveza como debe hacerse? ¿Y luego enseñarles a servirla muy fría?

–No hay suerte. Nos gusta la cerveza como es, oscura y templada –dijo saliendo con él a la calle. Había un coche plateado aparcado a la puerta–. ¿Es tuyo? Estoy impresionada.

–Es mío durante los seis meses próximos. Y no estés demasiado impresionada. Era el único modelo automático que tenía la empresa de alquiler. Conducir al revés y tener que atender al cambio de marchas era demasiado para mí.

–¿Qué significa eso de conducir al revés? Nosotros vamos por el lado bueno de la calle y todos los demás lo hacen mal.

–No voy a entrar en esa discusión. Sé que estoy perdido.

Ella se sentó pensando en qué tal se le daría conducir por la

izquierda, pero era evidente que no tenía de qué preocuparse, parecía que hubiera conducido siempre por ese lado. Era de ese tipo de personas que hacían bien todo lo que hacían.

Mantuvieron una conversación intranscendente de camino al pub. Maggie se sorprendió de lo parecidos que eran sus gustos mientras hablaban de libros y de películas. Se le hizo muy corto el camino.

Aparcaron en una calle estrecha que acababa en el río.

–Tenemos que cruzar ese puente a pie. El pub está detrás de esos árboles.

–¿Cómo pudo encontrar Robin este sitio?, está completamente apartado de todo.

–Sí. Esperemos que merezca la pena el paseo –salió del coche y sonrió al ver sus zapatos–. Parecen mucho más cómodos que los otros. ¿Qué tal va tu pie, por cierto?

–Bien. Tiene manos sanadoras, doctor Fabrizzi ¿no se lo había dicho nadie?

–Nadie que me importara –contestó con una sonrisa.

El pub era pequeño con vigas de madera en el techo y paredes que habían sido crema, pero que se habían vuelto ocres con el paso del tiempo. No había máquinas tragaperras, ni de música, era un sencillo pub de pueblo frecuentado por gente de la zona y a Maggie le encantó nada más verlo.

–¡Es precioso! –dijo sentándose junto a la ventana desde donde se veía el río–. ¿Has visto alguna vez un paisaje más hermoso?

–No puedo decir que sí –probó la cerveza con precaución–. No solo está fría sino que es deliciosa.

–Acabaremos por hacer de ti un converso.

–Tú podrías conseguirlo –miró por la ventana–. Esta debe de ser una de las zonas más bonitas del mundo, todo es tan verde y exuberante ¿no?

–Es por la cantidad de lluvia que tenemos. Pero merece la pena para tener un paisaje así. Me encanta vivir aquí. Incluso cuando me voy de vacaciones me gusta luego volver.

–¿Así que piensas pasarte la vida en Dalverston? ¿No te imaginas viviendo en otro sitio?

–Por el momento no ¿Y tú? ¿Dónde crees que vivirás dentro de diez años? ¿En Boston?

–Es difícil de decir. Por el momento estoy bastante contento con lo que tengo, pero no quiero hacer planes a largo plazo. No descartaría la posibilidad de ir a otro sitio a trabajar. Dependería de la oferta.

Ella bebió otro sorbo y se dio cuenta de que él no mentía al decir que su vida giraba en torno al trabajo. Iría donde hiciera falta sin pensarlo un segundo. La idea la incomodaba así que la apartó de su mente porque no era el tema que tenían que discutir.

–Creo que será mejor que sea sincera contigo, Luke, y admitir que me tienta tu propuesta.

–¿Pero?

–Pero me preocupa que nos vayamos a meter en camisa de once varas si seguimos adelante con el plan. Yo no quiero herir a mi madre, y si se entera de que la engañé deliberadamente…

–No tiene por qué enterarse. Será nuestro secreto. Ni tu familia ni la mía descubrirá la verdad. Yo tampoco quiero hacer daño a nadie –se refería a su familia, por supuesto, se dijo Maggie. Pero no acababa de convencerse de que eso fuera todo lo que había querido decir, cosa que la preocupaba un poco–. Por cierto, ¿por qué decidiste de pronto que teníamos que hablar del plan hoy mismo?

–Porque mi madre me ha invitado a comer el domingo y sé que tiene algo planeado.

–¿Te diste cuenta de que el candidato número novecientos noventa y nueve estaba listo para su inspección?

–No, por Dios. Se me abren las carnes de pensar en otra comida dando conversación cortés a un hombre con el que no tengo absolutamente nada en común.

–Podías intentar darle a tu madre una lista de lo que te gusta y lo que no. Ya sabes, estatura, peso, color de ojos…

–El hecho es que me gustaría alguien a quien le funcionara la neurona que le quede. No es broma, Luke. Estoy desesperada. Quiero mucho a mi madre, pero me está volviendo loca. Si alguna vez decido casarme quiero elegir yo al marido.

–Bueno, no puedo discutir esto contigo a pesar de que no comparto tus sentimientos con respecto a eso de casarse. El matrimonio es territorio prohibido para mí y eso no va a cambiar.

–¿El gato escaldado del agua fría huye? –preguntó queriendo saber más de su pasada relación. Tuvo que ser desastrosa para

rechazar tan completamente el matrimonio. La idea le resultaba dolorosa y no le gustaba pensar que había querido tanto a una mujer, aunque fuera raro.

–Sí. No soy masoquista y no veo la utilidad de repetir mis errores.

–Hay mucha gente que tiene malas experiencias, pero es una tontería dejar que un error determine el resto de tu vida.

–Y más tontería aún sería repetirlo. Te agradezco tu preocupación, Maggie, pero no es necesario que te preocupes por mí. Lo que sucedió pertenece al pasado. Ahora lo que me importa es el trabajo. De hecho siempre fue así y debí darme cuenta antes, me habría ahorrado muchos problemas. Pero ya está bien de hablar de esto. ¿Qué otra cosa te preocupa? Podríamos hablar de ello para tener una idea clara de cuáles son nuestros objetivos.

Estaba claro que no quería hablar más del tema, pero a ella no le resultaba tan fácil apartarlo de su mente. Intentó concentrarse y de pronto le vino una idea.

–¿Para qué necesitas tú una historia falsa en este momento? Estando en Inglaterra no es fácil que tus padres interfieran.

–En teoría estoy de acuerdo contigo. Una de las razones por las que decidí hacer el intercambio era para tener espacio para respirar. Sin embargo la realidad es que varios miles de kilómetros no van a detener a mi madre para que cumpla lo que cree que es su misión en esta vida. Llevo aquí, ¿cuánto, dos semanas? Y en ese tiempo he recibido nada menos que tres invitaciones a cenar con amigos de mis padres que da la casualidad que tienen hijas casaderas.

–¿En serio? –Maggie no pudo evitar reírse y él la miró con reproche.

–Te parece muy gracioso, ¿no? Me alegra que te divierta porque a mí no me hace ninguna gracia. Mis padres tienen un montón de amigos en Inglaterra y mamá ha debido de rebuscar en su agenda intentando localizar a esa persona tan especial que hará que mi vida sea completa.

Parecía tan enfadado que Maggie disimuló su diversión. Sin embargo sabía muy bien lo irritante que podía ser sentirse tan presionado por las buenas intenciones y así se lo dijo.

–Tiene que ser difícil. Entiendo que tengas ganas de que te dejen un respiro.

–Es lo único que pido, unos cuantos meses sin que me fastidien. No quiero llamar la atención poniendo excusas a cada poco. Quiero concentrarme en mi trabajo y que me sirva de algo haber venido aquí. Se trabaja muy distinto que en Estados Unidos.

Era evidente que decía la verdad y Maggie se dio cuenta de que era el momento de tomar una decisión.

De pronto hubo ruido en la puerta porque llegó un grupo de personas. Estaban de muy buen humor, celebrando un cumpleaños. El dueño del pub le dijo a su mujer que iba al sótano a buscar una botella de champán, ella le dijo que trajera también una botella de vino blanco y él se volvió para mirar mientras abría la trampilla. No estuvo muy claro lo que pasó después, pero el hombre estaba de pie ante la trampilla y un minuto más tarde se oyó un grito de alarma porque había caído con la cabeza por delante por el hueco.

Luke se puso de pie en un instante, Maggie lo siguió. La dueña del bar estaba ante el hueco con aspecto de estar a punto de desmayarse.

–Siéntese y ponga la cabeza entre las rodillas –le dijo Maggie acompañándola a una silla. Luke había bajado a la bodega, pero volvió a aparecer casi inmediatamente.

–Voy a necesitar ayuda. Necesito algo sólido para sujetarle y por favor llamen a una ambulancia.

Maggie dejó a la dueña al cuidado de una mujer y fue a ver qué podía hacer para ayudar.

–Vamos a echarle una ojeada. Hay que ver qué se ha hecho antes de que podamos hacer nada.

El dueño del pub estaba en el suelo boca abajo y era evidente por la postura de la pierna derecha que se la había roto. Maggie se arrodilló junto a él mientras Luke hacía una lista de las lesiones.

–Fémur derecho fracturado. Posible fractura del tobillo derecho, rodilla izquierda muy hinchada, posiblemente se ha aplastado la rótula –le palpó la parte inferior del cuerpo y su gesto se hizo muy serio–. Parece que se ha fracturado también la pelvis. ¡Maldita sea!

Maggie entendía su preocupación. Aunque la pelvis solía soldar sin problemas el peligro estaba en los órganos internos, principalmente la vejiga. Era fácil que las astillas del hueso perforasen el tejido.

–A ver si podemos encontrar algo para usar como venda –se

ofreció ella–. Habrá que inmovilizarlo para reducir el riesgo de daño interno.

–Si es que no lo tiene ya y no lo sabremos hasta que no veamos las radiografías. ¿Dalverston es el hospital más próximo? –suspiró cuando ella le dijo que sí–. Eso significa que la ambulancia tardará por lo menos media hora y otra media hora para llegar allí. Aparte del tiempo que necesitemos para sacarlo de aquí.

Maggie sabía en qué estaba pensando. La primera hora después de un accidente, era esencial para las esperanzas de supervivencia. Si recibía atención médica adecuada en ese tiempo las posibilidades de recuperación aumentaban mucho.

–Voy a llamar a la línea directa del hospital para decirles lo que ha pasado. Hablaré también con quirófano para que lo tengan preparado. Este hombre va a necesitar cirugía inmediata.

Ella se quedó tomándole el pulso que era rápido y fibrilado, pero podía deberse al shock, aunque no había que descartar una hemorragia interna. Le quitó los zapatos y los calcetines y comprobó que los pies estaban rosados, señal de que la circulación no le fallaba. Lo que no le gustó fue su respiración, que se hacía cada vez más dificultosa. Fue un alivio cuando volvió Luke y tomó el mando. Él sacudió la cabeza cuando se lo contó.

–El estar boca abajo tampoco lo ayuda. Es un hombre de complexión pesada y el peso sobre el pecho puede ser el causante del problema. Vamos a tener que moverlo aunque sé que es arriesgado, pero hay que reducir al mínimo los daños. Acepto tu oferta de conseguir vendas. Quiero atarle tan fuerte que no se pueda hacer el menor daño a sí mismo.

–Veré lo que puedo encontrar. Volveré tan pronto como pueda.

Volvió al bar y le explicó a la dueña lo que necesitaban, la mujer estaba aún muy afectada, pero se puso enseguida en marcha al tener algo que hacer. Le trajo unas cuantas sábanas rasgadas y Maggie bajó con ellas al sótano. Frunció el ceño al ver que Luke estaba enrollando un periódico viejo.

–¿Para qué es eso?

–Podemos usarlo como collarín –se quitó la camiseta y envolvió en ella el periódico. Se arrodilló al lado del herido y observó que se le estaban poniendo azules los labios.

–Necesito que le sujetes la cabeza mientras le pongo esto, pero

más vale que vengan pronto, no me gusta nada su aspecto –Maggie sujetó al hombre mientras Luke le ponía el collarín improvisado. No parecía importarle estar medio desnudo. Había poca luz en el sótano pero ella miró a otro lado sin saber por qué la afectaba tanto verlo así. Había visto a hombres con mucha menos ropa y nunca había reaccionado de esa forma–. Es lo mejor que podemos hacer. Le sujetará la cabeza cuando lo traslademos.

Miró hacia arriba y vio a dos hombres que traían algo que parecía una puerta del pub.

–¿Valdrá con esto? Es lo mejor que hemos podido encontrar.

–Estupendo. Justo lo que necesitábamos –contestó Luke. Era evidente que estaba al cargo de la situación y eso les inspiraba confianza–. Déjenos un par de minutos para estabilizarle la pierna y la pelvis y lo pondremos en la tabla.

Maggie le ayudó a vendarlo. Cuando Luke estuvo satisfecho los colocó a todos en posición.

–Quiero que sujetes firmemente su cabeza pase lo que pase –le dijo a Maggie.

Era una tarea difícil dar la vuelta al hombre y colocarlo sobre la improvisada camilla. Pero Luke no dio señas de nerviosismo y siguió dando instrucciones.

–¡Gracias a Dios que estabas aquí! –dijo ella cuando el hombre estuvo ya tendido–. Daba un poco de miedo.

–Sí, pero al final lo conseguimos. Buen trabajo de equipo, chicos.

Los dos hombres parecían complacidos. Luke volvió a examinar al herido que en aquel momento empezó a jadear.

–Posible tensión pneumotórax, izquierdo. ¿Cuánto tardará aún la ambulancia?

–No creo que tarden mucho… –dijo Maggie. Se interrumpió al oír que desde arriba gritaban que habían llegado ya. Se echó a un lado para dar paso al personal de la ambulancia.

–A ver qué tenemos. Ah, hola, ¿qué hacéis aquí?

–Estábamos en el pub tomando una copa cuando se produjo el accidente –explico Luke–. Tenemos un posible pneumotórax en el lado izquierdo. ¿Me pueden dejar un fonendoscopio?

–Claro, aquí está.

–Sí, habrá que hacer inmediatamente un drenaje –trabajó con rapidez, haciendo una pequeña incisión entre las costillas e

insertando el drenaje. Sonrió al oír salir el aire de la cavidad pleural–. ¡Ya está! Lo mejor es llevarle al hospital lo más pronto que podamos.

No fue fácil sacarle ni tampoco llevarle al otro lado del río donde habían aparcado la ambulancia. Cuando llegaron al coche Luke tomó un jersey del maletero.

–Me voy con ellos, Maggie. Siento dejarte plantada de esta forma…

–No te preocupes por mí. Estoy bien.

–¿Te importaría seguirnos en el coche? –dijo tendiéndola las llaves–. ¿No tendrás problema porque sea automático?

–Ningún problema. Ya he conducido uno antes.

–Estupendo. Pero de todas formas tómate tu tiempo y ve con cuidado –le rozó la mejilla con los nudillos–. No queremos más accidentes esta noche.

Jenny le avisó de que se iban y él se marchó a toda prisa. Maggie sacó el coche, pero no trató de seguir a la ambulancia, Luke le había dicho que tuviera cuidado y eso era lo que pensaba hacer. Era agradable saber que se preocupaba por ella.

Era casi medianoche cuando Luke fue a buscarla. Maggie estaba leyendo una revista en la sala de espera cuando él apareció con aspecto de estar muy cansado.

–¿Qué tal está?

–Está en la UVI pero soy razonablemente optimista. Desgraciadamente había daños en la vejiga, pero vino Morgan e hizo un trabajo brillante.

Maggie sonrió ante el elogio a Morgan Gray, el jefe de la unidad de cirugía. Estaba claro que Luke no era del tipo de personas que querían acaparar toda la gloria.

–Por lo que me han dicho tú también estuviste brillante. Robin está admirado por tu pericia.

–Era muy fácil, simplemente volver a poner las cosas en su sitio –ella no dijo nada, pero sabía que el tipo de cirugía que él había practicado aquella noche era mucho más difícil que lo que él quería hacerla creer. Se dio cuenta de cómo se había equivocado al juzgarlo–. Bueno, ¿nos vamos? No me importa confesar que no

puedo con mi alma. Disculpa –dijo ahogando un bostezo.

–¿Quieres que conduzca yo? Tienes pinta de quedarte dormido al volante.

–¿No te importa? Estoy pensando que será mejor que deje el coche a la puerta de tu casa, son diez minutos andando y será más seguro que intentar recordar que debo conducir por la izquierda en el estado en que me encuentro.

–Por mí no hay problema… Aunque ¿por qué no te acerco al hotel y luego llevo el coche a casa?

–No. No podría dormir pensando si has llegado bien a casa. Prefiero caminar, así sabré que estás a salvo en tu cama.

Llegaron enseguida al piso de ella. Maggie apagó en motor y sonrió al ver que él tenía los ojos casi cerrados.

–¿Crees que podrás llegar sin dormirte?

–Eso está tirado… –volvió a bostezar y ella sacudió la cabeza.

–No te puedes ir andando en ese estado. Por lo menos sube y tómate una taza de café antes de que te desplomes.

–Si de verdad no te importa me encantaría. La verdad es que me siento como si tuviera noventa años o más.

–Bueno, yo nunca sería tan cruel como para decirte que es más o menos la edad que aparentas…

–¡Pérfida mujer! –hizo ademán de darle un cachete en broma pero ella le esquivó y subió corriendo las escaleras–. No creas que te librarás así como así. Lo anotaré como una afrenta que habrá que castigar en cuanto me encuentre en condiciones de pensar en algo apropiado.

–Lo que significa que esta noche estoy a salvo. ¿No es un poco tarde para que estés levantado, abuelo?

–¡Y luego dicen del árbol caído! ¿Qué fue de la compasión? Yo creía que las enfermeras estaban empapadas de ella.

–Lo siento. Por el momento se me ha acabado. Tendrá que ser café o nada.

–Bueno, entonces tomaré café. Pero te darás cuenta de que has hecho añicos mis ilusiones. A partir de ahora contemplaré a las enfermeras de otra forma completamente distinta porque ya sé lo duro que pueden llegar a tener el corazón.

–Ay, no sé si eso es bueno o malo –dijo Maggie conduciéndole hacia el cuarto de estar–. De todas formas siéntate mientras preparo

el café ¿Quieres algo de comer? ¿Un sándwich?

–No, con el café basta, gracias –Luke miró la habitación–. Me gusta cómo lo has puesto. Está muy bonito.

–¿De veras? La habitación era tan triste cuando me mudé aquí. Los antiguos inquilinos habían empapelado las paredes con un papel horroroso. Tuve que quitarlo y me llevó semanas raspar las paredes y pintarlas, y luego no estaba segura de que los colores no fueran demasiado fuertes. Pero ahora creo que van bien.

–Claro que sí. La habitación resulta cálida y acogedora, muy vivida, no sé si entiendes lo que quiero decir.

–Claro que sí, aunque mi madre a eso lo llama estar abarrotada. Bueno, ponte cómodo y traeré el café.

Maggie fue a al cocina y recordando los comentarios de Luke sobre el café instantáneo del trabajo decidió hacer café de verdad para variar. No se oía ningún ruido en la sala así que dio por hecho que él había decidido aprovechar esos minutos de tranquilidad, pero cuando entró en la habitación descubrió que se había quedado dormido.

Tras una leve vacilación decidió que era absurdo despertarlo, que podía pasar la noche en su sofá. Le tapó con un manta y se quedó un rato mirándolo. Luego se acostó, pero no podía dormirse, saber que Luke estaba en su casa la mantenía tensa.

Decidió por fin que aceptaría su trato, aunque estaba segura de que las cosas no iban a ser tan fáciles. En cualquier caso no tenía intención de caer en el embrujo de Luke.

Capítulo 5

Cuando sonó el teléfono a la mañana siguiente Maggie estaba profundamente dormida. Se preguntó quién podría ser a esas horas, aún no habían dado las siete.

Corrió hacia la sala, pero el teléfono había dejado de sonar. Oyó una voz masculina y entonces recordó que tenía un huésped. Desgraciadamente, era demasiado tarde.

–Hola. Iba a ir a buscarte. No sabía si habrías oído o no el teléfono –echó una mirada apreciativa y luego apartó la vista. Maggie se sonrojó. Debía haberse puesto una bata.

–Se…será mejor que averigüe quién era –murmuró maldiciendo entre dientes a sus hermanos por haberle comprado aquello. Era un motivo de broma familiar lo mucho que le costaba levantarse y le habían regalado aquella camiseta de dormir en la que ponía: «En la cama soy la mejor». No se sintió mucho mejor cuando reconoció la voz de su madre al otro lado de la línea, sabía perfectamente lo que habría pensado al oír una voz de hombre a esas horas en su casa.

Diez minutos más tarde Maggie colgó el teléfono sintiéndose como si le hubiera pasado una apisonadora por encima.

–¿Algún problema? –Luke entró llevando dos tazas de café–. Algo me dice que era tu madre.

–¿Cómo lo has adivinado?

–¿Puedo suponer que quería saber quién era yo?

–Naturalmente –claro que había querido saberlo ¿o es que pensaba que era normal que se quedaran hombres a dormir en su casa?

–¿Y se lo dijiste?

–¡Claro! –no era ninguna puritana, pero nunca había sido de las que mantienen una cadena de amantes ocasionales. Aparte de una breve relación hacía ya tiempo había preferido siempre tratar a los hombres con los que salía como amigos en vez de cómo amantes. De todas formas cómo viviera ella su vida no era asunto de Luke–. Mi madre ha debido oír hablar de ti a mi abuela y evidentemente el

informe fue favorable porque estaba encantada al descubrir que eras tú y no cualquier otro hombre.

–No sabes lo que me alivia oírte. Siento haber contestado el teléfono, pero fue automático. Pero si no te he causado ningún problema…

¿Querría decir que podía haber sido un hombre en vez de su madre? ¿Cuántos hombres creería él que la llamaban a aquellas horas? Debía pensar que tenía una larga lista que hacían cola para pasar una noche con ella. Eso explicaría la avidez de su madre por verla casada ¿no?

Apretó los dientes. Sentía el deseo de aclararlo, pero no tenía intención de explicarle su vida amorosa, o más bien su falta de ella. No tenía que darle explicaciones…

¿Ni siquiera después de lo que le había dicho a su madre? A Maggie se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que no le había contado a Luke todo lo que había hablado con ella. No sabía cómo podía tomárselo, sobre todo si ahora creía que era el tipo de chica que se acostaba con todos.

–No, no me has causado ningún problema, pero puede que yo sí te lo haya causado a ti.

–¿Qué quieres decir?

–Solo que cuando mi madre supo quién eras… bueno todo fue como una bola de nieve. Me llamó pronto para que fuera el domingo. No sé cómo ha pasado, pero acabé prometiéndola que te llevaría a comer. ¿No te importa?

–¿Importarme? ¡Es perfecto! Es exactamente lo que queríamos ¿no? –me imagino que tu madre está ahora al teléfono dándole la noticia a tu abuela. Dentro de unas horas habrá llegado a mis padres –levantó su taza de café y brindó contra la de Maggie–. Por nosotros y por seis meses de libertad. Tú y yo somos de la misma clase, de los que no se casan.

Maggie tomó un sorbo de café, pero le supo amargo y murmuró una excusa acerca de que tenía que vestirse. Una voz le decía que había cometido un error.

–Son para ti y las otras enfermeras. Habéis estado magníficas. Muchas gracias por todo lo que habéis hecho.

Maggie sonrió ante la enorme caja de bombones que le ofrecía David Garner. Le habían dado de alta aquella mañana y se estaba despidiendo.

–Gracias. Los disfrutaremos. Ten cuidado, no vayas a romperte otra cosa.

–No tengo intención. Por más que haya disfrutado de vuestra compañía no quiero volver por aquí –fueron hacia la puerta y él echó una mirada a la cama de Lauren. La señora Atkins estaba visitando a su hija y estaba claro que David no iba a arriesgarse–. ¿Te importaría decirle a Lauren que la veré tal y como hemos acordado? No se te olvidara, ¿verdad?

–No te preocupes.

Maggie se quedó pensando que era una vergüenza que los chicos tuvieran que recurrir a mentiras. Claro que algo así le pasaba a ella. Cuando tuviera hijos no intentaría controlar sus vidas. Desgraciadamente el niño que se le pasó por la cabeza tenía el pelo negro y los ojos azules, así que lo borró de su mente.

Bajó a almorzar sola porque Angela había quedado con Robin en que comprarían sándwiches e irían a comerlos al parque. Parecía que les iba muy bien juntos desde la fiesta y ella se preguntó si no habría algo más entre ellos. Ambos eran muy jóvenes, pero si era eso lo que querían, que tuvieran suerte. Ella no estaba contra los noviazgos, simplemente que quería hacer otras cosas en aquel momento…

–¡Espérame, Maggie!

–Hola Luke ¿Vas a almorzar?

–Ya lo he hecho. La lista de quirófano de la tarde es una pesadilla así que decidí comer algo cuando tuve oportunidad. No me gusta desmayarme mientras opero.

–No coincide con la imagen de cirujano brillante que quieres dar, ¿no?

–Claro que no. Uno tiene que cuidar su imagen –le gustaba que se riera de sí mismo. La verdad es que gustar no era la palabra que definía bien lo que sentía por él, parecía que había algo más–. ¿Qué? Me miras como si me hubiera brotado de pronto otra cabeza.

–Lo siento. Estaba atando cabos. A propósito, ¿qué querías decirme?

–Pensé que te gustaría saber que el dueño del pub está fuera de

peligro. Le pasarán a la sala esta tarde.

–Es una buena noticia.

–¿Verdad? Eso demuestra que formamos un equipo estupendo –llegó el ascensor lleno de gente que bajaba a comer–. Tengo que irme. Luego te veo.

–¿Esa sonrisilla tiene algo que ver con los rumores que he oído? –Rachel Hart salió del ascensor y se unió a ella.

–¿Qué rumores?

–Que Luke y tú salisteis anoche juntos. ¿No creerías que se iba a mantener en secreto?

–No –suspiró–. Debería haber sabido que había espías por todas partes enviando informes.

–No estoy segura de que Jenny Patridge encaje en la lista de los agentes del M15, pero a lo mejor es esa la razón de que se le dé tan bien informar. Algo dijo de que os había visto a ti y a Luke en el pub cuando los llamaron anoche.

–Fue una noche memorable –Maggie le contó lo que había pasado–. El dueño del pub tuvo suerte. Si Luke no hubiera estado allí no sé lo que habrá pasado. Podía haber muerto.

–Parece que al final Luke se ha hecho contigo.

–¿Qué quieres decir?

–Ah, Doreen me dijo que había algo en el ambiente cuando Luke andaba por ahí. Debo reconocer que me sorprendió porque no es propio de ti. Me alegro de que hayáis arreglado vuestras diferencias y eso es lo importante. Hay relaciones muy buenas que tienen un comienzo borrascoso.

Maggie no contestó. Estaba un poco sorprendida por la velocidad a la que corrían las noticias en el hospital. Eso era algo de lo que no había hablado con Luke, pero quizá deberían pensar en ello. Al final él volvería a Boston y ella se quedaría allí, no quería que la gente pensara que le había roto el corazón.

No quiso pensar en que ella se sentiría mal cuando él se fuera. Era una pérdida de tiempo pensar en ello.

El domingo Maggie esperaba nerviosa la llegada de Luke. Era imposible prever las preguntas de su madre y no sabía qué hacer ni qué contarle. Por fin llegó Luke con el coche y tocó el claxon.

Se había puesto un vestido nuevo porque necesitaba sentirse segura. Le había parecido bonito y femenino cuando lo compró, pero ahora lo encontraba un poco vulgar. No sabía si era el vestido adecuado para presentar el novio a su familia. Pensó en cambiarse, pero llamaron a la puerta, le sorprendió ver a Luke.

–Creí que no habías oído el claxon.

–Sí lo oí, pero cuando iba a salir pensé en cambiarme de ropa. No sé si encaja con la ocasión.

–¿Qué tiene de malo? Si lo que buscas es un cumplido, te puedo decir sinceramente que estás preciosa, Maggie.

–¡No era eso! –dijo sonrojándose–. Era que quería causar buena impresión –se dio cuenta de que él no la entendía–. Se supone que esta es una gran ocasión, ¿no? Y quiero representar bien el papel. Para que mis padres se crean la historia tengo que parecer….

–¿Una mujer enamorada?

Ella asintió con la cabeza porque no podía hablar. Era por la forma en que la estaba mirando él, si no tenía cuidado iba a acabar creyéndose la historia que se habían inventado.

–¡Exactamente! Dado que no tengo ninguna experiencia de la situación no estaba segura de haber elegido el vestido adecuado para la ocasión.

–Bueno, yo no soy un experto, pero me parece que el vestido está muy bien –sitió cómo la miraba y su corazón dio un vuelco cuando él se acercó de pronto–. Pero el pelo… No, el pelo tendría que ser distinto, diría yo.

Se quedó rígida al notar sus dedos hurgando en su pelo. Se lo había recogido en un moño sujetándolo con horquillas que él le estaba quitando.

–¿Qué haces? No lo hagas, me ha llevado mucho tiempo colocármelo así.

–Pero quieres representar el personaje, ¿no? –le quitó todas las horquillas y el pelo cayó en cascada sobre los hombros–. Una mujer enamorada tiene que parecer «tocable» no toda colocada y puesta. Date la vuelta y verás lo que quiero decir.

Antes de que pudiera decir nada él la giró hacia el espejo. Ella se miró sorprendida mientras él la peinaba con los dedos. Estaba tan cerca que notaba su roce cuando se movía y se estremeció.

Luke debió notarlo porque se quedó quieto de pronto. La miró

interrogante a través del espejo y Maggie percibió claramente el momento en que su perplejidad se tornó en comprensión. Cambió su forma de mover los dedos para colocarle el pelo, había deliberación y aquello la excitaba.

–Así está mejor –dijo él con voz ronca. Maggie supo que debía detener aquello, pero no lo hizo.

–¿Mejor?

–Ajá –le puso las manos en los hombros y ella tembló–. Pero aún no está perfecto –la giró hacia él y supo que iba a besarla. Fue un beso muy agradable, distinto de cualquier otro beso. La boca de Luke parecía provocar en ella una respuesta muy poderosa. Cuando él volvió a alzar la cabeza ella estaba temblando–. Ahora está perfecto. ¿Ves? –Maggie apenas reconoció el rostro que la miraba, ¿era ella?–. En cuanto te mire tu madre quedará convencida. Tienes exactamente el aspecto que debe tener una mujer a la que acaban de besar. Así que no tendrás que mentir, tu madre creerá lo que vean sus ojos.

Fueron hacia la puerta y Maggie respiró hondo, pero eso no alivió el dolor que sentía. Luke la había besado solo como un medio para conseguir un fin.

Se sintió como una tonta, por un momento se le había olvidado que aquello era una representación, pero no volvería a cometer ese error.

Capítulo 6

Es tan encantador, tan guapo, tan…. perfecto! Estoy muy contenta por ti, cariño. La abuela me había dicho que os habíais caído bien cuando os presentó, pero no tenía ni idea de que te hubiera seguido hasta Inglaterra.

–¡No lo hizo! Luke no sabía que yo trabajaba en el Dalverston porque nunca se lo dije. Fue una coincidencia que le ofrecieran una plaza con el programa de intercambios.

–¿Si? Bueno, probablemente se lo dijo la abuela. Se lo preguntaré, pero estoy segura de que ha tenido que ser eso lo que ha pasado. Luke descubrió dónde trabajabas y te siguió hasta aquí. Es tan romántico.

Maggie consiguió que no le rechinasen los dientes. Romántico no era la palabra que definía lo que había pasado aquel día. Cuando pensaba en la razón por la que Luke la había besado le entraban ganas de escupir.

Llevó la bandeja con los cafés al jardín antes de que su madre notase que algo iba mal. No mejoró mucho su humor ver a Luke cómodamente sentado en una de las sillas del jardín. Había sido un éxito instantáneo, con su madre, con su padre y con sus hermanos. Ella debería estar contenta de que todo hubiera salido tan bien, pero estaba demasiado enfadada. ¿Cómo había podido ser tan tonta y dejarle que la besara de aquella forma? Dejó la bandeja en una mesa de hierro forjado y fue a servir el café, pero una mano se posó sobre la suya.

–Déjame que lo haga yo, cariño. Siéntate y descansa.

La sonrisa de Luke era tan tierna que Maggie pensó que su familia estaría encantada, sobre todo porque no habrían notado el brillo de diversión que había en sus ojos, así que su mal humor subió de temperatura.

–Ni hablar de eso –puso una sonrisa empalagosa dedicada a la audiencia–. Me malcriaría si le permito hacer eso. Es tan considerado que siempre piensa primero en mí.

–Me encanta malcriarte, cariño. Lo haría con más frecuencia si tuviera ocasión –le quitó la cafetera de las manos y la puso en la bandeja, luego, tomándola por los hombros la llevó hasta la silla que él había dejado libre–. Así que no discutas o me enfadaré mucho contigo.

Todo el mundo se rio mucho al ver la cara que ponía para demostrar que hablaba en serio. Sin embargo Maggie vio que tenía los labios tirantes y se alegró. Su comentario le había hecho mella. Luke sirvió el café y luego se sentó en la hierba porque faltaba una silla rechazando la oferta de traer una silla más de la casa.

–Estoy bien, de verdad –dijo recostándose en la silla de Maggie–. Estoy perfectamente a gusto aquí.

Maggie sintió un hormigueo cuando la cabeza de él rozó su brazo. Se agachó para recoger su taza y así apartarse, pero él se adelantó.

–Yo te la acerco –le pasó la taza y frunció el ceño cuando ella apartó tan bruscamente la mano al rozarse sus dedos que se derramó el café en el plato–. Déjame que te lo limpie. No quiero que se te manche el vestido.

–No hace falta –él no la escuchó y fue hacia la casa. Ella intentó concentrarse en la conversación, pero no podía. Si Luke tenía ese efecto sobre ella con una sola tarde ¿qué pasaría cuando se fuese después de seis meses? De pronto se dio cuenta de que no podía seguir con aquello. No era buena idea meterse en un problema grande para solucionar otro menor.

Se puso bruscamente en pie decidida a decirles la verdad, pero la mirada sorprendida de su madre la hizo sentirse tan culpable que en vez de eso dijo:

–Voy a ver si Luke necesita ayuda.

–Claro, cariño –la mirada de su madre era tan comprensiva que Maggie se dio cuenta de que ya debía estar haciendo planes.

Luke había terminado de lavar la taza cuando ella entró en la cocina. Cerró el grifo y se volvió.

–Podría haberlo hecho… ¿Hay algo que va mal?

–¿Hay algo que vaya bien? Hemos tenido que estar locos para pensar que nos íbamos a salir con la nuestra. Está claro que no va a funcionar.

–¿Está claro para quién? Tus padres parecen contentos con la

idea. Yo diría que está saliendo perfectamente.

–¿En serio? Entonces todo va bien ¿no? No importa que yo crea que es un error, mientras tú estés contento.

–Esto es por lo que ha pasado antes, ¿verdad? –su tono de pronto era frío. Maggie sintió un escalofrío, se dio cuenta de que no quería hablar del beso, pero no veía forma de evitarlo–. Parece que tengo razón. Te pido disculpas por lo que pasó, Maggie. Nunca debí besarte. Estaba fuera de lugar.

–¿Por qué lo hiciste? ¿Fue solo para asegurarte de que daba bien el personaje? –ella no quería haber dicho eso, pero ya no tenía arreglo.

–Sí… No… ¡Demonios, no estoy seguro de por qué lo hice! –colgó en un gancho el trapo con impaciencia, pero cuando se volvió ella se dio cuenta de que no estaba irritado con ella sino consigo mismo. Sonrió de pronto–. Una gran respuesta ¿eh? De las de «elija usted la que prefiere». No me extraña que estés confusa. Yo lo estoy.

Ella se rio pero le sorprendió que a él le costase tanto contestar.

–Déjame que vuelva a intentarlo. Te besé esta mañana porque en aquel momento me pareció una buena idea. Eres una mujer muy guapa, Maggie, y yo tendría que estar ciego para no darme cuenta de eso. Sin embargo te prometo por mi honor que no volverá a suceder. Lo último que deseo es que cualquiera de los dos resulte herido al final.

–Entiendo. Pero eso no cambia lo que siento. Creo que ha sido un error esta historia, al final causará más problemas de los que resuelva.

–Comprendo que estés preocupada por hacerles daño. Yo tampoco me siento bien engañándolos después de lo bien que me han acogido. Pero dime una cosa ¿qué habrías hecho hoy si yo no hubiera venido contigo?

–Habría venido a comer, supongo –no sabía muy bien dónde quería ir a parar.

–¿Solo supones? Suena como si hubieras tenido tus dudas para venir, ¿por qué, Maggie?

–Porque mamá probablemente tendría otro pretendiente en perspectiva listo para mi inspección –suspiró–. Olvida lo de probablemente y pon «con toda seguridad». Y tienes razón. En los últimos meses he estado evitando venir a casa por la presión

constante. Quiero mucho a mi familia, pero no soporto que me empujen a hacer algo que no quiero hacer.

–Exactamente. Sé cómo te sientes porque me pasa lo mismo. Quiero mucho a mis padres, pero me paso la vida poniendo excusas para no ir a verlos. Esta no es la mejor manera de solucionarlo, apartarnos de nuestras familias no es la solución. Al final les haremos así más daño que si seguimos fingiendo. Por lo menos durante los próximos seis meses seremos libres de verlos o hablar con ellos cuando queramos.

–Sí. Tienes razón, ahora me doy cuenta, es solo que…

–Que empezaste a sentirte mal por lo de esta mañana. No es culpa tuya. Fue una locura. Me di cuenta casi inmediatamente, por eso intenté disimular diciendo que te había preparado para el papel que ibas a representar.

–Pues me engañaste bien. Creí de verdad que había sido un ardid tuyo para que saliera bien.

–¿Técnicas de actor? Tengo entendido que muchos actores se creen el papel que representan.

–Bueno, pero no creo que debamos dejarnos llevar. No estamos buscando un Oscar así que mientras deje caer tu nombre en la conversación de vez en cuando y te arrastre a comer aquí un número adecuado de veces mi familia quedará convencida.

–Seguro que tienes razón. No vamos a correr el riesgo de excedernos. De hecho, esta noche llamaré a mi madre y mencionaré al azar que he comido con tus padres sin más comentarios –su expresión inocente la hizo reír.

–¡Eres un hombre perverso, Luke Fabrizzi! Pero, ¿estás seguro de que saldrá bien al final?

–Sin duda. Estamos protegiendo nuestra cordura y eso no puede ser malo –le pasó un brazo amistosamente por los hombros–. Venga, comienza el segundo acto, así que empieza a sonreír, cariño, que el público nos espera.

Maggie se rio. Se sentía mucho mejor después de aclarar las cosas. Se unieron a los demás y la tarde pasó en un suspiro. Siempre le había gustado estar con su familia y había disfrutado del día. Sabía que su placer había sido mayor por la presencia de Luke, aunque no sabía por qué.

–Pueden cancelar las citas. Lo he arreglado para que trate a Lauren un fisioterapeuta privado que trabajó para una de las mejores compañías de ballet hasta que se jubiló. Estoy segura de que él sabrá exactamente cuál es el tratamiento que Lauren necesita. No voy a dejar su futuro en manos de alguien que no tiene ni idea de lo que está haciendo.

Maggie suspiró. Era lunes y le daban el alta a Lauren. Su madre había llegado para llevarla a casa y ella le había explicado el tipo de recuperación que estaba previsto para Lauren. Tenía muchas cosas que hacer, pero le dio tanta pena la chica cuando vio su cara que supo que tenía que hacer algo para ayudarla.

–Yo no quiero un fisioterapeuta privado, mamá. Quiero el de aquí. Sabe muy bien lo que hace.

–No seas tonta, cariño. Este hombre es un especialista. Además ya está todo arreglado así que no sirve de nada que discutas.

–Los fisioterapeutas de aquí tienen todos una gran preparación, señora Atkins. Están acostumbrados a tratar con todo tipo de problemas. Estoy segura de que Lauren se recuperaría muy bien aquí.

–Esa es su opinión, enfermera, y además es lo que tiene que decir ¿no? No es fácil que diga que la Seguridad Social deja mucho que desear, aunque todo el mundo sabe que es así. La falta de fondos conduce a un mal servicio y personal de segunda. El personal más cualificado prefiere el sector privado. Es así.

–Dios mío, eso es un punto de vista muy sombrío, señora Atkins y además debo decirle que no he visto pruebas de ello –el tono frío de Luke las hizo volverse–. Puedo decir con toda sinceridad que estoy impresionado por el nivel del Dalverston. La atención que reciben los pacientes es igual a la del sector privado, y en muchos casos mejor. ¿Sabía que el Dalverston tiene un porcentaje de médicos por paciente mejor que la de ningún otro hospital del país?

–No, pero…

–¿Y sabe también que este hospital tiene una política activa de capacitación para asegurarse de que su personal esté constantemente al día? Y eso reza también con fisioterapia.

–¿Lo ves? Tendré un tratamiento igual de bueno aquí, mamá. Quiero venir aquí, es mi tobillo y seré yo la que decida lo que voy a

hacer.

La señora Atkins no daba crédito a sus oídos. Maggie intentó contener la sonrisa, pero en cuanto se fueron se rio abiertamente.

–Nunca pensé que Lauren sería capaz de hacerlo.

–Nunca había tenido una buena razón para hacerlo.

–¿Te refieres a David? –él asintió–. Para que luego digan del poder del amor.

–Esperemos que Lauren haya entrado en la costumbre de defender lo que piensa cuando la magia se haya desvanecido –miró al otro extremo de la sala–. Tengo que hablar con Alan Cole, hay que ponerle una fijación externa para su fractura de tibia y quiero explicárselo. A mucha gente le da miedo que se la pongan.

–Llegó hace unos minutos –Maggie le acompañó a la cama. Sería una buena práctica para ella, se dijo, aunque sabía que era una excusa. Le había molestado el comentario de Luke acerca del fin de la magia, era una tontería que la afectase porque sabía bien que Luke no se permitiría a sí mismo volver a enamorarse después de su mala experiencia. Y estaba claro que a ella le preocupaba eso porque eran amigos y no le gustaba que le diera la espalda al amor.

Alan Cole volvió de quirófano un poco antes de la hora de salida de Maggie.

–Ya estás aquí de nuevo.

–Me gustaría poder decir que es un placer, pero pensar que hace cuatro horas iba camino de aeropuerto y estoy aquí…

–¿No es lo que habías planeado, verdad? Creo que fue un accidente de tráfico.

–Si. Iba en el coche cuando un camión me dio un golpe por detrás. ¡Y pensar que llevaba una semana sin dormir por miedo a que se cayera el avión!

–Y te manda al hospital un camión. No es justo.

–No lo es. Pero lo que me preocupa es que mi novia no sabe lo que me ha pasado. Iba a recogerme al aeropuerto en Nueva York. No sé cómo avisarla.

–Me aseguraré de que lo sepa. Dame los detalles y haré que alguien le haga llegar un mensaje al aeropuerto.

Fue a la oficina para informar y se encontró con un recado en el

que le pedían que se quedase un poco más porque no había llegado la enfermera de noche y no encontraban a nadie para reemplazarla. Aceptó porque no podía hacer otra cosa. Cuando se lo contó a las otras enfermeras la miraron con pena.

–En realidad no me importa. No iba a hacer nada especial.

–¿Está ocupado esta noche Luke? –preguntó Ruth Dean.

–No sé qué planes tendrá. Bueno, vamos al trabajo que hay dos nuevos ingresos.

La preocupaba que todo el mundo estuviera al tanto de su vida y no le gustaba pensar en lo incómodo que iba a ser cuando Luke se volviera a Boston. De todas formas tenía la sensación de que nada relacionado con Luke le iba a ser fácil.

El reemplazo llegó poco después de las seis de la tarde. Maggie fue a recoger su chaqueta. El tiempo había cambiado y hacía frío y llovía. Bajó por la acera con la esperanza de que el autobús llegase pronto. Lo que más deseaba en aquel momento era tomar una taza de té y tirarse en el sofá a ver la televisión. Se volvió al oír una voz familiar. Luke estaba junto a su coche y le hacía señas con la mano.

–Estaba empezando a pensar que me había hecho invisible por un extraño accidente. Te hacía señas como un loco y tú no te dabas cuenta.

–No te había visto.

–Eso pensé, Tendrás que contarme qué estabas pensando, pero primero escapemos de la lluvia –abrió la puerta del coche para que entrase.

–Gracias. Es una noche terrible, ¿te has fijado en la niebla?

–Sí. Lo que me faltaba con el plan que tenía.

–¿Por qué? ¿Qué vas a hacer?

–Pensaba ir a ver un par de apartamentos esta tarde, pero no estoy seguro de que me apetezca hacerlo.

–El alma débil nunca encuentra un hogar decente.

–Bueno, no voy a discutirlo. La verdad es que si no salgo pronto de ese hotel me volveré loco. Necesito un espacio para mí. Vale, me has avergonzado y cumpliré con mi deber, pero con una condición.

–¿Cuál?

–Que vengas conmigo. Dime que tendrás compasión de mí, soy

un forastero en una tierra extraña y necesito desesperadamente que alguien me diga si lo que estoy haciendo está bien. No quiero acabar viviendo en un sitio en el me dé miedo volver a casa por la noche.

–¡Pobrecito! Es una responsabilidad enorme elegir un sitio donde vivir, ¿verdad? Me da la sensación de que en tu trabajo tomas decisiones importantes todo el tiempo.

–Vaya, parece que mi actuación no ha funcionado tan bien como yo esperaba. Y eso que creía que le había dado el toque preciso de dramatismo a mi voz, pero está claro que no te engaño. En ese caso tendré que usar un método más directo –paró el coche y se volvió hacia ella–. ¿Quieres venir conmigo a ver los apartamentos? Me gustaría de verdad que me dieras tu opinión.

–Me encantará ir.

–¿No te habré hecho cambiar de planes para esta tarde?

–No tenía ningún plan aparte de pasarme la tarde viendo la tele.

–Estupendo. Entonces, vámonos.

Capítulo 7

Ninguno de los dos pisos que vieron servía. Uno estaba en un barrio muy sórdido y el otro era un edificio muy impersonal. Luke suspiró al salir de allí.

–No me puedo imaginar viviendo allí. Ya sé que van a ser solo unos meses, pero no creo que pudiera soportarlo. Las habitaciones eran diminutas y los techos tan bajos que me daban ganas de bajar la cabeza.

–Ya, a mí me pasaba igual y soy por lo menos quince centímetros más baja que tú. No es muy alentador, ¿verdad? Hemos visto dos pisos y ninguno valía nada.

–A lo mejor soy demasiado quisquilloso –dijo él poniendo en marcha el motor–. Pero yo sé cómo quiero que sea el sitio, lo difícil es encontrarlo… a no ser que a ti te gustase tener un realquilado. Tu piso sería ideal. Me encanta.

–Yo… esto…

–Bueno me imagino que te pasa lo que a mí, que te gusta estar sola. Así que descartaremos la idea. Tendré que seguir buscando hasta que encuentre algo aceptable.

Fue un alivio que él se concentrase en conducir. No había sido una propuesta en serio, pero era más difícil de lo que parecía quitársela de la cabeza. Se encontró jugando con la idea de tenerle de compañero de piso, sería agradable…

–Se está haciendo más espesa ¿no? –ella se sobresaltó al oír su voz–. Me refiero a la niebla.

–Eso parece –miró por la ventana, pero no se veía gran cosa. Luke redujo la velocidad murmurando algo cuando casi chocó con un coche que estaba aparcado. Afortunadamente no había mucho tráfico, pero fue un alivio cuando llegaron a casa de Maggie.

–¡Gracias a Dios! Creo que voy a dejar aquí el coche y me iré andando prefiero tropezar con una farola a chocar con ella con el coche.

Maggie se rio pero le preocupaba que fuera andando al hotel en

una noche como aquella. La niebla era tan espesa que a ella le habría costado encontrar el camino aunque había vivido allí toda su vida.

–No puedes ir andando con esta niebla. Podrías dar vueltas durante horas si te equivocas de calle. ¿Por qué no subes a tomar una copa y esperas a que aclare un poco?

–Eres muy amable, pero no quiero ser una molestia.

–No lo eres –salió del coche y fue hacia la puerta. Se volvió al ver que él no la seguía–. ¿Vas a venir?

–Solo si estás segura de que no te importa. Ya me has dedicado una buena parte de la tarde y ahora me vas a tener más rato. No era eso lo que acordaste cuando aceptaste venir conmigo.

–No, pero primero es la obligación y luego la devoción, como dice el refrán.

–¡Muchas gracias! Eso me servirá de lección. Está claro que sabes cómo poner el ego de un tipo en su sitio.

–Creo que hace falta mucho más que eso para herir tu ego.

–Me rindo. Sabes cómo poner a un hombre en su sitio y hacer que siga allí.

–¡Ojalá! –se rio mientras abría la puerta–. De todas formas lo mejor es firmar una tregua. ¿Qué te parece una copa de vino para calmar tu vanidad herida?

–Ya sé que estás tratando de camelarme, pero acepto. No soy rencoroso –se quitó la chaqueta y la siguió a la cocina–. Incluso puedo abrir la botella de vino si quieres.

–Gracias –pensó de pronto que no había tomado nada desde que salió del trabajo y que estaba hambrienta–. ¿Quieres cenar algo? ¿Una tortilla?

–Me parece bien ¿puedo ayudar?

–No, no tardo nada. ¿Por qué no vas a la sala y te pones cómodo? Te daré un grito cuando esté lista.

–Jamás me atrevería a dejarte como una esclava en la cocina. Me quedaré aquí dándote apoyo moral. Así me parece que contribuyo en algo a pesar de no estar haciendo nada.

–Bueno, es una forma de verlo. Por cierto ¿cómo te organizas las comidas? ¿las haces en el hotel?

–Si llego a tiempo para la cena. A veces he llegado tarde. Y cuando pasa eso compro comida para llevar o paso hambre.

–Pero eso no puede ser bueno. Deberías comer con regularidad.

–¡Sí, señora! Tienes razón, simplemente es que algunos días me parece un esfuerzo excesivo ir por ahí a buscar comida. Esa es otra razón de que quiera un sitio para vivir. Pero no debe ser tan fácil como yo creí, según lo que hemos visto esta tarde.

–Eran bastante cutres –dijo poniendo la tortilla en un plato–. Toma.

–Gracias. Está muy rica. Felicitaciones al chef.

–Gracias, señor. Me encanta cocinar aunque pocas veces me esfuerzo en preparar algo exótico. No parece que tenga mucho sentido tomarse tantas molestias cocinando para uno.

–Uno de los inconvenientes de la vida de soltero ¿eh? Aun así las ventajas superan a los inconvenientes en mi opinión.

–¿Eso crees?

–Definitivamente. Bueno, hay veces en que pienso que sería agradable que hubiera alguien en casa que hiciera que tuvieras ganas de volver, pero eso no sucede muy a menudo. En conjunto prefiero mi vida como es, sencilla y sin complicaciones.

–No solo es que haya alguien en casa. Una buena relación es mucho más que mera compañía.

–¿Como qué? Venga, Maggie, ponme un ejemplo de lo que hay en una buena relación.

–Compromiso, lealtad, confianza, ¿qué te parece para empezar?

–Suena bien. Pero no estoy seguro de que ni una sola ni todas juntas me tentasen para abandonar mi situación. Me gusta mi vida como es. Tengo todo lo que quiero o necesito. ¿Por qué arriesgarse a perder algo bueno?

–Porque podrías descubrir que tu vida mejoraría. Nada puede permanecer igual para siempre, Luke. Porque hayas decidido que el amor y el matrimonio no son lo que quieres en este momento no significa que haya que descartarlos completamente. Esa es una actitud muy negativa.

–No estoy de acuerdo. A mí me parece un paso positivo. Decidir qué es lo que quieres y orientarte hacia ello es la única forma de tener éxito.

–¡Tonterías! Eso no es ser positivo, sino estar ciego. Tienes que adaptarte en todo lo que haces, tanto en la vida profesional como en la personal.

–Te concedo que hay que ser flexible en cuanto al trabajo, pero me temo que en el resto no estoy de acuerdo. Estoy feliz como estoy y no creo que vaya a haber ningún cambio en mis circunstancias personales.

–¡Pues yo creo que te equivocas! –Maggie se levantó sin saber muy bien por qué la alteraba tanto su obstinación–. Y creo que acabarás por lamentar una decisión tan arbitraria dentro de unos años, aunque entonces probablemente sea demasiado tarde.

–Puede. Es un riesgo que tengo que asumir. Me parece el menor de los males, aunque está claro que tú no estás de acuerdo. Tú esperas el momento en que encontrarás al hombre con el que quieres pasar el resto de tu vida y espero que las cosas salgan como tú quieres. Sin embargo yo renuncié a la teoría del «fueron felices y comieron perdices» hace ya mucho tiempo.

Lo dijo con tan poca emoción que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Se dio la vuelta porque no soportaba la idea de que Luke viera que estaba alterada, pero no fue lo bastante rápida.

–Maggie, ¿qué te pasa? –se levantó y se acercó a ella–. Anda cuéntamelo.

–¡Nada! –intentó marcharse, pero él no la dejó. La sujetó por los antebrazos.

–Pues claro que te pasa algo. Oye, si he dicho algo que te molestara te pido disculpas, el que yo tenga ciertos puntos de vista no significa que te obligue a ti a tener los mismos.

–Es… que me he portado como una tonta –era evidente que él estaba preocupado por ella.

–No es una tontería –dijo él acariciándola los brazos. Ella se puso un poco tensa y él lo notó y la miró a la cara. Hubo un momento en que pareció que se había detenido el tiempo.

–Será mejor que me vaya –su voz rompió la magia.

–¿Irte?

–Creo que será lo mejor, ¿tú no? –la soltó bruscamente y dio un paso atrás–. Ayer acordamos no complicar el asunto.

Ella enrojeció al darse cuenta de lo que él quería decir. Lo que más la avergonzaba era que se le hubiera olvidado tan deprisa. Sabía que si él la hubiera besado la cosa no habría acabado allí.

Se dio la vuelta y empezó a recoger los platos sucios, le temblaban tanto las manos que los vasos tintinearon. Oyó a Luke

murmurar algo antes de obligarla a darse la vuelta para mirarlo.

–No te disgustes. Para mí no ha sido fácil, así que no te sientas mal. Es evidente que sentimos atracción el uno por el otro, pero creo que los dos sabemos que sería un error dejar que las cosas llegaran a su conclusión natural. Tú no serías feliz teniendo una aventura conmigo y yo no haría nada que te hiciera daño porque me importas demasiado.

Le secó la cara con los nudillos y luego dejó caer la mano, como si le diera miedo lo que pudiera suceder si la dejaba allí.

–Gracias por decir eso, Luke. Y tienes razón porque sería un error que tuviéramos una aventura. Solo complicaría la situación. Volvamos al plan original y seamos amigos, ¿de acuerdo?

–Yo creo que será lo mejor.

Maggie lo acompañó a la puerta y luego volvió a la cocina a fregar los platos. Estúpida mujer, llorando por algo que no podía tener, se regañó a sí misma. Su único consuelo era que Luke no estaba allí viéndola hacer el ridículo.

Al día siguiente, cuando oyó la voz de Luke en el teléfono se dio cuenta de lo difícil que iba a resultarle aquello.

–Tenemos un pequeño problema, Maggie –dijo él yendo directamente al grano–. No hay camas disponibles en UCI y tenemos una joven que hay que vigilar hasta que podamos encontrarla sitio en otra UCI de la zona, ¿podrías prescindir de alguien de tu plantilla para que se ocupara exclusivamente de ella si la llevamos a tu sala?

–Lo haré yo. Doreen puede supervisar a Angela y Tracy, y estaré a mano si hay algún problema.

–Estupendo. Sabía que me sacarías del apuro. Gracias. Me quitas un peso de encima. La pobre chica tiene solo diecisiete años, la atropelló anoche un coche y el conductor no paró así que no la encontraron hasta esta mañana. No tiene muy buen aspecto, me temo.

–¡Pobrecilla! ¿Se ha informado a su familia?

–Parece que sus padres están de vacaciones, por eso nadie se dio cuenta de su ausencia. La policía intenta localizarlos, pero no será fácil porque están en Francia. Qué lástima que la chica no pasara la

noche en casa de alguna amiga, aunque no merece la pena pensar en ello. Es fácil ver las cosas después, ¿no? Pero no parece que valga de nada.

Maggie notó un tono raro en su voz al decir aquello, no sabía a qué podía referirse.

–Fractura de cráneo, clavícula y húmero derecho. Doble fractura de pelvis, que ha provocado daños en la vejiga. Tibia derecha fracturada también, estaba desplazada, pero he podido arreglarlo. Eso es todo aparte de los problemas normales asociados al shock y la pérdida de sangre.

–Es más que suficiente –Maggie la miró con tristeza, sabía que era cuestión de suerte que sobreviviera y no podía evitar pensar en lo injusta que era a veces la vida.

–¿Tiene la policía alguna idea de quién ha podido ser?

–Todavía no. Parece que tras herir a Lisa el coche chocó con una verja y tienen muestras de la pintura del coche. El inspector me dijo que podía servir para localizarlo.

–No sé cómo puede alguien escapar dejándola allí. El conductor tuvo que darse cuenta a pesar de la niebla.

–Sobre todo si luego se dio contra una verja. Espero que tenga pesadillas. Bueno, será mejor que me vaya, tenemos mucho trabajo. La niebla provocó un auténtico caos anoche. Hay tres accidentes de tráfico graves así que los asuntos de rutina tendrán que esperar. Parece que la mitad de la ciudad estuvo paseando en la niebla y tropezando en los bordillos –ella se rio y él puso los ojos en blanco–. Bueno, te llamaré en cuanto haya una cama. Espero que podamos pasarla a una UCI antes del almuerzo.

Él se fue y ella se puso a sacar trabajo de oficina porque era lo único que podía hacer mientras vigilaba a la paciente. Le costaba trabajo concentrarse no hacía más que soñar despierta. Cualquiera diría que se había enamorado de Luke… El corazón le dio un vuelco. No estaba enamorada de Luke. No podía estarlo.

Encontraron cama después del almuerzo. Robin fue a avisarla de que se llevaban a la chica a la ciudad más próxima. Luke seguía en

quirófano.

–Menos mal que no es un trayecto muy largo.

–Ya. Parece que no hay suficientes camas de cuidados intensivos.

–O bastantes enfermeras con experiencia para atenderlos.

Ayudaron a llevar a la ambulancia a la chica. Cuando estaba en la puerta del hospital se le acercó un joven que llevaba un brazo escayolado.

–¿Quedará bien, verdad?

–No podemos dar información, lo siento ¿es un amigo de Lisa?

–¿Yo? No…, yo… no la conozco. No la había visto nunca –tartamudeó y se fue. Maggie intentó detenerlo porque su conducta le había parecido muy rara. Parecía asustado.

–¿Se ha ido ya no? –ella se dio la vuelta y vio a Luke. A pesar de llevar la bata de quirófano tenía un aspecto muy sexy. Sintió que se le iba un poco la cabeza–. ¿Maggie?

–Lo siento. Estaba pensando… en el trayecto que tendrá que recorrer Lisa. Espero que no haya atascos.

–Yo también. No es lo ideal enviar a pacientes gravemente heridos por carretera.

–¿Eso no pasa en Estados Unidos?

–Claro que sí. La financiación es un problema importante, sobre todo en muchos hospitales públicos. Desgraciadamente no tenemos la ventaja de una seguridad social como vosotros. Los que no se pueden permitir pagar un seguro médico son atendidos en los hospitales públicos. Esto lleva a un sistema de dos niveles por más esfuerzos que quiera hacer el personal del hospital.

–Ya, aquí nos quejamos todos mucho, pero en conjunto es un buen sistema. ¿En qué tipo de hospital trabajas, público o privado?

–Ambos. Me gusta sentir que contribuyo a la sociedad así que decidí combinar ambos. Divido mi tiempo.

–¿A pesar de que ganarías mucho más dinero en el sector privado?

–Sí. Podría doblar mis ingresos, pero el dinero no lo es todo, ¿no crees? Mira a tu alrededor y solo verás gente que necesita ayuda. Yo lo único que quiero es ayudarlos. Eso es un premio en sí.

–Me siento mal por la forma en que te traté cuando viniste a Dalverston, Luke. Fue horrible y mi única excusa es que tenía una

idea equivocada de ti.

–No me extraña. No intentaba causarte buena impresión cuando nos conocimos en casa de tu abuela.

–Bueno…

–No me digas nada. Me dan escalofríos cuando pienso en ello. Pero es agua pasada. Ahora nos entendemos muy bien.

–Claro que sí. Bueno, tengo que irme, hablaremos más tarde.

Corrió hacia el ascensor y antes de entrar le miró por última vez. ¡Qué fácil había sido su vida antes de Luke Fabrizzi!

Capítulo 8

Luke telefoneó a Maggie para decirle que volvían a llevar a Lisa a Dalverston.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

–Parece que ha habido una confusión, habían dado la cama y no lo supo nadie hasta que no llegó la ambulancia. Dicen que se les informó de que ya no hacía falta la cama –parecía exasperado–. Morgan está furioso y quiere saber quién ha sido, pero nadie parece tener ni idea. De todas formas Lisa tendrá que quedarse aquí hasta que se encuentre sitio para ella, aunque no me gusta nada que vuelvan a trasladarla.

–Lo comprendo. ¿No hay forma de conseguirle una cama en la UCI de aquí?

–Estamos mirando. Hay una cama libre, pero no hay nadie que la atienda, hay un miembro de la plantilla de vacaciones y otro está enfermo, pero en vista de lo sucedido Fiona Watts ha decidido llamar a las agencias a ver si hay una enfermera de UCI cualificada.

–Es que hay muy pocas, ese es el problema. Es un trabajo tan agotador que no muchas enfermeras hacen el curso. De todas formas lo tendré todo listo aquí, ¿cuándo llega?

–En unos diez minutos. Lo siento, Maggie. Sé que es presionarte más aún, pero no hay nada más que se pueda hacer en este momento. En cuanto sepa algo te lo diré.

–Gracias –colgó el teléfono y fue a explicar a las otras lo que estaba pasando. Doreen se quejó.

–Ya estábamos sobrecargadas de trabajo sin esto. La pobre cría no tiene la culpa, pero no podemos hacer más de lo que hacemos.

–Lo sé. Y no es lo ideal tenerla aquí, pero tendremos que hacerlo lo mejor que podamos. Es mejor que os toméis ahora el descanso que a lo mejor luego no podemos. Angela tendrá el suyo a la hora de siempre.

–Lo que significa que tú no te tomarás el tuyo, como esta mañana. Esperemos que Luke valore todas las molestias que te

tomas por él. Asegúrate de que te compensa adecuadamente. Por cierto, hablando de eso, ¿qué hay de las cinco libras que me debes?

–¿Qué cinco libras? Oye, Luke y yo solo somos amigos, para tu información. No hay absolutamente nada entre nosotros.

–¡Cuéntaselo a un guardia! Todo el mundo sabe que os estáis viendo así que no entiendo por qué intentas negarlo. La verdad es que yo estaría bailando en medio de la calle si un tipo tan guapo como ese me hubiera pedido salir con él.

–Me rindo. Es inútil hablar contigo si no me crees.

Se apartó de allí y empezó a organizarlo todo, pero en su mente seguían sonando las palabras de Doreen. Era incómodo saber que todo el hospital hablaba de ellos. Tendría que decírselo a él…

Suspiró. ¿Qué más le daba a Luke que cotillearan? En cuanto llegase diciembre él volvería a Boston y no le importaría nada lo que pasara en Dalverston. La ambulancia llegó pronto y Maggie estuvo demasiado ocupada para pensar más en ello. Morgan Gray apareció para ver cómo estaba la chica y era evidente que estaba indignado.

–Bastante malo es tener que trasladar a un paciente en estas condiciones, pero descubrir luego que nos han informado mal y que no hay cama es algo que clama al cielo.

Su gesto daba a entender que si descubría quién había sido el causante se lo iba a hacer pasar muy mal. Cuando se fue Maggie pensó que si Lisa no salía de aquella habría una investigación.

Afortunadamente el estado de la chica no se deterioró. Maggie se quedó con ella la mayor parte del tiempo y cuando tuvo que irse dejó a Tracy a su cuidado, aunque sentía que la asustaba un poco. Pero cuando volvió un rato después la encontró más segura de sí misma.

–¿Ha ido todo bien?

–Si. Es interesante trabajar en una UCI.

–¿Quiere decir eso que estás pensando en hacer el curso? Yo creo que lo harías bien, eres rápida, cuidadosa y sobre todo sigues las instrucciones al pie de la letra.

–¿De veras? Hablaré con Fiona a ver qué me dice –se fue hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir–. Por cierto, vino alguien hace unos minutos a preguntar por Lisa.

–¿Sus padres?

–No, era un chico joven, de la edad de Lisa diría yo. Me imagino que será un amigo, pero no me dijo su nombre. Le dije que hablase contigo.

–Yo no he visto a nadie en el pasillo.

–A lo mejor no quiso esperar. La verdad es que no parecía estar muy bien. Tenía un moretón en la mejilla y un brazo escayolado. A lo mejor decidió dejarlo para más tarde.

–A lo mejor.

Maggie no dijo nada, pero sabía que era demasiada coincidencia que hubiera dos personas preguntando por Lisa con un brazo escayolado. ¿Qué pasaba? El joven con el que ella habló por la mañana dijo que no era amigo de la chica, ¿por qué había vuelto a preguntar por ella?

Supo que no descansaría hasta haberlo consultado con alguien. A lo mejor se equivocaba, pero tenía una intuición acerca de lo que estaba pasando. Al final, decidió hablar con Luke para ver qué pensaba él. No era raro que los chalados se preocupasen por un paciente después de leer en la prensa que había habido un accidente. Llamó a Luke en el busca y se puso a trabajar mientras él llegaba. Tardó casi media hora en aparecer.

–Gracias por venir. Quería saber tu opinión sobre algo que ha pasado –le hizo un rápido resumen.

–Parece que fuera el mismo tipo. Comprendo que te preocupes, creo que deberíamos avisar a la policía para estar seguros. Hay mucho chalado por ahí y no quiero correr riesgos.

–Supongo que tienes razón. Como si la pobre chica no tuviera bastante con lo que tiene.

–Lo haré ahora mismo, ¿puedo usar tu teléfono? Ten cuidado, Maggie. Hasta que no sepamos lo que quiere manténte en guardia.

–No te preocupes. Mi segundo nombre es Precavida.

–Tengo mis dudas al respecto –sonrió con picardía–. Si fueras tan precavida nunca te habrías relacionado conmigo.

Había sido una broma y así se lo tomó ella, pero se le cayó el alma a los pies cuando un segundo más tarde apareció Doreen. Era evidente que había oído el comentario que hizo Luke al marcharse.

–Lo he oído de la misma boca de los famosos, ¿de acuerdo? Así que espero esas cinco libras mañana por la mañana. ¡Qué vergüenza, haciendo trampas en una apuesta!

–Pero…

Se consiguió una cama poco antes de que Maggie acabase su turno y antes de salir acompañó a Lisa a la UCI contenta de que se le hubiera evitado otro traslado.

Luke estaba esperándola cuando salió de la sala. Había un hombre con él que resultó ser un policía que le preguntó acerca de lo que había sucedido aquella mañana.

–Me ha servido de gran ayuda. Tengo a algunos hombres interrogando a los amigos de Lisa. Me aseguraré de que lleven una copia de su descripción, a lo mejor alguno de los amigos sabe quién es.

–Él dijo que no era amigo de Lisa, por eso me pareció raro que se interesara por ella.

–Es raro. Hasta que no sepamos lo que quiere tenemos que estar en guardia. He avisado al personal de la UCI para que nos llamen si aparece.

–¿Cómo supo que Lisa había vuelto al Dalverston? –preguntó Maggie.

–Me imagino que siguió a la ambulancia. A lo mejor incluso siguió a la chica hasta la UCI y oyó que la volvían a mandar aquí. Eso demuestra que su interés por ella no es casual, y por eso me lo estoy tomando muy en serio –dijo el inspector antes de marcharse.

–Es horrible, ¿verdad? –Maggie suspiró–. Pensar que un chalado se ha obsesionado así con la pobre Lisa. Da miedo –se estremeció y Luke le pasó un brazo por los hombros.

–No te preocupes. Lisa se pondrá bien, te lo prometo.

–Gracias. Estoy contenta de habértelo contado, temía haber sacado consecuencias apresuradas, por eso te pedí opinión.

–Me gusta que lo hicieras. Ya sabes lo que se dice de que un problema compartido…

–Es un problema a medias. Siempre he pensado que eso tenía un inconveniente. Yo me quedo solo con la mitad del problema, pero te cargo a ti con la otra mitad.

–Tengo las espaldas anchas –dijo levantando cómicamente las cejas.

–¡Idiota! –se sonrojó al ver con el rabillo del ojo a Doreen que

salía de la sala. Era evidente que los había visto y que había sacado sus propias conclusiones–. A veces me dan ganas de gritar. Creo que la gente no tiene nada que hacer y por eso se pasa la vida cotilleando.

–¿Cotilleando acerca de qué?

–Tú y yo.

–¿En serio? ¿Y qué se dice de nosotros? Venga, Maggie, no puedes dejarlo así. Me muero por saberlo.

Estaba claro que a él lo divertía, pero ella no podía verle la gracia al asunto. Enrojeció de indignación.

–Me alegra que te parezca tan gracioso, porque a mí no me hace ninguna gracia. La gente dice que estamos saliendo. Tú y yo sabemos que no es así, pero no podemos decir la verdad.

–Me imagino que se quedarían pasmados si se lo explicásemos. Pero, ¿por qué te preocupa tanto? ¿Te da vergüenza que tu nombre y el mío se asocien?

–¿Vergüenza? ¡Claro que no! Es solo que…

–¿Es solo qué, Maggie? Venga, puedes contármelo a mí, a tu socio a medias en los problemas.

–Me molesta la idea de que todos me traten con mucha delicadeza cuando te hayas ido.

–Intentando consolarte, ¿no? Claro, puede ser muy incómodo –sonrió, pero había una extraña luz en sus ojos–. No creo que sea tan terrible, cuando vean lo bien que lo superas se darán cuenta de que no te he roto el corazón.

–Espero que tengas razón.

Apareció Angela y Luke se fue, dejándolas solas. Vivían en la misma parte de la ciudad e iban juntas en autobús. Maggie se alegró de que Angela tuviera ganas de charlar porque eso la alejaba de sus propios pensamientos. Se había quedado inquieta por la mirada de Luke. Le hubiera gustado saber qué pensaba él.

Al día siguiente Maggie libraba y pasó el tiempo arreglando un poco la casa, pero a media tarde empezó a sentir un poco de claustrofobia. Hacía sol y no había una sola nube, era una vergüenza no salir a disfrutar del día.

Salió con unos vaqueros y deportivas que habían conocido

mejores tiempos, no se preocupó de maquillarse y se hizo una cola de caballo. Le daba igual su aspecto, lo que quería era pasear a la orilla del río.

Había poca gente y ella caminó hasta llegar a un recodo. Se sentó en la hierba y abrió el periódico. Llevaba poco tiempo leyendo cuando una sombra cayó sobre ella. Se sorprendió al levantar la vista y ver a Luke.

–¿Qué haces aquí?

–Novillos. Te vi desde el coche y no pude resistir la tentación de seguirte. Prométeme que no se lo contarás a nadie.

–Que me caiga muerta si lo hago –él se rio.

–No hace falta llegar a tanto. No creo que Morgan se enfade mucho porque me tome una hora. Estoy de guardia esta noche así que en teoría tengo derecho a un descanso, aunque en la práctica eso no pasa casi nunca.

–Bueno, en eso tienes razón. Creo que es más fácil encontrar oro en este río que conseguir los descansos a los que uno tiene derecho, sobre todo en esta época en que hay tanta gente de vacaciones.

–Eso he descubierto.

–¿Dónde has estado? –preguntó curiosa.

–En el hospital al que enviaron a Lisa. Morgan me pidió que investigara lo de la cama de la UCI. Pensé que sería mejor hacerlo en persona.

–¿Y te has enterado de algo?

–Sí. Parece que el encargado habló con Norman Jefferson cuando llamó para confirmar la hora de llegada de Lisa. Fue Jefferson quien le dijo que ya no hacía falta porque la habíamos trasladado a una sala.

–¡No! ¿Por qué no habló primero contigo o con Morgan?

–Porque Jefferson no cree que tenga que consultar a nadie para tomar una decisión. Cree que está por encima de todo eso –dijo enfadado.

–¿Se lo has dicho ya a Morgan?

–Lo llamé inmediatamente. Se puso furioso y me dijo que hablaría con Jefferson. De todas formas la junta tiene que saberlo porque parece que habrá una investigación.

–Muy bien. La gente no puede seguir ignorando la situación. ¿Qué pasa si el doctor Jefferson comete un error en quirófano?

–¿Cómo el del otro día quieres decir? Hablé de eso con Morgan. Sentí que tenía que hacerlo después de este último incidente. Ha decidido que ya va siendo hora de solucionarlo de una vez.

–Espero que lo haga. Ya sé que es triste que una carrera maravillosa acabe, pero hay vidas en peligro y el doctor Jefferson tendrá que aceptar que ya no puede hacer el trabajo.

–No creo que vaya a ser fácil para él admitirlo. Su orgullo está en juego y no creo que se vaya sin luchar. Hemos tenido un par de diferencias de opinión desde que llegué, así que creo que no estará muy complacido cuando sepa que mi informe ha contribuido a que las cosas lleguen a este punto.

–Podría ser desagradable, ¿no?

–Sobreviviré. Bueno y mientras yo me mataba a trabajar, ¿qué has hecho tú? ¿hacer el vago a la orilla del río?

–Te hago saber que he limpiado mi casa de arriba abajo. Y además he hecho la colada. No todos vivimos en hoteles y tenemos criadas que vayan detrás de nosotros.

–¡Pobre Cenicienta! Mi corazón sangra por ti –dijo él sin la menor compasión tumbándose en la hierba–. En cuanto a mi vida de cuento de hadas, te cambio mi habitación del hotel por tu piso cualquier día, aunque debo decir que la idea de hacer tareas domésticas en un día como hoy me da casi ganas de pensarlo. Puede que el hotel tenga algunas ventajas después de todo.

–Tienes más razón que un santo. Aprovecha tu suerte ahora que puedes. Una vez que encuentres un piso tendrás que cocinar y limpiar y lavar y planchar como hacemos el resto de nosotros, los mortales comunes.

–Siempre puedo contratar una asistenta, supongo. A lo mejor me hacía también la colada y la plancha, así que solo quedaría la cocina –se alzó, apoyándose sobre un codo–. Se aceptan ofertas, aunque no estoy haciendo insinuaciones.

–Claro que no –contestó seriamente aunque de pronto le costaba concentrarse. Él estaba muy cerca y parecía que su olor la afectaba mentalmente. La recorrió un escalofrío y se puso derecha bruscamente, tomando el periódico–. ¿Has visto esto? Habla del accidente de Lisa y parece que la policía sabe qué marca de coche era.

–Por lo menos tienen una pista. Hablé con el inspector esta

mañana cuando me llamó para decir que habían localizado a los padres de Lisa. Estarán aquí esta tarde con un poco de suerte.

–Es un alivio. ¿Dijo algo más el inspector?

–No. Ninguno de los amigos de Lisa pudo identificar al chico así que sigue siendo un misterio –miró el reloj–. Va siendo hora de que me vaya. No es que me apetezca volver al trabajo, este es un sitio precioso. Estaría bien para venir a merendar.

–Sí, vengo aquí a menudo en verano. Me gustaría haberlo pensado antes, así en vez de estar como una esclava plumero en mano podría haber pasado aquí el día.

–Debes tener mucha voluntad. Yo no creo que hubiera podido dejar el río a cambio de las faenas caseras.

–Algunas personas sabemos cuál es nuestro deber.

–Si es una indirecta de que debería estar cumpliendo el mío me marcharé. Y estaré cumpliendo mi deber hasta las ocho –suspiró–. El día se habrá acabado cuando salga.

–¡Pobrecito! Pero a lo mejor te sirve de consuelo saber que yo estoy disfrutando mientras tú trabajas –bromeó tumbándose en la hierba.

–Muchas gracias. Estoy seguro de que eso me consolará mucho. Eres una pérfida mujer y algún día recibirás tu merecido.

–¿De veras? Bueno, mientras tanto me quedaré aquí tomando el sol –él se rio.

–Ah, sabes cómo devolver las estocadas. Nunca pensé que fueras así, yo creía que eras una chica muy agradable.

–¿Agradable? ¿Es eso lo mejor que puedes decir?

–Podría pensar en unos cuantos adjetivos más si me pusiera a ello –contestó Luke en un tono que de pronto la hizo sentir calor por todo el cuerpo. Fue un alivio que mirase el reloj y gimiera–. Ahora sí que me tengo que ir. Nos veremos.

Se fue caminando por la orilla y Maggie cerró los ojos, sintiendo el sol en la cara. Se esforzó en no pensar en Luke, el tema pertenecía a la categoría de «no tocar, que quema».

Cuando volvió del río la tarde se le hizo muy larga. Al día siguiente entraba en turno de noche y pensó que no era fácil que pudiera verlo. Podían pasar dos semanas antes de que volvieran a

encontrarse y la idea le parecía un tanto deprimente.

Se puso a ver la televisión y se forzó a seguir el hilo. Estaba terminando el programa cuando sonó el timbre de la puerta. Eran las diez de la noche y no tenía idea de quién podría ser. Se llevó la sorpresa de su vida al ver a Luke.

–Ya sé que es tarde, pero espero que te apiades de mí –le mostró una enorme cesta sonriendo–. Tengo lista la merienda, solo necesito alguien con quién compartirla.

Capítulo 9

Estaba delicioso. He comido tanto que creo que voy a estallar –dijo Maggie.

–Espero que te quepa otro vaso de vino. Brindemos. ¡Por una merienda perfecta!

–Brindaré por eso. Y por ti, la idea de hacer una merienda por la noche es atractiva.

–Ven conmigo, nena, y lo pasarás bien –dijo él con un tono tan sugerente que ella se rio.

–¡Idiota! –bebió otro sorbo y se tumbó en la hierba–. ¿Dónde conseguiste esta comida tan excelente, por cierto? Las tiendas debían estar cerradas cuando saliste del hospital.

–Sí, pero hay un supermercado en la carretera de Lancaster que tiene un puesto de *delicatessen* y está abierto toda la noche.

–¿Y fuiste hasta allí?

–Merecía la pena, ¿no? Venga, Maggie, di la verdad, ¿habías comido antes algo tan bueno?

–No. Me encanta merendar en el campo, pero debo confesar que nunca antes lo había hecho después de la cena.

–Tampoco yo, así que es la primera vez para ambos. Y no se me ocurre nadie mejor para haber compartido esta ocasión –alzó su vaso y sonrió–. Gracias por venir conmigo.

–De nada –tomó un trago de vino para calmarse. La sonrisa había sido demasiado sensual y el corazón amenazaba con salirse de su sitio. Estaba todo muy silencioso y eso le hacía ser más consciente de la presencia de Luke.

–Está muy bonito esto de noche, ¿verdad? Hay tanta paz que resulta difícil creer que la calle esté tan cerca.

–Sí. ¿Cómo es el sitio en el que vives?

–Es ajetreado. Boston es una ciudad maravillosa, siempre en movimiento, día y noche. También hay sitios tranquilos, como el parque que está al lado de mi piso. A veces voy allí después del trabajo, sobre todo si es tarde y he tenido un día muy agotador. Me

gusta sentarme en un banco a recuperar el aliento. ¿Nunca has sentido la necesidad de hacer eso, de dar un paso atrás y dejar que el mundo siga zumbando durante unos cuantos minutos?

–Supongo que es el trabajo que tenemos lo que hace que haya que tomarse un respiro de vez en cuando –contestó ella concentrándose en lo que decía. Le resultaba difícil atender a la conversación. Su atención se centraba más bien en lo guapo que estaba aquella noche–. Estamos con mucha frecuencia en situaciones de vida y muerte y a veces te vence la presión, ¿verdad?

–Así es, pero forma parte del trabajo y a lo mejor no es tan malo. No me gusta la idea de llegar a un punto en el que ya no sienta la presión porque me haya hecho indiferente al sufrimiento de la gente.

–No me lo puedo imaginar –dijo ella inmediatamente y luego se encogió de hombros cuando él la miró sorprendido–. Es evidente cómo te preocupas por la gente que atiendes, Luke. Para ti no es solo un trabajo y no creo que lo sea nunca. Por eso haces tan bien lo que haces, porque te importa y quieres hacerlo lo mejor que puedas.

–Gracias. Significa mucho oírte decir eso –se inclinó sobre ella y le apretó la mano.

–¿De veras? –nada más haberlo dicho deseó no haberlo hecho, o por lo menos no de esa manera. Él debió notar por el tono cómo lo deseaba y eso le daba miedo porque era cruzar las fronteras de su relación.

–Sí, de verdad –respiró hondo y sus ojos parecían lanzar llamas al mirarla–. Valoro tu opinión. Significa para mí más de lo que pueda decirte.

Ella no supo qué contestar. Nada parecía ir bien. No podía hacer un chiste porque no le apetecía nada bromear con algo tan importante. Estaba buscando las palabras cuando algo surgió de la oscuridad y le rozó la cabeza.

–¡Oh! –dijo poniéndose de pie–. ¿Qué era eso?

–Un murciélago, supongo. Sí, mira, y ahí hay otro.

–Oh, no. No tenía ni idea de que hubiera murciélagos por aquí.

–No hay por qué asustarse. No te harán nada. Maggie ellos están más asustados de ti que tú de ellos.

–¿Quieres apostar? –se pasó una mano temblorosa por el pelo–. Dicen que se quedan enganchados en el pelo. Y uno me ha tocado al

pasar.

–Querría saber qué eras y dónde estabas. Hemos invadido su territorio y es natural que quieran echar un vistazo. ¿Ves? Ya no están interesados en nosotros, sino en buscarse la cena. Creo que son murciélagos Daubenton, son comunes en las islas británicas y suelen vivir en los bosques cercanos a los ríos.

–¿Y cómo sabes tanto sobre ellos?

–Fui *boy scout*, para que lo sepas. Pasé mucho tiempo acampando en bosques cuando era pequeño, aprendiendo cosas de los animales y las plantas. Tengo una insignia de explorador que atestigua que lo que digo es cierto.

–Así que estoy hablando con un experto. ¿No serás Batman por casualidad?

–Qué chiste más malo, no sé de dónde has podido sacar algo tan espantoso.

–Pues tengo más.

–No lo dudo –la miró con los ojos risueños. Luego ella no supo bien lo que pasó. Estaba riéndose y de pronto él movió lentamente su mano, tan lentamente que parecía un sueño, y la puso en su mejilla.

–¿Te ha dicho alguien lo guapa que estás a la luz de la luna?

–No.

–Entonces es otra primera vez que vamos a compartir.

Su voz era suave y Maggie se estremeció. Todo lo que les rodeaba desapareció y solo podía oír la respiración de él, el roce de sus ropas cuando la abrazó y el latir de su corazón.

Sus labios eran cálidos y suaves, pero tan llenos de deseo que ella dio un gemido que era casi de dolor. Saber que él la deseaba tanto era más de lo que podía soportar y desde luego mucho más de lo que podía resistir.

Le devolvió el beso, sin intentar disfrazar su propio deseo. No podía fingir indiferencia cuando su cuerpo estaba diciendo a gritos cuánto deseaba el de él.

Luke se apartó apoyando su frente en la de ella.

–No debí hacerlo, pero no lo siento, Maggie.

–Yo tampoco –contestó incapaz de mentir. Él se rio.

–Bien. Algo más que tenemos en común. Parece que la lista se hace más larga cada día. Cuanto más te conozco más me gustas.

–A mí me pasa igual. Es curioso ¿no? Hace dos semanas apenas podíamos hablar sin discutir.

–Así es. Es curioso y también peligroso –le acarició la cara–. No quiero hacerte daño, Maggie. Ni tampoco correr el riesgo de resultar yo herido. Al final nada ha cambiado, seguimos siendo las mismas personas con las mismas prioridades.

–Estoy segura de que tienes razón. Ninguno de los dos está buscando una relación en este momento. Lo mejor es echarle la culpa a una sobredosis de luna y dejar las cosas como están –dijo ella tragándose las lágrimas. Él se rio, pero había un tono hueco en su risa que le hizo saber que él también estaba luchando con sus sentimientos.

–Me parece una buena idea. De todas formas creo que es hora de irse, ¿no? Ha sido una noche estupenda, Maggie. Gracias por venir.

No hablaron mientras recogían las cosas ni mientras iban andando hacia el piso de ella. Él se despidió en la puerta en cuanto llegaron. Se habían dicho todo lo que tenían que decirse.

Se asomó a la ventana y lo vio marcharse. Supo que recordaría siempre esa imagen porque en aquel momento cuando por fin reconoció lo que sentía. Ella lo amaba. Unas palabras que nunca podría decir en voz alta. En realidad ya se lo habían dicho todo.

Como sospechaba Maggie, una vez que volvió al trabajo vio poco a Luke. Como ella estaba de noches y él trabajaba de día hubo pocas ocasiones de encuentro. En parte estaba contenta porque eso le daba tiempo a aclarar sus sentimientos.

La tercera noche llegó Angela corriendo para buscarla. Eran casi las doce y Maggie se asustó al ver su cara.

–¿Qué ha pasado?

–La señora Bradshaw. Quería ir al baño… Solo la dejé un momento, Maggie… de veras.

Maggie salió corriendo. Alice estaba tendida en el suelo y era evidente que tenía muchos dolores.

–Alice, ¿cómo está?

–Es la cadera… creo que me la he vuelto a romper.

–Ve a telefonear a Cheryl. Dile que venga inmediatamente y que necesitamos ayuda para poner a Alice en una cama.

–Esta bien, ¿verdad? No sé cómo ha sucedido. Le dije que me llamara…

–Luego hablaremos de eso –dijo Maggie con firmeza y Angela se fue corriendo y a punto de llorar.

–No fue culpa de ella. Me dijo que tocase el timbre cuando terminara, pero yo quería hacerlo sola y mira el lío que he formado.

–Quédese quieta. La doctora Rothwell vendrá en unos minutos para verla.

Cheryl llegó y la examinó rápidamente.

–No puedo saber si se ha roto o no la cadera. Le daremos algo para el dolor y la mandaremos a rayos.

–¿Hay alguien de guardia? He oído que radiología cerraba de noche porque estaban con problemas de personal.

–¿En serio? Justo lo que necesitamos. La radiografía no puede esperar hasta mañana. Si se ha roto la cadera no se puede dejar así.

–En urgencias tienen rayos. Podemos bajarla.

–Buena idea. Voy a llamar a Luke para que venga a verla. Está de guardia esta noche y creo que querrá saber lo que ha pasado porque la operó él.

Llegó un celador y colocaron a Alice en una cama y se la llevaron. Maggie mandó a Angela a tomar algo para que se relajara un poco. Esperaba que el resto de la noche fuera tranquila. Pero al cabo de un rato entró Tracy para decirle que había problemas con Alan Cole. Respiraba mal. Fue corriendo hacia su cama y vio que se le estaban poniendo los labios azules.

–¿Cuánto tiempo lleva así?

–Unos minutos. Estuve con él hace un rato porque no podía dormir. Dijo que se encontraba bien, solo un poco inquieto.

–Parece que es algo más que eso –Alan gimió y se desmayó–. Ha dejado de respirar. Llama al equipo ¡ahora!

A partir de ese momento Maggie trabajó concienzudamente en las técnicas de primeros auxilios hasta que llegó el equipo. Diagnosticaron una embolia pulmonar provocada probablemente por algún coágulo.

Iba a necesitar cirugía para quitar el coágulo si no podían disolverlo con medicamentos. Decidieron avisar a su novia que insistió en acudir inmediatamente al hospital. Maggie pensó si ella haría lo mismo si le pasase algo a Luke y en ese momento llamaron

a su puerta y apareció él en persona.

–Me han dicho que estás teniendo una noche muy entretenida.

–De las mejores –le acompañó a la sala, habían subido ya a Alice de rayos y sabía que Luke querría verla–. Piensan que Alan puede tener embolia pulmonar.

–Es un riesgo después de la cirugía, por eso muchos cirujanos recomiendan anticoagulantes como norma.

–Pero a Alan no se le suministraron, aquí cada caso se trata independientemente.

–Yo creo que es lo mejor. Los anticoagulantes tienen también muchos inconvenientes. Hemorragias, hematomas, infección secundaria…

–Es difícil tomar una decisión, ¿no? En el fondo yo prefiero no tener que tomarlas.

–Estoy seguro de que haces perfectamente tu trabajo, Maggie.

Luke fue a ver a Alice y ella se quedó paladeando el cumplido. Era lo único que tenía.

Alice volvió de quirófano un poco atontada por la anestesia, y sobre todo estaba hundida moralmente por haberse caído. Por primera vez se desmoronó y se echó a llorar.

–¿Qué voy a hacer si ni siquiera puedo ir sola al cuarto de baño? Yo no quiero ser una carga para mis hijos, tendré que irme a una residencia.

–No creo que haga falta, Alice. Y si fuera así hay algunas muy buenas en esta zona.

–Ya, pero la gente que se ocupa de ti es la que manda y te dicen lo que puedes hacer y lo que no. Yo no quiero acabar así, comiendo cuando me dicen y acostándome cuando me lo mandan.

–No se preocupe ahora por eso. Concéntrese en ponerse mejor y descanse ahora.

Dejó una nota para la jefa de sala de la mañana para que hablase con los hijos de Alice. Maggie estaba segura de ella no les había hablado de sus miedos para no preocuparlos. Después de aquello bajó a comer algo. No había más que sándwiches. Acababa de desenvolver uno cuando apareció Luke con una taza de café.

–¿Te importa que me siente contigo?

–Claro que no –dijo ella con la boca llena.

–Lo siento. Da rabia cuando pasa, ¿verdad? Te llevas comida a la boca y o bien suena el teléfono o alguien quiere hablar contigo. Me hace desear haber aprendido el lenguaje de las señas.

–Yo creo que los médicos y las enfermeras deberíamos aprenderlo. Sería útil además para hablar de los pacientes sin que te oigan.

–Sobre todo con esos que agotan tu paciencia.

–Creía que San doctor Fabrizzi no tenía esos problemas. Estoy conmocionada, creía que nunca se te resbalaba el halo.

–No sé por qué tengo la sensación de que me está tomando el pelo, enfermera Carr. ¿Es esta la forma en que trata a los miembros del equipo de cirujía?

–No. ¿Te imaginas que le dijera algo así al doctor Jefferson? ¿O incluso a Morgan Gray?

–O sea, que a mí me tratas diferente. No sé si tomármelo como un cumplido o no.

–Tómatelo como quieras. Si te parece un cumplido, ¿quién soy yo para llevarte la contraria?

–Tendré cuidado, podría meterme en aguas pantanosas si dijera algo incorrecto –levantó la vista al ver que entraba alguien en la cafetería–. Está muy tranquilo esto. ¿Es siempre así por las noches?

–No siempre, es que es un poco tarde. La mayoría han bajado ya. Yo no pude por todo lo que ha pasado esta noche.

–Ha sido terrible, ¿verdad? Por cierto, están operando a Alan en este momento. Te lo mandarán luego a sala.

–Bien. Su novia se tranquilizará. Parece que esa pareja se quiere mucho.

–Sí. Es sorprendente que hayan podido mantener la relación viviendo en sitios tan alejados. No hay mucha gente que pueda conseguirlo.

–Se puede hacer cualquier cosa siempre que a uno le importe lo bastante.

–¿Tú crees? No estoy seguro de estar de acuerdo contigo.

–Piensas en tu propia experiencia, ¿no? –respiró hondo. No debía preguntar, pero quería saber qué había pasado–. ¿Qué sucedió, Luke? ¿Qué fue exactamente lo que salió mal?

–Simplemente no funcionó. A lo mejor era de tontos pensar que

podía haber salido bien.

–¿Por qué era de tontos? Si os queríais lo normal era creer que funcionaría –dijo sintiendo una punzada al pensar que él había querido a otra mujer de una forma en la que nunca la querría a ella.

–¿Eso crees? Yo no estoy convencido de que sea tan fácil encontrar una felicidad duradera. Y estoy seguro de que Eva tampoco estaría de acuerdo contigo.

–Eva. Es… un nombre muy bonito.

–Lo es. No es su verdadero nombre, ¿sabes? Es el nombre que eligió ella –debió notar su sorpresa porque explicó–. Eva es actriz, y muy buena. A mí me convenció.

–¿Qué quieres decir?

–Que Eva me convenció de que estaba enamorada de mí. No puedo echarla a ella toda la culpa porque no lo habría conseguido si yo no hubiera sido tan crédulo –se rio, pero no había ninguna alegría–. Me engañó completamente, pensé que estaba loca por mí, cuando en realidad lo que la tenía loca era el estilo de vida que yo podía darle. La profesión de actriz es muy precaria, como probablemente sabrás. La mayoría de los actores se pasan más tiempo sin trabajo que con él. Yo creo que Eva se cansó de esperar papeles y decidió que su vida sería mucho más fácil si encontraba a alguien que la mantuviera. Yo fui el tipo con suerte.

–¿Quieres decir que solo te quería por tu dinero?

–En resumidas cuentas sí. Bueno, teníamos una relación sexual excelente, claro, pero eso era solo un plus. A Eva le atraía más mi cartera que yo.

–¿Y qué pasó? ¿Cómo descubriste la verdad?

–Tardé un tiempo. Estaba tan liado con mi trabajo que pensaba que todo iba bien. Nos mudamos a otro barrio y Eva gastó un dineral en decorarlo todo como ella quería. Se pasaba el día de compras y parecía bastante feliz mientras tuvo eso para entretenerse. Sin embargo, una vez que ya estuvo todo hecho y a su gusto empezó a inquietarse. Se quejaba del tiempo que yo pasaba en el hospital, no es que me echara de menos, pero no podíamos asistir a los cientos de acontecimientos sociales a los que siempre estábamos invitados. A lo mejor si hubiera prestado un poco más de atención a lo que estaba pasando me habría dado cuenta antes de que me estaban engañando, pero estaba demasiado ocupado con mi

trabajo. Lo descubrí un día que llegué pronto a casa y encontré a Eva en la cama con un tío. Resultó que estaba en el negocio del cine y que hacía varios meses que tenían una aventura a mis espaldas. Eva hizo las maletas esa misma tarde y se fue con él. Creo que le dio un papel en alguna película que estaba haciendo, así que fue inteligente por parte de ella.

–Es terrible, Luke. Lo siento mucho, me gustaría no haber preguntado.

–No hay razón para que te afecte. Lo superé hace ya mucho tiempo. De alguna forma ha sido bueno que me sucediera.

–No puedes decirlo en serio, ¿cómo puede ser buena una cosa así?

–Porque me hizo ver qué era importante para mí. Me di cuenta de que mezclar el trabajo y las relaciones es una mala idea porque siempre sufre una de las dos cosas. A lo mejor hay gente que sabe encontrar el equilibrio, pero yo no. De todas formas eso es agua pasada. Mi preocupación principal en este momento es irme a casa y dormir unas cuantas horas, sino no podré hacer nada mañana, o mejor dicho, hoy.

–Y será mejor que yo vuelva a la sala no sea que haya pasado algo más mientras estaba fuera –dijo en voz baja. Por dentro estaba llorando al comprobar que era imposible que Luke cambiase sus ideas sobre el amor y el matrimonio, pero no quería que él lo notara.

Dejaron la cafetería y fueron hacia el ascensor. Maggie estaba a punto de entrar en él cuando de pronto se fue la luz, dejando el sótano a oscuras.

–¿Qué demonios ha pasado? –exclamó Luke. Maggie lo oyó rebuscar y un momento después sacó una pequeña linterna que llevaba siempre. Daba poca luz, pero era mejor que la oscuridad total.

–Me pregunto si será solo aquí o en todo el hospital.

–No sé pero tendrá que haber un sistema de emergencia para estos casos.

–Lo hay, pero no sé si funciona en el sótano. Nadie usaba esta parte del edificio hasta que empezaron las obras de restauración.

Subieron hasta la planta baja. Allí tampoco había luz y el personal se había colocado junto a las puertas con linternas. Por lo

menos se veía algo. Siguieron hasta la planta donde estaban los quirófanos, había un leve resplandor allí.

–Parece que sí hay luz en quirófano. Iré a ver si necesitan ayuda. Te veré luego, Maggie.

–De acuerdo. Si sabes algo de Alan Cole, dímelo.

–Lo haré.

Maggie se fue a la sala y comprobó que todo estaba bien, aunque se habían despertado unos pocos pacientes y hubo que acompañarles al baño.

–¿Qué pasa, cariño? –preguntó Alice Bradshaw.

–Se ha ido la luz. No se preocupe.

–No estoy preocupada. En la guerra pasaba constantemente.

Maggie sonrió. No había como dar un poco de perspectiva a las cosas para que no parecieran tan terribles. Lo que no sabía era como dar perspectiva a sus sentimientos hacia Luke. Si hubiera alguna forma de hacerle entender que ella nunca le haría daño a lo mejor podrían tener un futuro juntos. A lo mejor era cosa de tontos, pero también a veces los sueños se hacían realidad…

Capítulo 10

La luz volvió una hora más tarde y todo el mundo empezó a trabajar muy deprisa para recuperar el tiempo perdido. Alan Cole volvió a la sala un poco antes de que Maggie acabase su turno y lo dejó instalado.

–Ha sido la noche más larga de mi vida –dijo Beverly, su novia.

–Debe haber sido terrible para ti.

–Sí. Creo que me afectó más aún que el accidente. El tener que organizarlo todo para viajar hasta aquí me ayudó a conservar el control. Pero ahora de pronto me he tenido que enfrentar con la posibilidad de que Alan muriera…

–Alan se va a poner bien –dijo Maggie pasándole un brazo por los hombros–. Sé que tiene mal aspecto en este momento, pero eso es normal.

–Lo sé. Es que de pronto me he dado cuenta de lo que podía haber perdido. Me ha hecho valorar lo maravilloso que es un día y lo tonto que es que sigamos posponiendo la fecha de la boda.

–Supongo que no es fácil viviendo tan lejos.

–Eso es lo que me he dicho a mí misma durante cuatro años. Yo vivo y trabajo en Nueva York Y Alan vive y trabaja aquí. No parecía que hubiera ninguna solución. Pero cuando pasa algo así tienes que plantearte tus prioridades, ¿no? Y ahora me doy cuenta de que estar con Alan es más importante que ninguna otra cosa.

–Creo que tienes razón –dijo conmovida porque ella también renunciaría a todo por estar con Luke–. Y creo que Alan estará de acuerdo.

–No le voy a dar oportunidad de no estarlo. Ya hemos perdido bastante tiempo y no voy a perder más.

–Entonces, ¿puedo ser la primera en felicitarte?

–Claro. Gracias –Beverly parecía tan feliz que Maggie no pudo evitar sentir envidia. Si ella le explicara sus sentimientos a Luke él saldría corriendo y no pararía hasta estar muy lejos–. Por cierto, ¿encontró aquel joven a quien buscaba?

–¿De qué joven me hablas?

–Del que estaba aquí cuando llegué yo. Salió de esta habitación y me dijo que si sabía adónde se habían llevado a una tal Lisa. Debió pensar que era del personal porque no había nadie más por aquí a aquella hora. Parecía alterado porque no pude ayudarlo.

–¿Podrías describírmelo?

–Me temo que no le presté mucha atención. Pero llevaba una escayola en un brazo, si sirve de algo.

–Sí, gracias.

El turno siguiente estaba entrando y Maggie informó de lo que le había contado Beverly. Decidieron avisar a la policía y a Roger Hopkins. Todo esto le llevó tiempo y eran ya casi las siete cuando salió del hospital. Hacía un día excelente pero ella estaba demasiado cansada para disfrutarlo. Había sido una noche larga y dura por muchas razones.

–Aquí estás. Empezaba a pensar que te había perdido –Luke le salió al paso sonriendo al ver su sobresalto.

–¿Qué haces aquí? Pensé que te habrías ido hace siglos.

–Lo intenté duramente, pero acabé echando una mano en quirófano. Una emergencia –bostezó–. Perdona.

–Te perdono si tú me perdonas –dijo Maggie tras bostezar a su vez–. Hacemos una pareja excelente debemos parecer como los muertos vivientes.

–Me gustaría tener fuerzas para discutir eso, pero estoy demasiado cansado. Te llevo a casa, así no tendrás que esperar el autobús.

–¿Me esperabas para eso? –preguntó animándose un poco.

–En parte. Pero también hay una cosa que quería decirte. De todas formas, ¿por qué tardaste tanto?

Maggie aplacó su curiosidad aunque se moría por saber lo que él quería decirle.

–Parece ser otra vez el mismo chico, ¿no crees? –terminó su narración.

–Seguro. No me gusta nada la pinta que tiene esto, sobre todo porque en un par de días Lisa vuelve a la sala. Mientras estaba en la UCI se podía vigilar quién entraba, pero en la sala no es tan fácil porque está entrando y saliendo gente constantemente.

–¿Crees que quiere hacerle daño?

–No tengo ni idea. Eso es lo más raro, nadie sabe qué quiere, por eso hay que estar alerta. Prométeme que tendrás cuidado, no quiero que corras ningún riesgo.

–No está interesado en mí.

–A lo mejor no, pero eso no significa que no debas estar alerta. Y avisa a las demás para que tengan también cuidado –Maggie se tragó su decepción. A Luke no le preocupaba su seguridad más que la del resto del personal. Llegaron a su casa y él aparcó–. Antes de que se me olvide será mejor que te cuente las noticias. Me llamó mi madre anoche. Viene con mi padre a Inglaterra el mes que viene y quieren hacerme una visita. Según ella es un viaje de negocios, pero yo tengo mis dudas. Conociéndola creo que quiere echarte un vistazo. Pensé que sería mejor avisarte con antelación.

–¿De verdad crees que es por eso por lo que va a hacer ese viaje?

–¡Seguro! No dudo que mi padre haga sus negocios mientras está aquí, pero mamá está detrás de esto, créeme. De todas formas no habrá ningún problema. A tus padres los convencimos, ¿no? Y hemos ganado mucha experiencia desde entonces.

–Sí, así es –fue a abrir la puerta deseando escaparse. ¿Era por eso por lo que Luke había pasado tiempo con ella últimamente, para que la actuación fuera mejor y poder hablar de cosas que habían hecho juntos como la merienda en el río?

–Oye, ¿qué te pasa? No te preocupa conocer a mis padres, ¿verdad? Te gustarán, Maggie. Te lo prometo. Y lo que es más importante, tú les vas a gustar a ellos, así que no hay por qué preocuparse.

–No estoy preocupada. Solo cansada. Ha sido una noche terrible y todo lo que deseo es meterme en la cama y dormir.

–Yo también –se inclinó sobre ella y la besó en la mejilla–. Que duermas bien, cariño. Te veré pronto.

Maggie salió del coche y subió a su casa. Se acostó, pero no podía dormirse. Ella no tendría que fingir ante los padres de él. Él sí. Ella se quedaría destrozada cuando él se fuera. Él no.

–Ha sido horrible, no han parado de hacer ruido en todo el día. Tengo la cabeza como un bombo y seguirán trabajando por lo

menos una hora más, así que lo mejor será que te tomes una aspirina –le dijo a Maggie la enfermera del turno saliente, Daphne.

–Gracias. Me has animado mucho. Esperaba una noche tranquila después de lo de ayer.

–¿Tranquilidad? ¿Qué es eso? –dijo Daphne al oír el ruido estrepitoso de algo que se caía en el piso de arriba–. Esto es un hospital. No esperarás que haya silencio, ¿no?

Maggie suspiró y le dijo adiós. Estaba agotada por la falta de sueño y los pacientes parecían estar especialmente quisquillosos aquella noche.

–No sé que pasa esta noche –gruñó Angela–. Incluso la señora Bradhaw se ha quejado de que nadie la hacía caso. Nunca lo había hecho antes.

–Supongo que están cansados. Cuando se vayan los obreros se quedarán más tranquilos y mañana se sentirán mejor.

–Tú tienes pinta de que te vendría también bien tomarte un descanso. ¿Te acostaste hoy? Se dice que te vieron en el coche de Luke esta mañana.

–Trataré esa pregunta con el desprecio que merece y ahora voy a dar una vuelta por la sala a ver si alguien necesita algo.

La tarde fue pasando y también la noche. Tuvieron un ingreso a la una, un joven que se había caído de la moto y se había roto las dos piernas. Maggie le puso cerca de su despacho para vigilarlo. Luke estaba otra vez de guardia y fue a verlo poco después. Parecía cansado y más serio de lo normal.

–Habrá que observarle estrechamente en las próximas horas.

–Lo sé, por eso le he puesto cerca de mi oficina.

–Lo siento, ha sido como querer enseñar a tu abuela a hacer bollos, ¿no?

–Bueno, la comparación no es muy acertada, pero la comprendo.

–Estás muy aguda para mí esta noche. No voy a discutir contigo –a la luz del pasillo se le veía pálido y con ojeras oscuras.

–Pareces agotado, ¿dormiste algo?

–No mucho. Tenía muchas cosas en la cabeza y tuve que entrar a trabajar a las once.

–¿En serio? –en realidad ella lo que quería saber era en qué

había estado pensando.

–Morgan quería que contase mi versión de lo que sucedió el día que Jefferson se equivocó en quirófano. Había una reunión esta mañana y ha sido bastante desagradable porque Jefferson me acusó de mentir.

–¿Y qué pasó?

–No lo sé porque me pidieron que saliera. Sin embargo tuve la sensación de que le creían a él más que a mí. Él ha trabajado aquí muchos años y tiene amigos entre los altos cargos.

–Pero todo el mundo sabe que el equipo de cirugía le ha estado tapando. Morgan debe saber lo que pasa.

–Lo sabe. Sin embargo, Morgan ha molestado a muchos desde que le hicieron jefe de cirugía. No tolera a los tontos y dice claramente lo que piensa, así que se ha hecho algunos enemigos poderosos.

–Pero no se puede hacer política con la vida de la gente. Es despreciable. De todas formas hay más gente que lo vio, como Robin, por ejemplo. ¿No podría explicarlo él?

–No quiero que se meta en esto. Ha llegado a un punto en que la gente está formando bandos y podría tener repercusiones en su carrera. A mí no me importa hacerme enemigos porque no estaré aquí mucho tiempo, pero en su caso es distinto. Así que esperaremos a ver qué pasa. Por cierto hoy hablé con el inspector y está muy preocupado por lo del joven

–Lo entiendo. Da miedo, ¿verdad? Si supiéramos qué es lo que quiere… ¿qué han dicho sus padres? Creo que volvieron por fin.

–Ayer. Están aún conmocionados así que no sé si han podido ayudar a la policía.

El ascensor se detuvo y salió de él una pareja de media edad.

–Parece que han llegado los padres del motorista, ¿te importa que use tu despacho para hablar con ellos?

–Claro que no.

Maggie se acercó a hablar con Alice Bradshaw que le contó que había hablado con una de sus hijas y le había dicho que quería que se fuera a vivir con ella para que la ayudase un poco con los niños.

–Me ha hecho muy feliz porque así no seré un estorbo.

–Claro, yo creo que todos quieren que vivas con ellos –le apretó la mano para irse cuando Alice dijo de pronto:

–¿Encontró aquel chico a quien estaba buscando?

–¿Qué chico?

–Un joven con una escayola. Pasó por delante de mí cuando estabas con el nuevo paciente. No puede haberse ido porque le habría visto. No sé dónde estará.

Maggie miró la sala. Había muy poca luz, pero si hubiera estado el chico le habría visto. Su mirada fue a una puerta que estaba al fondo y frunció el ceño. Aquella sección del hospital formaba parte del antiguo edificio victoriano y tenía un montón de recovecos. Por lo que ella podía recordar aquella puerta daba paso a una escalera de caracol de hierro que llevaba a la planta baja. Hacía mucho tiempo que nadie la usaba, pero podía ser la clave de la desaparición del chico.

–Voy a ver qué le ha pasado –le dijo a la anciana, no queriendo alarmarla. Fue hacia la puerta y al tocar el picaporte notó que estaba abierta. Dudó si llamar a seguridad, pero la idea de que invadiera la sala un grupo de guardias hizo que se lo quitase de la cabeza.

Capítulo 11

Qué haces?

Maggie estuvo a punto de dar un bote, se dio media vuelta y vio a Luke.

–¡Me has dado un susto de muerte!

–Lo siento. ¿Adónde conduce esta escalera?

–A la planta baja, creo. Nunca he bajado, pero recuerdo que alguien dijo que originalmente fue una salida de incendios. Ha estado cerrada durante años.

–¿Y a qué viene este interés repentino? –ella le contó lo que le había dicho Alice–. Así que crees que ha podido usarla para entrar y salir del hospital. Eso explicaría porqué aparece y desaparece.

–Sí, pero no sé dónde encontró las llaves de las puertas. La que conduce a la sala está siempre cerrada y si hay otra abajo debe estar también cerrada.

–Iré a ver –sacudió la cabeza al ver que ella lo seguía–. No, tú quédate aquí, no quiero que te veas envuelta en nada desagradable si se le ocurre volver.

–¿Tendrás cuidado?

–Sí. Si me encuentro con el hombre del saco te prometo que te llamaré.

–Acabas de destrozar mis ilusiones, doctor Fabrizzi, yo creía que eras un auténtico héroe.

–Creo que me confundes con otro. Yo conozco mis limitaciones.

Cuando Maggie empezaba a preocuparse por su tardanza Luke volvió a aparecer. Fueron a la sala y le contó lo que había descubierto.

–La puerta de abajo está abierta. Tiene un mecanismo para que solo se pueda abrir desde dentro, pero alguien lo ha atascado con papel.

–Así que la ha estado usando para entrar y salir.

–Ha hecho algo más que eso. Hay una habitación con un saco de dormir y un montón de latas de comida. Creo que ha estado

acampando aquí.

–¿De veras?

–Eso diría yo. Será mejor que le cuente a la policía lo que hemos descubierto. Con un poco de suerte lo atraparán cuando vuelva a su base.

–Eso espero.

Sonó el teléfono avisando a Luke de que fuera inmediatamente a quirófano.

–Tengo que irme, ¿puedes llamar tú a la policía?

–Claro. Lo haré ahora mismo. Cuanto antes lo atrapen mejor –tuvo un escalofrío y él le pasó la mano por el hombro.

–Venga, todo va a salir bien –dijo él mirándola. Sus ojos se encontraron un momento y…–. Tengo que irme.

Se fue a toda prisa y Maggie cerró los ojos. A lo mejor eran imaginaciones suyas, pero por un momento sintió que a él ella le importaba de verdad.

–¿Estás bien? –le preguntó Angela al verla.

–Gracias, Angela, me duele un poco la cabeza.

–Pobre, te haré una taza de té.

–Gracias.

Tomó el teléfono y llamó a la policía. Luego se forzó a concentrarse en el trabajo el resto de la noche. A lo mejor a Luke le importaba ella, pero de importar a amar había un salto muy grande y él no quería darlo.

La semana acabó por fin y Maggie tuvo dos días libres. Pasó el primero pensando en Luke y el segundo con su familia contestando preguntas acerca de él. Fue un alivio volver al trabajo a pesar de tener turno de noche otra vez.

Había habido algunos cambios en la sala. Lisa estaba allí y Maggie fue a hablar con ella.

–Hola, Lisa, soy Maggie Carr, ¿cómo te encuentras?

–Un poco mejor de lo que parece.

–Me alegra oírte. Parece que has estado en la guerra, ¿verdad, cariño? Es sorprendente lo bien que curan los huesos a tu edad.

–Eso espero. Tengo ganas de que me quiten todos estos accesorios de última moda –dijo señalando sus vendas y escayolas.

–¿Te interesa la moda? ¡Qué pregunta más tonta! A todas las adolescentes les interesa la moda. Creo que se me empieza a notar la edad.

–No me pareces tan vieja… ¡Hola, doctor Fabrizzi! No creí que estuviera aquí todavía. Le estaba diciendo a Maggie que no parece vieja, ¿usted qué cree?

–Bueno, no veo muchas arrugas, aunque la luz aquí no es muy buena –levantó las manos–. Era solo una broma, Maggie, de veras. Parece imposible que ya seas enfermera.

–No hace falta exagerar, doctor Fabrizzi. Podría acabar por estropearlo.

–Entonces me callaré ahora que puedo –le guiñó un ojo a Lisa y miró su informe–. Sé cuando he perdido. Esto parece estar bien, sin embargo. Sigue así y serás mi paciente favorita.

–Creía que era yo –dijo una voz desde la cama de al lado. Todos miraron a Alice Bradshaw–. Me dijo que yo era su paciente favorita, doctor. ¿Significa esto que he sido desbancada?

–¿Qué me dijiste antes de estropearlo todo? –se volvió hacia Alice sonriendo–. ¿Puedo tener dos pacientes favoritas?

–Supongo, ¿qué opinas tú, cariño?

–A mí me parece bien –contestó Lisa riendo como una loca ante aquella insensatez.

–Pues ahora que ya está todo aclarado creo que me iré ahora que estoy ganando. Hasta mañana. Buenas noches.

Maggie lo miró marcharse sin darse cuenta de que se le salía el corazón por los ojos.

–Es un médico encantador, cariño. Yo te lo aconsejo.

–Sería una pérdida de tiempo, está dedicado a su trabajo y no lo preocupa nada más.

–¿De veras? No es eso lo que me ha parecido a mí.

Maggie fue a contestar, pero Angela la avisó de que la buscaban en el despacho. De todas formas no merecía la pena decir nada.

Los padres de Lisa aparecieron a las diez. Normalmente Maggie no permitía visitas a esas horas, pero eran circunstancias excepcionales. No se quedaron mucho tiempo y se detuvieron a hablar con ella antes de irse. Después la llamó Alan para decirle que

no podía dormir.

–¿Quieres sentarte un rato? Podías ir a la sala y ver la televisión.

–¿No te importa? Gracias. Sé que estás muy ocupada y te estoy dando mucho trabajo.

–No te preocupes. Iré a buscar una silla de ruedas.

Al ir a meter la llave del almacén en la cerradura se dio cuenta de que no estaba cerrado. Encendió la luz, pero no parecía que faltase nada. La única explicación era que se la hubieran dejado abierta los del turno de día. Al ir a tomar una silla de ruedas se dio el susto de su vida al ver que había alguien escondido allí.

–¿Qué? –no pudo decir más porque el joven saltó hacia ella y le tapó la boca.

–¡Cállate! –ordenó. La arrastró hacia la puerta y la cerró. Solo entonces le quitó la mano de la boca–. Si sabes lo que te conviene, no abras la boca.

–¿Quién eres y qué quieres? –entonces vio la escayola–. Tú eres el chico que pregunta por Lisa.

–¿Y qué si lo soy? No hay ninguna ley que lo prohíba.

–No, pero hay leyes que impiden retener a la gente en contra de su voluntad. No sé qué quieres, pero no te hará ningún bien retenerme aquí, ¿comprendes?

–No, eres tú quien tiene que entender. Te dejaré marchar cuando yo quiera, ¿te enteras?

–Sí, lo entiendo. Lo que no entiendo es por qué estás tan interesado en Lisa. Me dijiste que no eras amigo suyo.

–Lo estoy y punto –se pasó la mano por la cara. Tenía muy mal aspecto, quizá por eso no lo reconoció a la primera–. ¿Cómo está? ¿Saldrá de esta o… o qué?

Maggie reconoció la preocupación en su voz. Era evidente que le importaba lo que le pasase a Lisa aunque ella no sabía por qué. Decidió que era mejor seguirle la corriente. Tracy sabía dónde estaba y pronto iría a buscarla.

–Está bien o lo estará. Le falta mucho aún, pero creemos que se recuperará del todo.

–¿De verdad? ¿No lo dices para engañarme?

–¿Para qué iba a engañarte? –empezó a decir y de pronto se dio cuenta de por qué quería saberlo–. Tú ibas en el coche que la atropelló. ¿Conducías tú?

–No, era mi amigo Pete –de pronto se echó a llorar–. No quería parar. Se lo supliqué, pero no quiso. Dijo que no iba a ir a la cárcel por eso. Me dijo que si se lo contaba a alguien me iba a enterar. Yo tenía miedo. Sé que lo decía en serio pero no podía dejar de pensar en lo que habíamos hecho, así que después de dejar el coche volví a ver si la encontraba, pero había demasiada niebla. Busqué por todas partes, pero no pude encontrarla. Al final decidí que alguien debía haberla encontrado y llamado a una ambulancia.

–Pero no fue así. No la encontraron hasta el día siguiente.

–¡No lo sabía! Me hice daño en el brazo cuando chocamos con la valla así que vine al hospital a que me lo curasen, entonces fue cuando oí hablar de que habían encontrado a una chica y que se la llevaban a otro hospital porque estaba muy mal. Y entonces supe que tenía que saber lo que le pasaba.

–¿Por eso acampaste aquí, para saber qué tal estaba?

–Sí, también quería estar fuera del alcance de Pete. Me dijeron que estaba buscándome y yo sé lo que significa eso –estaba claro que tenía miedo del otro chico y que tenía buenas razones para hacerlo.

–¿Y ahora qué? –preguntó ella–. No puedes retenerme aquí. Se preguntarán dónde estoy, ¿no sería más sensato ir a la policía y contárselo todo?

–No. Tú no sabes cómo es Pete. Me matará si descubre que me he chivado. No voy a decir nada a la policía y tú no puedes obligarme.

Dio un paso hacia ella. Maggie no sabía lo que podía haberla hecho si no se hubiera abierto la puerta en aquel instante. El chico salió corriendo empujando a Maggie que perdió el equilibrio y se sujetó a lo primero que encontró, que resultó ser inestable. Oyó el grito de horror de Tracy y luego la estantería cayó sobre ella y ya no oyó nada más.

–Maggie, ¿me oyes, cariño? Venga, abre los ojos, hazlo por mí.

–Demasiada luz –gimió. Luke apagó la luz y le pasó la mano por la cara.

–¿Mejor así? Dime algo, cariño. Di lo que quieras, aunque sea para echarme una bronca por no haber estado allí cuando me

necesitabas.

–Creí que no te gustaba hacer el papel de héroe –dijo con torpeza.

–Puede que haya cambiado de idea. ¿Te sirve de algo saber que mis instintos de hombre de las cavernas salen a la superficie cuando hacen daño a mi chica favorita?

–¿Soy yo tu chica favorita?

–Claro que lo eres. No sé qué haría sin ti, cariño –ella volvió la cabeza para mirarlo–. ¡Estate quieta! Tienes un chichón horroroso, viene Saunders de neurología a verte. Mira aquí está.

Los oyó hablar en voz baja.

–Me molesta que hablen de mí a mis espaldas.

–Bueno, no parece que le haya afectado a la sesera –dijo Saunders animado, agachándose para ver el bulto de la sien. Lo apretó haciendo caso omiso de los insultos que murmuraba Maggie –. No parece que haya daños serios, pero me quedaría más tranquilo si hacemos un escáner. Déjame que compruebe sus reflejos antes.

–Perdona. A no ser que me haya vuelto invisible sigo estando aquí. Será mejor que hables conmigo en vez de hablar de mí.

–¿Siempre tiene tan mal genio?

–¡Siempre! Es una auténtica arpía cuando se deja ir –contestó Luke y luego se rio al ver la expresión de Maggie–. Bueno, no es absolutamente cierto. Tiene bastante buen carácter cuando no le dan golpes en la cabeza.

–Ajá. Algunas de estas lesiones pueden ser delicadas –dijo Saunders guiñando un ojo a Luke y luego comprobó los reflejos de Maggie–. Hay que observarla las próximas 24 horas por si hubiera conmoción, pero no preveo grandes problemas. Pediré un escáner para asegurarnos, pero es cuestión de descanso, descanso, y más descanso –se volvió a Maggie–. Creo que se te pondrá el ojo morado, pero no quedarán señales.

–Gracias.

–Gracias, Will, te agradezco que hayas venido. La llevaré a radiología.

La tomó en brazos y la puso en una silla de ruedas.

–Vamos, señora, a rayos y luego a casa.

–¿A casa? Pero yo no puedo irme.

–Nada de peros, Maggie. Te vas a casa porque no estás en

condiciones de trabajar, por si no te acuerdas te has quedado inconsciente de un golpe. Está todo solucionado así que por una vez no tienes que preocuparte.

Ella suspiró, sabía que él tenía razón, le dolía mucho la cabeza y estaba mareada.

–Eres un matón, ¿sabes? No se trata así a una mujer enferma.

–Quéjate lo que quieras, pero tendrás que seguir las órdenes.

Maggie se despidió de Angela y Tracy cuando el escáner confirmó que no había lesiones internas. Antes de que se diera cuenta habían llegado a su casa.

–Espera un momento. Te ayudaré –le hubiera gustado decirle que no hacía falta, pero estaba claro que no se podía manejar sola–. Pásame el brazo por el cuello.

Ella se fue riendo de él porque le costaba abrir la puerta con ella en brazos.

–Está claro que no tienes experiencia en esto –bromeó y él la miró con reproche.

–Otro comentario como este y subes andando las escaleras.

–Claro que subiré andando –dijo y de pronto gimió por el mareo al intentar enderezarse. No volvió a protestar. Él la puso en pie al llegar a la puerta sujetándola con un brazo mientras buscaba la llave.

–Gracias, Luke. Te agradezco que me hayas traído a casa –empezó a decir, pero él volvió a tomarla en brazos–. ¿Qué haces?

–Llevarte dentro y acostarte, por supuesto –cerró la puerta y se dirigió a su dormitorio. Tenía una expresión decidida–. Y más vale que sepas que pienso quedarme aquí lo que queda de la noche, así que no te molestes en discutir.

Capítulo 12

Maggie abrió los ojos lentamente, el dolor de cabeza había desaparecido aunque quedaba un leve martilleo en la sien.

–Por fin te despiertas, ¿qué tal estás? Tienes un cardenal tremendo.

Ella sonrió, pero no le resultaba fácil comportarse con naturalidad. Lo único que había conseguido la noche anterior era que Luke la permitiera desnudarse sola, pero había insistido en arroparla luego. No se molestó en protestar cuando él llevó un sillón al dormitorio y le dijo que pensaba dormir allí. Se encontraba demasiado mal para preocuparse. Pero a la luz del día le resultaba incómodo pensar que él la había estado mirando mientras dormía. ¿Roncaba o dormía con la boca abierta? Esperaba que no.

–Estoy bien.

–¿Seguro? ¿Nada de mareo o visión borrosa? A ver sigue mi dedo.

–Luke, estoy bien. Deja de jugar a los médicos.

No sabía por qué estaba tan enfadada de repente. Era una tontería. Después de todo él intentaba asegurarse de que no había sufrido daños. De pronto se estremeció al recordar la noche anterior.

–Estoy aquí, cariño. Estás a salvo.

Luke la abrazó y ella se apretó contra él hasta que pasó el ataque de pánico. Tuvo la sensación de que a él le consolaba abrazarla tanto como a ella.

–Si te hubiera pasado algo anoche yo no sé qué habría hecho. Cuando me llamó Tracy creo que me volví un poco loco.

–¿Sí?

–Sí. Me importas mucho, Maggie, debes saberlo. No llores. Por favor no llores. No puedo soportar verte sufrir.

La besó y le hizo llorar más aún porque no le gustó el beso. Ella no era una niña para que la besaran así. Él gimió y de pronto hizo su beso más profundo. Esta vez su boca era más hambrienta que

cariñosa, pedía más que daba y Maggie respondió al beso diciéndole sin palabras todo lo que él no quería oír.

–Maggie, Maggie…

Volvió a besarla con una enorme ternura. A lo mejor Luke no quería oír sus palabras, pero eso no significaba que no la hubiera escuchado. La tumbó con suavidad sobre las almohadas, y deslizó las manos por sus costados. Las sintió en su cintura y su vientre y luego hacia su pecho. Ella cruzó los brazos tras su cuello y lo atrajo hacia sí, temblando al notar que sus manos se hacían más atrevidas. Gritó protestando cuando él se apartó. Quiso sujetarlo, pero él le tomó las manos y se las besó, ¿cómo podía ser tan erótico un beso en la mano?

–Maggie, tenemos que ser razonables. Sabes lo que pasará si no paramos ahora.

–Creo que me lo puedo imaginar, Luke –bromeó y él suspiró con reproche.

–Estoy intentando ser razonable, pero no me lo haces nada fácil.

Volvió a besarla y ella se aferró al beso.

–Maggie no sé si voy o vengo, ¿cómo esperas que me porte bien si haces esas cosas?

–No espero que lo hagas. No quiero que pienses en nada en este momento… solo en mí.

Hubo un momento en que pareció que él se iba a resistir, pero fue solo un instante. Luego sin vacilaciones ya no hubo nada más que el placer infinito de hacer el amor. Maggie se dejó llevar sin reservas, lo quería y no le importaba si más tarde se arrepentía de lo que estaba haciendo.

Era casi de noche cuando Maggie volvió a despertarse. Se sentía como en el limbo, no había pasado que lamentar ni futuro que temer. Solo el presente. Era bastante.

–¿Qué piensas?

–Estoy feliz, eso es todo –una expresión de dolor cruzó el rostro de Luke.

–Maggie, yo…

–No. Ya sé que nada ha cambiado y que dentro de unos meses volverás a Boston.

–Yo no quería que pasara esto, Maggie. Te aseguro que no lo planeé.

–Lo sé. Pero no veo por qué no vamos a disfrutar de los meses que nos quedan de estar juntos.

–Me gustaría poder discutirlo. Sé que debería. Debería hacer una lista de las razones por las que creo que es un error y hacer lo posible por enmendarlo.

–Y ¿por qué no lo haces?

–Porque no podría encontrar un solo argumento convincente aunque mi vida dependiera de ello en este momento. Maldita sea, Maggie, me manejas como quieres, soy cera blanda en tus manos.

Ella se rio y le pasó la mano por el pecho, los músculos del estómago y más abajo.

–Bueno, creo que cera blanda no. Al menos en mi opinión.

Él se rio y gimió y se puso sobre ella. Esta vez había más ternura en su forma de hacer el amor. A lo mejor porque ambos eran conscientes de que acabaría pronto, pero lo que importaba era el presente, no el futuro.

Poco después se celebró la boda de Alan y Beverly en el hospital. Habían invitado a mucha gente del hospital así que cuando la novia entró en la sala esta estaba repleta. Los invitados tenían un aspecto peculiar con sus vendajes y escayolas, muletas y sillas de ruedas.

Beverly entró del brazo del padre de Alan y alguien puso una cinta con la marcha nupcial. Maggie sonrió y miró a Luke. Había sido uno de los últimos en llegar y sintió un escalofrío al ver que él la miraba con una expresión muy extraña. ¿En qué estaría pensando para mirarla así, como si quisiera leer en su alma?

No tenía ni idea pero se dio cuenta de que él la observaba durante toda la ceremonia. Consiguió no mirarlo hasta que los novios intercambiaron los votos y entonces se encontró de nuevo con su mirada.

Maggie besó a los novios y les deseó felicidad, pero se sentía extraña. Se volvió a mirar a Luke pero no pudo encontrarlo. El buffet estaba en el centro de la sala y los que podían sujetar un plato se servían solos y a los demás les atendían las enfermeras. Maggie servía a todo el mundo, pero seguía mirando a las puertas a

ver si aparecía Luke. Pero cuando cortaron la tarta y brindaron a la salud de los novios aún no había llegado.

Ayudó a retirarlo todo y él no apareció. Podían haberle llamado a quirófano, pero le parecía raro que no le hubiera dicho nada. Se fue del hospital poco después de las cinco y tomó el autobús, esperando a medias encontrarle aparcado junto a su piso, pero no había señales de él.

Se cambió de ropa, sintiéndose muy nerviosa. No hacía más que mirar el reloj, pero se hizo de noche y Luke no aparecía ni la llamaba para decirle dónde estaba. Por fin, a las nueve no pudo soportarlo más y lo llamó al hotel, pero le dijeron que la habitación no contestaba.

Colgó el teléfono sintiéndose enferma de preocupación porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Fue hacia la ventana y sintió alivio al ver su coche. ¡Estaba allí! Sano y salvo.

Corrió escaleras abajo para dejarlo entrar, sin importarle lo que él pudiera pensar. Sin embargo cuando se acercó al coche no vio señales de él. La orilla del río estaba en sombras. No habría visto la figura sentada en la hierba ni aunque hubiera forzado la vista.

Cruzó la carretera. No sabía por qué, pero estaba segura de que algo iba mal. Luke miró hacia arriba cuando ella se detuvo a su lado y la expresión de su cara la asustó porque nunca había visto antes a alguien tan tenso.

–Estaba preocupada por ti.

–Lo siento. No quería preocuparte. Necesitaba tiempo para mí para pensar lo que iba a decir, pero aún no estoy seguro.

–A lo mejor podías intentar empezar por el principio y seguir a partir de ahí –sugirió aunque le costaba mantener la compostura.

–Me imagino que tienes razón. Parece lógico ¿no? –él sonrió, pero su mirada era de preocupación. A ella la invadió el pánico y no oyó nada de lo que él dijo. Lo miró atónita al oír el final de la frase.

–¿Qué has dicho?

–Ya sé que es una sorpresa para ti. También lo fue para mí. Lo último que quería era enamorarme de ti, pero no pude evitarlo –suspiró–. Es irónico, ¿verdad? Creía que tenía todo lo que quería en la vida, y entonces llegaste tú y trastocaste todo mi mundo. Cuanto más tiempo pasaba contigo más me daba cuenta de lo que me estaba negando a mí mismo. Mi trabajo es importante, pero no lo es

todo. Yo quiero un hogar y una familia y todas las cosas que la gente me decía que yo necesitaba. Pero sobre todo quiero que la mujer que amo complete mi vida.

–¿Y esa soy yo? ¿Estás diciendo que me quieres, Luke?

–Sí, te quiero, Maggie. Te quiero con toda mi alma y quiero pasar contigo el resto de mi vida. Pero si no quieres dímelo ahora… arreglaré las cosas para volver a Boston.

–¡No!

–Lo siento. Parece que me he comportado como un idiota. No quería ofenderte, Maggie.

Se dio la vuelta para irse. Por unos instantes Maggie se quedó paralizada, pero luego corrió tras él.

–¡Luke, espera! No entiendes.

–Maggie no tiene sentido que…

–Te quiero. ¿No lo entiendes? ¡Te quiero!

–Pero acabas de decir…

–Dije que no porque no quería que volvieras a Boston.

–¡Gracias a Dios! –la besó con pasión, pero luego la apartó para mirarla–. ¿Estás segura de que no es solo que estás siendo amable?

–No. No soy amable. Te quiero, idiota.

–Nunca creí que podría ser tan feliz.

Volvió a besarla y luego la miró con ojos soñadores.

–Muy bien. Espero que sigas besándome así cuando estemos casados.

–¿Casados? Pero yo… nosotros…

–¿Eso es un sí o un no? No es momento de andar dudando. Yo no pido a las mujeres en matrimonio con mucha frecuencia. De hecho es la primera vez, así que espero que no me hagas lamentar mi impulsividad.

–Creía que tú no eras de los que se casan.

–No lo soy. Pedírselo a la mujer que quiero no me convierte en un profesional. Así que, ¿te casarás conmigo o no?

–Sí, aunque nunca soñé que diría esto.

–Yo tampoco con pedírtelo así que estamos en paz.

–Estaba convencida de que habías abjurado del matrimonio para toda tu vida.

–Lo había hecho, pero me convenciste de que no debía guiar mi vida por mi pasado.

–¿Cómo te diste cuenta de lo que te pasaba?

–Fue en la boda. Me di cuenta de que quería casarme contigo, pero no sabía qué ibas a decir porque no es fácil vivir con alguien a quien le importa tanto su trabajo y además tú vives aquí y yo… Aunque no me importaría vivir aquí si tú quieres.

–Bueno, yo te quiero como eres y no me importa dónde vivamos siempre que estemos juntos. Hagamos una cosa, ¿tienes una moneda?

Luke se rio.

–Es un método como otro cualquiera. Cara, nos quedamos.

–Y cruz nos vamos a América –terminó ella tirando la moneda al aire. Cayó en la hierba a su lado, pero no se molestaron en mirarla. Después de todo, como había dicho Maggie no importaba dónde vivieran siempre que estuvieran juntos…